

IMPRIMIR

LA MANO DE SOMBRA

PIERRE MAËL

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

I

FASCINACIÓN

Hacia mediados de octubre de 189..., los habitantes de la casa número 214 de la calle de Spontini vieron instalarse en el quinto piso del inmueble, con vistas al patio, unos inquilinos dignos de atención. Un hombre de edad indecisa, entre cuarenta y cincuenta años, alquiló allí un cuarto de seis piezas para él, su hija, y una criada.

Era el hombre de estatura mediana y estaba siempre de luto. La hija, que parecía tener unos dieciocho años, era la más encantadora niña que pudiérase ver, rubia y blanca, con admirables ojos oscuros, ni alta ni baja, bien formada, al menos por lo que se podía juzgar por encima de sus severos trajes negros.

El padre no se parecía en nada a la hija, aunque él también mostrase una rara y aristocrática belleza. Su pálida cara, a la que servía de marco una barba sedosa y rizada, tenía esa finura de facciones que se encuentra sobre todo en los ingleses y en ciertos pueblos de Oriente. Sus manos largas indicaban su origen de nobleza. Pero toda esta distinción parecía acusar el refinamiento morboso de una gran raza en decadencia.

Llamábasele «señor Magos», nombre raro por su consonancia griega. La joven tenía un nombre de dulzura antigua: Sibila.

La mujer que los servía era bretona, de mediana corpulencia, fisonomía grave y un laconismo que admiraba a los proveedores del barrio, aunque no tenían más que elogios que hacer de sus nuevos parroquianos.

Venían éstos del país de Nantes y, manifiestamente, no eran ricos, lo que no significa que fuesen absolutamente pobres. Disponían sin duda de una de esas rentas medianas, seis o siete mil francos, suficientes para sostener cierta categoría en el campo, pero que permiten apenas vivir en París, a condición todavía de tener la más estricta economía y de que el alquiler no exceda de mil quinientos francos.

Este era el caso de Magos, de su hija Sibila y su criada Ibona.

Por los informes tomados, se había sabido que el hombre de luto poseía en los alrededores de Nantes, a la orilla del Sevre o de sus afluentes, una finca de cien hectáreas, servida por dos granjas de un rendimiento de tres a cuatro mil francos. El punadero, el carnicero, el tendero de comestibles y el lechero no habían preguntado más. Para ellos era aquella «buena gente», es decir incapaz de desaparecer de la noche a la mañana, como tantos otros parisienses momentáneos. Si los interesados hubieran pasado el umbral de la casa, se hubieran quedado sorprendidos por la austeridad casi monacal del mueblaje.

Para algunos, se hubiera explicado la cosa por la hipótesis, por otra parte verosímil, de que Magos y su familia pensaban permanecer poco tiempo en París. Pero la mayoría hubiese deducido que «debía limitar su crédito».

Los comerciantes del barrio no tuvieron ese motivo de precaución por dos razones, la primera de las cuales fue que ningún intruso penetró en casa de los Magos, y la segunda, que era la mejor, que todas las notas y facturas fueron pagadas al contado por la poco prolija sirvienta. Y todos pensaron que el mejor informado en este asunto era el propietario, el cual había debido de imponer a sus inquilinos la obligación habitual de «tener los lugares constantemente guarnecidos de muebles, para la garantía de los alquileres presentes y futuros.»

Si los comerciantes quedaron pronto tranquilos, los vecinos del piso de Magos conservaron más tiempo su desconfianza.

Estos -el hombre está inclinado a las sospechas-creyeron notar una gran semejanza entre el padre y la hija. Moreno y pálido, Magos presentaba, una cara impresionante de pensador solitario, de sabio misterioso, dedicado a investigaciones ocultas. Sibila, por el contrario, parecía una flor de primavera coronada de un nimbo de poesía y no tenía más sortilegios que los encantos de su inocencia y de una belleza que ostentaba todos los atractivos de su sexo. Recibía su poder, menos del esplendor de su juventud que de la liliblanca de su alma transparente y del seráfico candor de sus pupilas en las que palpitaba un ensueño celeste. Era aquella niña tan naturalmente elegante que las mis-

mas mujeres, severas en sus críticas, no lograban burlarse de sus trajes oscuros, del corte provinciano de sus atavíos, ni de sus sombreros pasados de moda.

Pero estuvieron mejor informados al cabo de quince días.

En efecto, un visitante era recibido en la intimidad de Magos, un joven de aspecto atlético, de cara de líneas clásicas, de tipo marcial por un bigote caído y que representaba exactamente el conjunto que la iconografía presta a los antiguos galos. Súpose en seguida que era el novio de Sibila, el ingeniero químico Gerardo Herbault, director de los laboratorios del barón de Arona. Hubo, pues, que rendirse a la evidencia; las cuatro personas que habían empezado por despertar la curiosidad de sus vecinos, eran los seres más sencillos y más tranquilos que se podía imaginar.

En el mes de noviembre, cuando se hacen más espesas las brumas de otoño, los cristales de una de las habitaciones de la casa, se iluminaron con una luz blanquecina, bastante semejante a la eléctrica pero más azulada, según aseguraban los vecinos de enfrente, y no hizo falta más para hacer revivir los comentarios de vecindad. Aquella claridad misteriosa que se filtraba a través de los visillos cuidadosamente corridos, dio lugar a las más ridículas y más ofensivas hipótesis.

En el departamento que ocupaba el señor Magos no estaban instalados ni el gas ni la electricidad, por ser aquella una casa edificada hacia el fin del imperio, es decir, en una época en la que arquitectos, propietarios y maestros de obras seguían edificando sus cuarteles de seis pisos, sin cuidarse del arte ni de la comodidad, con el único fin de llenarlos de inquilinos, materia dispuesta a todas las vejaciones y productora de buenas rentas.

El hombre de luto fabricaba, pues, su propio alumbrado. La acetilena, cuyo uso era tenido por peligroso y que era casi desconocida del público, da una luz blanca, y la que se observaba a través de los cristales de Magos era esencialmente azulada. Deducíase de esto, no sin apariencia de razón, que esa coloración era debida al empleo de sales químicas, como en las combustiones de la pirotecnia.

De esto a preguntarse el por qué de aquella luz tan rara, no había más que un paso, que, una vez dado, hacia entrar de lleno en el ilimitado dominio de las más peligrosas suposiciones. ¿No sería Magos, con su cara austera y melancólica de alquimista de la edad media, alguno de esos tenebrosos anarquistas que preparan en la sombra los atentados que indignan a la humanidad, o más sencillamente aun, un monedero falso experto en el arte de «lavar» los títulos robados y de dar al plomo las apariencias del oro acuñado?

Durante más de un mes los chismes fueron creciendo y la opinión, bastante alarmada, hizo susurrar sus falsas acusaciones en los oídos del comisario de policía.

Por fortuna, ese funcionario era un hombre de gran sagacidad y que, cosa más rara, profesaba un gran respeto a la libertad de sus semejantes. Las averiguaciones que hizo con la más cortés discreción, le revelaron que la luz que iluminaba el cuarto de Magos, con gran alarma de los otros vecinos, emanaba de un aparato debido a un descubrimiento del que el modesto sabio no había dado aun noticia a la Academia. La mejor garantía de que las sustancias puestas en juego eran perfectamente inofensivas, le fue dada al comisario por una conversación que tuvo a los pocos días con el joven químico Herbault.

No tuvo éste necesidad de un largo estudio psicológico para adivinar la intervención de la malignidad humana; sonrió y se anticipó al deseo del comisario.

-Señor comisario, creo que puedo comprometerme a llevar a usted, cuando quiera, a casa del señor Magos, el cual se alegrará de poder dar luz a las averiguaciones de usted por medio de una invención que no juzga aun bastante segura para divulgarla.

Todo ocurrió como lo había propuesto Herbault, el cual, aquella misma tarde, introdujo al comisario en casa del sabio. Costó al primero bastante trabajo disimular su confusión y callar las sospechas de que se le había hecho depositario; y el segundo, muy amable, trató de animar con su acogida a su visitante.

De tal modo, pudo éste darse cuenta de que el cuarto de los maleficios no contenía ningún explosivo peligroso ni el más mínimo cuño;

pero, en cambio, le impresionó tanto por la severidad de su decorado como por el aspecto de su habitante.

Era una pieza bastante capaz, la más grande de la casa. Uno de los lados estaba ocupado por una cama dorada y otros dos por grandes estantes llenos de voluminosos libros. Aunque no ardía fuego alguno en la chimenea, la casa entera estaba saturada de un dulce calor sin sequedad, que permitía la libre respiración. En medio de la habitación se extendía una gran mesa delante de la ventana, y un sillón de despacho y otros dos, anchos y profundos como garitas, completaban aquel mueblaje sumario. En cuanto a la luz, la fantástica luz que había alarmando a los vecinos, se irradiaba de una lámpara colocada en la mesa. En una consola de la antesala había otra lámpara de la misma forma, pero la luz de ésta era blanca. Al recibir a su visitante le dijo el señor Magos:

-Aquí tiene usted el único calorífero de la casa.

El comisario acercó la mano al globo deslustrado que tamizaba el calórico al misino tiempo que la luz y observó que emanaba de él una temperatura igual, pero sintió al mismo tiempo una repercusión trepidante en los dedos.

-¡Cómo! -dijo admirado, -¿esto basta para calentar la casa?

-Sí -respondió el sabio. -Es un mecanismo bastante sencillo. Según que se calienta o se enfría el aire exterior, yo aumento o disminuyo la potencia del foco. De aquí las diversas coloraciones de la luz.

-¿Produce usted la electricidad a domicilio?

-Así es -respondió amablemente el sabio, -pero una electricidad especial.

Después entraron en el cuarto azul.

Estaba éste inundado de una claridad azulada que, fenómeno sorprendente, no quitaba a los objetos ninguna de sus coloraciones y hasta respetaba los colores naturales de la epidermis como la luz del día.

-Oh! -exclamó el funcionario, -me parece que estoy en Italia, o, al menos, en la orilla del Mediterráneo. Esta transparencia única no la he visto en otra parte.

-Consiste en la ausencia de polvo en suspensión en las brumas más espesas del Norte- explicó Magos. -He tenido la fortuna de descubrir el principio activo que desembaraza la atmósfera de esa pulverulenta oscuridad.

Magos ofreció un asiento a su visitante y se sentó enfrente de él en el sillón de despacho.

-¿De modo, señor comisario, que es a las quejas de personas desconfiadas a lo que debo el recibir a usted?

-Crea usted, caballero -dijo protestando el representante de la autoridad, -que no he dado ninguna importancia.

No acabó la frase. Magos le estaba explicando los orígenes de su descubrimiento.

-He viajado mucho, caballero, y estudiado también mucho las ciencias naturales. Así he podido echar de ver que nuestras luces artificiales fatigan considerablemente la vista y multiplican la miopía y los accidentes de los ojos, como la catarata y el desprendimiento de la retina, sin hablar de las cegueras imprevistas ni de las conmociones de la materia cerebral que muchos médicos atribuyen a afecciones desconocidas. Con la luz que usted ve, retardo el desgaste de los tejidos y evito las lamentables esclerosis. Y diré a usted que por medio de esta luz puedo penetrar en los compuestos opacos cuya densidad rechaza las investigaciones de todas las demás luces. Juzgue usted por sí mismo.

El sabio sacó entonces de un cajón de la mesa un cofrecillo de acero y le colocó delante del comisario. Después, adaptando a la lámpara un tubo de gutapercha, envolvió el globo en un velo que apagó su irradiación. El cuarto se llenó de una oscuridad tan densa, que justificaba el dicho bíblico según el cual las tinieblas se pueden cortar con cuchillo.

Entonces adaptó al tubo un lente y proyectó la claridad sobre el cofrecillo.

El efecto fue prodigioso. La caja de metal pareció convertida en cristal de incomparable limpidez, y sobre un fondo de felpa escarlata, el comisario vio relucir piedras preciosas de una riqueza excepcional;

zafiros anchos como escudos, rubíes de las dimensiones de un luis, diamantes tan gruesos como huevos.

El estupor lo cerró la boca y un «¡oh!» se escapó de su garganta. Y no tuvo tiempo para decir más. Lente y tubo habían sido retirados por Magos y, en la obscuridad, no se oyó más que el frote de un fósforo. Un instante después una simple bujía iluminaba la habitación.

El cofrecillo de acero estaba en el mismo sitio, y Magos dijo al comisario:

-Tómese usted la molestia de abrirlo y de cerciorarse del contenido.

El funcionario levantó la tapa y, en el fondo tapizado de felpa, no vio más que guijarros groseros, pedazos de cuarzo, de mármol y de carbón de piedra echados en confusa mezcla en la caja de metal.

Y cuando el inspector echaba a su huésped singular una mirada llena de asombro, éste le hizo oír las siguientes extrañas palabras:

-Estas son las piedras que acaba usted de admirar a través del acero convertido en cristal.

-¿Se burla usted? -dijo el comisario.

¿Por qué he de burlarme, caballero? Eso sería en mí tan tonto como poco honrado.

-¿Es usted brujo, entonces?

Magos sonrió.

-¡Bah! ¿Qué es un brujo? Prefiero declarar a usted en seguida que lo que le parece un prodigio es un simple efecto de la luz que he proyectado sobre estos objetos. La luz, caballero, es el grande, casi el único instrumento de que Dios se ha servido para crear el mundo. Cuando el hombre, con permiso de Dios, haya aislado la primera materia como yo he hecho con la luz generadora, poseerá el secreto de la «gran obra». Y esto explica a usted que Nicolás Flamel haya podido decir: «Si se enterrase durante mil años un rayo de sol bajo un pilar de Nuestra Señora, ese rayo se convertiría en un lingote de oro.»

La fisonomía del comisario indicaba cierto malestar. Era evidente que su juicio titubeaba y que se estaba preguntando si tenía que habér-

selas con un loco. Este loco, sin embargo, acababa de revelársele con todas las señales de un inventor de genio.

Bajo esta impresión, el funcionario se levantó con visible prisa por dejar aquella casa alarmante. Magos y su amigo Herbault se dispusieron a acompañarle a la puerta.

En este momento se abrió la de la habitación en que estaban y entró una joven que saludó al visitante, ofreció la mano al químico, y la frente al beso de Magos, diciendo:

-Buenos días, Gerardo. Papá, ahora mismo llego. Hace mucho frío.

El comisario se quedó delante de su silla como clavado en el suelo. Decididamente, aquella casa era una oficina de sortilegios. Pero, esta vez, el encanto no causaba más perturbación que la de un transporte de admiración.

Era una figura de ensueño la que el inspector tenía delante de los ojos. Sibila se había quitado el abrigo sombrío con que estaba cubierta para salir y aparecía aérea, y revestida de una maravillosa irradiación. Parecía envuelta en un fluido luminoso como si todas las joyas del cofrecillo le hubieran prestado sus fuegos o más bien, como si se hubieran liquidado y fundido en una atmósfera irisada, cada uno de cuyos matices ponía de relieve un nuevo aspecto de su belleza. Vista en aquella aureola, le pareció al inspector deslumbrado, una visión celestial y, durante gran rato, pudo preguntarse si era juguete de alguna alucinación.

El funcionario salió con la mente vacilante y los ojos fascinados. El frío exterior logró apenas devolverle la claridad de su juicio. Mientras caminaba para llegar a las oficinas de, la comisaría, situadas en un sitio bastante lejano en el enorme distrito, puso en orden sus impresiones, muy confusas y sobre todo muy discordantes, y se propuso volver a ver en pleno día a los alarmantes inquilinos del 214 de la calle de Spontini.

Jamás, en efecto, el honrado funcionario había experimentado, en su ya larga carrera, nada que se pareciese a su emoción de aquella noche. Y acudían a su memoria lecturas fugaces y relatos oídos de diver-

sas bocas. Antiguo soldado, muy positivista y refractario a toda creencia de orden sobrenatural, se sentía conmovido en su incredulidad. Y mientras recorría el asfalto helado de las aceras, se sorprendía monologando en alta voz:

-En verdad, uno de los dos ha estado loco, o ese hombre o yo. Porque yo no puedo poner en duda el testimonio de mis ojos. He visto verdaderos diamantes, verdaderos rubíes, verdaderos zafiros que, cinco minutos después, no eran más que guijarros y carbones. Si ese hombre no es un prestidigitador hábil, ¿de dónde ha sacado la ciencia, con que engaña así a la vista? Y si todo puede explicarse en cuanto a las piedras, ¿cómo definir la extraordinaria apariencia de aquella joven, aquella transfiguración que la hacía vaporosa y casi transparente? ¡Ah! hay que poner en claro todo esto...

II

HOMBRE «MODERNO»

El hotel, enteramente nuevo, del barón de Arona se levantaba en ese nuevo barrio de Passy que la especulación ha hecho surgir despedazando el castillo de la Muette. Se había acabado a mediados del verano cuando el propietario estaba aun en el extranjero, pues no hacía más de un año que el nombre del fastuoso señor figuraba, en el «Todo París» cosmopolita.

El edificio, estilo moderno, según la jerga internacional de nuestros días, ocupaba una superficie de mil metros. El arquitecto, premiado por la Escuela, que había desarrollado aquel exantema de piedra, ladrillo y hierro en la herida abierta en el magnífico dominio, no se había cansado el cerebro para ninguna invención genial. Habíase contentado con hacer una ensalada de varios estilos, más visiblemente de las líneas de Trianón, cargadas de frontones romanos, de columnas corintias y de guirnaldas Renacimiento. Tal como era, el palacio del barón de Arona resultaba un suntuoso edificio lleno de mármoles, de ónix y de dorados, que el gas y la electricidad hacían relucir con fuegos insolentes. Y la gente de buen sentido, los pocos franceses aun no sumergidos por el raudal de la conquista extranjera, movían la cabeza al pasar por aquel edificio de aspecto de advenedizo. Los mismos albañiles que habían trabajado en él, se burlaban de su obra maestra, y se había oído a un joven obrero, de los que sin que nadie lo sepa aprenden solos en los cursos de noche o leyendo librotos viejos, decir con supremo desdén: «Cuando se eche abajo esto, dentro de diez años, se podrán sacar materiales para veinte excusados públicos.»

El ingeniero Herbault llevó un día a Magos y a Sibila a ver la fachada de aquella casa de plutócrata y les dijo sonriendo:

-Esta es la casa de mi principal.

-No es muy bella respondió Sibila haciendo una mueca.

Al ver que Magos se callaba, Gerardo le preguntó:

-¿Qué piensa usted, padre? Se diría que la vista de este edificio le entristece.

-Amigo mío -respondió aquel a quien acababa de llamar padre, esta vista no me entristece más que la de otros edificios análogos. Hay en el Pere-Lachaise tumbas gigantescas que aplastan con su masa a la humilde capilla dedicada a los difuntos. Aquí experimento una sensación de temor. Estos monumentos caducos me parecen fúnebres y creo que se levantan en la necrópolis de una Francia enterrada. París está en el término de su gloria y hace su atavío de muerte.

Los paseantes se habían vuelto y dirigido su apacible paseo hacia el bosque de Bolonia. Allí, en la apoteosis de un crepúsculo de otoño, sobre los árboles despojados de hojas, contemplaron la alta silueta del Mont-Valerien borrándose en las brumas del poniente. Y, cuando llegaron a la calle de Spontini, Magos dijo con voz grave:

-Gerardo, cuando salga con Sibila, entraré en el bosque por la puerta Dauphine.

.....

Al día siguiente, Gerardo Herbault estaba saboreando una taza de café en el saloncillo que daba al parque de la Muette. Acababa de almorzar a la mesa de su principal, en el comedor de columnas de pórfiro y de paredes adornadas de fulgurantes cerámicas.

El barón no había tenido más que dos convidados; su joven y precioso colaborador y el doctor Mario Vaubray, uno de los «príncipes de la ciencia médica», en el que tenía una confianza casi igual a la que dedicaba al ingeniero.

Arona, voluptuosamente incrustado en un sillón de alto respaldo de ébano, conforme con el mueblaje seudo japonés del salón de fumar, tocó con un dedo lleno de sortijas un timbre eléctrico, y apareció un lacayo de calzón corto azul celeste.

-Cámbieme usted estos cigarros -mandó el órgano ceceante del extranjero; -no valen nada.

Era un hombre que merecía ser visto, aquel barón de Arona.

Alto, muy alto, era grueso en proporción, y una obesidad fofa, al hincharle el abdomen, ponía en su cara unas carrilleras mal disimuladas por enormes patillas, cuyos hilos de plata ennegrecía diariamente la pintura. Era imposible precisar la edad de aquella cara, que acusaba de cuarenta a cuarenta y cinco años; el aspecto estropeado de las partes carnosas, especialmente de la nariz y de los dedos, antes bien formados, indicaba que habla venido la madurez.

El conjunto de la fisonomía acusaba un origen asiático o más exactamente, levantino. El acento craso y arrastrado confirmaba esa apariencia subrayada además por una incuria enteramente oriental. No había maldad en sus facciones, pero sus ojos cautelosos de ordinario, tenían repentinas llamaradas. Ocurría que su boca se abría en una risita falsa que, mostraba unos dientes muy blancos, y, en estos momentos, toda la máscara de bondad dejaba el puesto a una expresión de ferocidad que daba a su cara el aspecto de un hocico de felino arrugado por la cólera.

Aquel hombre, decíase italiano. Veníale su título de un pueblecito del Lago Mayor, en otro tiempo feudo de la ilustre familia de los Borromeo, cerca del cual se erige la estatua colosal de San Carlos, el glorioso obispo de Milán. Algunas personas escamonas se hubieran asombrado de que este título de barón hubiera tomado nacimiento en una región que, aun en nuestros días, sigue siendo el dominio de los Borromeo. Pero en nuestros tiempos de democracia, nadie comprueba las pretensiones heráldicas, sobre todo cuando han pasado la frontera, y el blasón de Arona no había sufrido el examen de ningún escrupuloso rey de armas.

Otra señal hubiera despertado las sospechas de un observador. La aristocracia italiana es la más sencilla del mundo, y la exhibición de alhajas que hacía el señor barón desmentía violentamente su afirmación de una descendencia noble. Es verdad que hubiera podido decir como explicación que, siendo fabricante de piedras preciosas, tenía derecho de ponerlas como muestra en su opulenta persona.

Porque ese era el punto de partida, si no de su nobleza, al menos de su inmensa fortuna. Se atribuían al célebre inventor unos treinta

millones ganados en la venta de piedras que un descubrimiento científico de primer orden le permitía cristalizar en sus misteriosos crisoles.

A todo esto, el criado había traído los cigarros reclamados por el barón, y éste, con su mano patricia recargada de brillantes, los ofreció a sus invitados. El doctor Vaubray tomó uno, le encendió en un mechero de gas colocado en un rincón de la pieza y exclamó con un buen acento de hombre dichoso de vivir, pero que no cree en Dios ni en el diablo:

-¡Pardiez! barón, estoy tentado a veces por ver en usted un ser de esencia superior. Porque la única divinidad visible en la tierra, la única cuyo culto no ha tenido nunca disidentes y cuyo dogma no ha suscitado ateos, es ese animal del Becerro de oro, y, si no temiera ofender a usted con tal hipótesis, me atrevería a decir que es usted de la descendencia de ese becerro.

La ocurrencia no ofendió al barón y tuvo el don de provocar en su gruesa garganta una ruidosa risa que hizo danzar sus macizos dijes en su vientre satisfecho.

-¡Bah! doctor, el becerro se convirtió en toro, puesto que dio a luz la posteridad a que usted supone que pertenezco. Los judíos, en el desierto, no adoraron más que a un ternero por falta de oro bastante para fundir un buey como el que los egipcios llamaban Apis.

Y cesando bruscamente de reír, añadió:

-Dice usted eso por las riquezas que he podido reunir en este hotel. ¿Qué es esto, doctor, al lado de las maravillas que decoran los palacios de los verdaderos dioses del oro, que la América cuenta por docenas? A la verdad, he hecho lo que ha podido para alhajar mi cabaña, y reconozco que no estoy mal alojado para ser un hombre que, hace doce o trece años, no tenía cien mil francos de capital. Pero el apetito viene comiendo, dice uno de los refranes franceses, y aseguro a usted que me siento un hermoso apetito.

Al decir esto, levantóse Arona y sus ojos tuvieron uno de esos relámpagos imprevistos que iluminaban a veces las profundidades de su pensamiento. Toda su alma apareció en su hocico de fiera contraído en una espantosa hilaridad. La ambición hizo relucir en él un reflejo siniestro que conmovió a sus dos interlocutores.

El barón apagó aquella llama, demasiado viva, y vuelto a su placidez primera, exhaló un suspiro.

-¡Ay! los dioses de la tierra tienen un vicio redhibitorio de constitución; no son inmortales. Están sujetos a mil cuidados, entre los cuales el de su salud no es el más pequeño. Por eso mi divinidad necesita su ciencia de usted, querido doctor.

-¡Bah! ¿No acaba usted de declarar que está provisto de un apetito soberbio? Según dice el refrán, todo va bien cuando va bien el edificio; en éste, barón, lo esencial es el cofre y usted tiene el «cofre-fuerte».

Una nueva carcajada del barón acogió este juego de palabras. Era el doctor Vaubray hombre bromista y epicúreo, a quien gustaba hacer reír a los clientes, estimando que las dos terceras partes de las personas de mal carácter son dispépticas.

Pero en seguida la alegría del italiano se terminó en una especie de queja.

-Tiene usted ingenio, doctor, y es usted médico. Tanto mejor; me gusta mucho ese género de Esculapios. Déjeme usted decirle, sin embargo, que la solidez de mi doble cofre no está a prueba de sorpresas. Y puesto que hablamos de esto, voy a hacerle una consulta sumaria. Usted conoce mi temperamento y sabe que no soy nervioso ni inclinado a terrores de mujerzuela. La naturaleza me ha dotado de un vigor físico poco común y lo invisible no me da más miedo que lo real.

Pues bien, hace algún tiempo, estoy sujeto a perturbaciones singulares. Nada de imaginativo, doctor, nada que se parezca a una impresionabilidad moral. ¿Cómo exponer a usted mi caso? Es bastante difícil. Ustedes, los médicos, especialmente cuando resuelven con el bisturí el problema de las enfermedades orgánicas, no creen en lo sobrenatural. Yo, que he visto muchos hombres y sufrido no pocas vicisitudes de la fortuna, he llegado a no negar la existencia de una fuerza oculta e incoercible, de la que nuestras pobres energías son más veces juguetes que directoras.

Se calló un instante. Su mano endiamantada se posó en el brazo de Vaubray y, con una expresión de angustia que sorprendió al médico lo mismo que al ingeniero, siguió diciendo:

-Escuche usted y no se ría; hablo seriamente. A ciertas horas y en ciertos días se produce un fenómeno extraño del que soy único testigo y, sin duda, único sujeto. Aquí, en este salón de fumar, en mi despacho, a veces en la mesa en que como y hasta en la calle, al aire libre, se interpone una sombra entre mi vista, y los objetos que me rodean. Es como un vapor diáfano, pero menos claro que el aire ambiente, una trama impalpable, un velo aéreo cuya substancia ni cuyos contornos puedo percibir. ¿Qué digo yo entre mi vista y los objetos? Es también entre esos objetos y toda mi persona, pues, por la noche, el espectro, más claro que las tinieblas, se erige como un muro entre mi cuerpo y los demás. Mi mano, fíjese usted, doctor, siente como un tacto, como el contacto con un polvo helado o ardiente, con la conmoción que produce la descarga eléctrica. Otras veces no es mi mano, sino otra la que surge de esa bruma, y entonces pasa un aliento por mi cara, unos dedos invisibles se posan en mi frente, en el cráneo y en los cabellos y se me eriza el pelo ante aquella presencia invisible.

-Púrguese usted -interrumpió el doctor Vaubray dando una risotada.

El barón frunció las cejas.

-Esperaba ese consejo, pero no es digno de usted, querido. Me ha sido ya dado por curanderos de diversas nacionalidades a quienes he despedido después de arreglarles sus cuentas. Me desolaría tener que comparar a usted con ellos.

Vaubray se mordió los labios; el cliente valía la pena de que se escuchasen sus dolencias, que producían, un año con otro, treinta mil francos al médico.

Pero no quiso parecer impresionado por el apóstrofe y, sabiendo que todos los enfermos, imaginarios o reales, se parecen al rey Luis XI, que tan rudamente era reprendido por su médico Coictier, replicó con soberano desdén:

-¡Pardiez! barón, hubiera usted podido esperar para decirme eso a que no fuese su convidado. Me ha echado usted a perder el cigarro. ¿Quiere usted que le envíe mi nota esta tarde?

El potentado, a su vez, se sintió el más débil y recogió sus palabras todo lo que pudo.

-¡Bah! ¡bah! doctor, no las eche usted de mala persona. Bien sabe usted que ha sido una broma, y no es culpa mía si ha resultado un poco pesada.

-Muy pesada. No tenía usted el aspecto de reirse, se lo garantizo, sino de todo lo contrario. Pero yo tengo el alma llena de magnanimidad. Hablemos, pues seriamente. ¿Decía usted que siente alucinaciones, vértigos?...

Aquel hombre hábil reparaba su torpeza. Vaubray usaba el tono brusco como otros el obsequioso. La franqueza es menos sincera cuanto más espontánea parece.

-¿Yo? -exclamó Arona. -Nada, de eso. He dicho a usted precisamente que, no hay en mi caso ni aturdimientos ni desarreglos de la visión.

Vaubray se puso atento en apariencia.

-¡Oh! mi querido barón, eso es más grave entonces, pues llega a ser obsesión, monomanía. Voy a prescribir a usted baños fríos, duchas.

-He probado todo eso, doctor, y no me ha dado ni frío ni calor, como se dice aquí en el pueblo; y, sin embargo, las duchas eran alternativamente frías y calientes.

Vaubray inició un gesto evasivo.

-¿Qué, entonces? Supongo que no esperará usted de un médico que condescienda con sus disparates y le conceda que ha podido ver algo «verdadero»...

Arona era, obstinado.

-¿Y por qué no? He conocido uno de sus colegas que creía en esos disparates.

Debió usted conservarlo, en este caso.

-Lo hubiese hecho ciertamente, pero ha muerto.

-¿En alguna casa de locos?

-Nada de eso; ha muerto en un convento de cartujos, en el que había profesado.

-¿No lo decía yo? En un manicomio.

Y el joven materialista se echó de nuevo a reír.

Arona parecía contrariado.

-Es singular que ustedes, los hombres de ciencia, sean más incrédulos que los simples imbéciles. Porque, en fin, lo poco que ustedes saben debiera hacerles tocar con el dedo las incertidumbres de ese saber. ¿Qué es hoy lo imposible?

Y, animándose, designó con la mano al ingeniero.

-Pregunte usted, si no, al señor Herbault. Estoy seguro de que no es escéptico como usted, de que no niega a priori la existencia de fenómenos de los que la ciencia se dará, acaso, cuenta algún día, pero acerca de los cuales debe hoy hacer juicios llenos de reserva.

El doctor se volvió hacia Gerardo.

-¿Verdaderamente? ¿Usted cree en todas esas cosas?

Herbault respondió gravemente:

-Querido doctor, conviene formular la pregunta. Si me pregunta usted cuál es la naturaleza de los fenómenos de que hablamos, le responderé, sin sombra de reticencia, que no sé nada absolutamente. Pero en lo que se refiere a su existencia, no me es permitido dudar de los hechos preternaturales, puesto que he sido con frecuencia testigo de ellos. Soy hijo de un médico -un médico de pueblo, añadió con cierto dejo de ironía- y mi padre tenía un amigo que no temo declarar que poseía toda la ciencia que puede contener un cerebro humano. Es «posee» lo que hay que decir, pues este amigo vive, y fue y sigue siendo maestro venerado. Este cariño deferente no es el solo vínculo que me une a él, puesto que es el padre de mi prometida.

Esto fue dicho con una sencillez que atestiguaba no solamente la modestia del joven sino su veracidad.

-¿Se va usted a casar, querido? Me veo obligado a felicitarle, aunque en el fondo le compadezca al ver que va a echarse tan ligeramente la cuerda al cuello. Sin duda la futura señora de Herbault está provista de reales cualidades que no existen tan solo en la imaginación de usted. Espero que no está usted en relaciones con una Katie King, como ese bravo desequilibrado que se llama Crookes y que es, sin embargo, un ilustre sabio...

Herbault iba a replicar, sin duda, a esa broma de gusto dudoso, cuando el barón intervino.

-¡Calla, calla! mi querido Herbault, no me había usted dicho nada de esa linda novela. Entre nosotros, lo había sospechado. ¿No es su novia de usted una graciosa joven rubia, y no es su padre un hombre de barba negra y cara, ascética, con quienes usted se pasea algunas veces por el bosque de Bolonia?

-Sí, señor -respondió Gerardo- La joven se llama Sibila y su padre es el señor Magos, amigo del mío y mi maestro querido y venerado.

-¡Pardiez! -exclamó Vaubray, -no salimos de lo fantástico. Ahora me explico que crea usted en los sortilegios y en los fantasmas, puesto que se va a casar con una sibila, que le va a hacer yerno de un mago.

El juego de palabras resultaba tan natural, que el ingeniero no pudo menos de reír.

Vaubray siguió diciendo:

-Cuando se llama uno Magos no puede menos de serlo. Ahora, bien, aunque sin precisar, es cierto, ¿no acaba usted de darnos a entender que ha sido al lado de ese mago donde su padre y usted han asistido a hechos de orden sobrenatural?

-Dispense usted; he dicho «preternatural».

-¿Qué diferencia encuentra usted entre *sobre* y *preter*?

-La diferencia que establecían la teología y la filosofía, la que resulta de las mismas palabras latinas. Llamo sobrenaturales a los hechos cuyo origen no puede buscarse en el dominio de la naturaleza; y llamo preternatural a todo fenómeno que, aunque no explicado aun por la ciencia, puede pertenecer a un ramo de las fuerzas desconocidas cuyo misterio es posible que la ciencia penetre algún día.

-Muy bien. ¿Y los hechos que usted ha visto caen todos en esta última definición?

-Perfectamente, doctor.

Herbault, en el curso de este diálogo que le ponía frente a frente del médico materialista, no había tenido ocasión de dirigirse a su riquísimo «principal».

Habíase éste apartado un poco de los dos interlocutores y recobrado su sitio en el sillón. Ninguno de los dos hombres podía verle ni seguir en sus facciones las impresiones que dejaban en su mente las frases que oía en la conversación.

Hundido en el ancho asiento, con la cabeza apoyada en la mano, Arona espiaba las fisonomías y seguía el diálogo con un interés sostenido, aunque sin mezclarse en él. Hubiérase podido pensar que esperaba alguna frase explícita y clara que diese a su entendimiento una claridad que le faltaba.

Una expresión singular manifestábase en sus pupilas, cuyo brillo metálico hubiera seguramente llamado la atención de ambos interlocutores si, prescindiendo un momento el uno del otro, hubieran examinado a su anfitrión. Pero absortos por su asunto, Gerardo como convencido y el doctor como hombre que empieza a ceder, no pensaban en sorprender la actitud del barón de Arona.

El opulento italiano debía de sentir cierta impaciencia, pues, encontrando sin duda la controversia demasiado larga, se interpuso en el diálogo.

-¿De modo -dijo inopinadamente, -que ese señor Magos es capaz, según usted, querido Herbault, de producir o, al menos, de hacer nacer a voluntad los fenómenos que usted coloca en el orden preternatural?

III

SUBCONCIEINCIA

No pareció que Gerardo había comprendido muy bien la pregunta, y el barón la renovó en términos más precisos.

-Ese señor Magos, ¿es un verdadero «mago» en el sentido tradicional de la palabra? ¿Puede, a voluntad, provocar la aparición de hechos no explicados por la ciencia?

-Sí -respondió redondamente Herbault.

El doctor Vaubray abrió unos ojos muy sorprendidos.

-Vamos a ver -dijo, -precisemos. Los hechos que la ciencia no explica son de diversas naturalezas. Hay aquellos con que los teósofos nos llenan los oídos, como materializaciones, apariciones de flores, de piedras preciosas y hasta de tazas de te que bajan inopinadamente del techo o salen de las paredes. Cierta Madama Blavatzky hacía esas habilidades con una indiscutible destreza, y se decía inspirada por supuestos *mahatmas* o sabios varias veces centenarios, ocultos en las gargantas del Himalaya. Esto, es, al menos, lo que ha contado un periodista inglés llamado Sinnett. ¿Pero hay algo más crédulo al mismo tiempo que más astuto que un periodista? Es la «lengua» de Esopo lo que hay peor y mejor. ¿Ha hecho de esas habilidades su señor Magos de usted?

Las cejas de Gerardo se frunció rápidamente.

-Doctor -respondió, -he dicho a usted que el señor Magos es un sabio. Este término, tomado en su verdadero sentido, excluye al de farsante y el de acróbata. El señor Magos no hace habilidades, como usted dice.

-No he querido ofender a usted -dijo Vaubray. -He empezado sencillamente por los hechos sospechosos la enumeración de los fenómenos que usted llama preternaturales. Hay otros de un orden más elevado, y añadiré, más impresionantes. Tales son los experimentos de Richer, del coronel de Rochas y de innumerables italianos y americanos;

ejemplos, la exteriorización de la sensibilidad, la influencia a distancia, la lectura del pensamiento, ¿qué se yo? Y hay, en fin, toda una serie de hechos, que tengo curiosidad por conocer, porque, en principio, el hombre no creo más que al testimonio de sus sentidos. Son las famosas «encarnaciones», de las que, según los periódicos americanos, se ha hecho una especialidad mi colega Paul Gibier, hasta el punto de producir las a voluntad en su despacho, de Nueva York. Para decir verdad, América es la tierra clásica del espiritismo y aparece en Chicago un gran periódico de dieciséis páginas, de ese texto apretado de que los ingleses tienen el secreto, enteramente consagrado a la narración y a la discusión de esos fenómenos admirables. Ese periódico se llama *The Progressive Thinker* y tira cuatrocientos mil ejemplares. No es posible rechazar a priori sus afirmaciones y salir del paso diciendo que son cuatrocientos mil alucinados o imbéciles. Es demasiado o muy poco conforme al aforismo bíblico: «El número de los tontos es infinito». Es, pues, preciso tenerles en cuenta.

Y, por otra parte, la personalidad del doctor Gibier no es despreciable. Antes de trasladarse a Nueva York, el doctor Gibier ha sido una figura parisiense y una autoridad en la ciencia médica.

Así, puesto que su amigo de usted, el señor Magos es un sabio, ¿puede darme la clave de este problema y la explicación de ese enigma?

Vaubray acababa de hablar lealmente, como hombre de buen sentido, cuya curiosidad es legítima. Convenía responderle en el mismo tono, en los límites de su pregunta.

Y esto se imponía, más aun porque el barón de Arona, muy interesado por el asunto, apoyaba las interrogaciones precisas del médico.

-He oído hablar con frecuencia de esas cosas increíbles. ¿Es verdaderamente posible que se dibujen figuras bastante precisas para impresionar placas fotográficas y, más aun, para dar a nuestros sentidos la invencible ilusión de la realidad? Hemos hablado, hace un momento de Katie King y de Crookes. Ese hecho es el prototipo de los fenómenos del mismo género. Ahora bien, hete aquí que se habla como de hechos de orden corriente, de las «encarnaciones» del doctor Gibier y de los

experimentos de la Villa Said. Hombres de la valía de Flammarión y de Naquet parece que admiten su realidad y no se privan de creer en ellos.

Arona se calló y dijo, después con un gesto evasivo:

-Personalmente, no sé qué pensar; todo mi sentimiento repugna semejante cosa. Soy incrédulo por esencia. Y, sin embargo, debiera creer en estas cosas, pues las impresiones singulares que siento, y que hace un momento han parecido dar lástima al doctor, no son alucinaciones. Veo, toco alguna cosa o alguien.

Su voz tembló al pronunciar estas últimas palabras. Por muy dueño que fuera de sí mismo, no pudo impedir a sus facciones el reflejar la misma angustia que un instante antes ponía en ellas como un velo. Y sus ojos, con una aprensión latente, interrogaban a los del ingeniero.

Gerardo pareció titubear un instante, y, después, con pausas que eran casi reticencias, buscando palabras que no hiciesen traición a su pensamiento, respondió:

-Diré como el doctor: precisemos. Y voy a tratar de expresarme con claridad.

El señor Magos no tiene nada del ocultista profesional ni de un charlatán. No es de esos faquires astutos, para servirme de la expresión de usted, señor doctor, que con la boca llena de palabras contradictorias, mezclan la religión con la superchería, invocan una magia que nunca ha existido sino para las mujeres que echan las cartas, y, en resumen, no producen ni un hecho auténtico ni una teoría razonable. Pero si usted concede el título de sabio a un hombre, del que me glorío de ser discípulo, que ha llevado bastante adelante su penetración de los secretos de la materia para aproximarse todo lo posible al elemento primero de su substancia, para aislar, en cierto modo, la fuerza original de todos sus componentes, para deducir la luz infusa en su participación con todas las radiaciones, y para registrar por medio de esa luz los secretos de la constitución de los cuerpos mejor y más profundamente que ningún efluvio, ningún rayo X y ningún rádium ha podido hacerlo hasta aquí, el señor Magos es ese sabio. De esto a traspasar el límite que separa el mundo de los fenómenos puramente materiales de ese mundo oscuro en que la ciencia verdadera encuentra o cree encontrar

acciones que no son enteramente mecánicas, sino que indican la presencia de agentes inteligentes, no hay más que un paso, y ese paso, me atrevo a afirmarlo, mi ilustre maestro y amigo lo ha dado.

El ingeniero había hablado con igual claridad que el médico. Pero sus palabras tomaban de una convicción profunda la autoridad que no tenía la duda, y ninguno de sus dos interlocutores dejó ver el más pequeño escepticismo.

-¡Pardiez! -dijo Vaubray, -hace usted que me venga el agua a la boca. Me gustaría conocer a ese señor Magos y verlo realizar uno de esos prodigios.

-¿No he dicho a usted que el señor Magos es un verdadero sabio y que, como tal, no sale jamás de su prudente reserva?

-Saldrá por mí, querido Herbault -exclamó impetuosamente Arona. -Sirvase usted ser mi intérprete cerca de él y pedirle, con toda la deferencia necesaria, que nos conceda el favor de una sesión. Por lo demás, él pondrá sus condiciones. No le impongo ni el sitio, ni la hora ni la menor restricción de su voluntad. Nos mostrará lo que quiera de su saber y ejercerá su poder en la medida que él juzgue conveniente. Acepto de antemano todas sus reservas y suscribo a todas sus exigencias.

En la cara del joven pintóse cierta vacilación.

No puedo, señores, comprometerme con ustedes a otra cosa, que a hacer conocer sus deseos al señor Magos. Pero debo advertirles desde ahora que todas las probabilidades son de que se niegue a condescender a ellos.

El barón insistió con una especie de impaciencia y el ingeniero comprendió que de la satisfacción, dada al capricho del «principal» podía depender, no sólo una mejora, sino la conservación misma del empleo que ocupaba a su lado.

Ahora bien, Gerardo no tenía más fortuna que ese empleo. Los ocho mil francos que ganaba en casa de Arona eran la condición que el destino ponía para la realización del dulce sueño de su alma, su matrimonio con Sibila.

El joven salió, pues, del suntuoso hotel resuelto a solicitar del padre de su novia la aquiescencia, a los deseos del barón, pero con el alma oprimida por oscuros presentimientos y la mente obscurecida por un temor, como el cielo al paso de una nube amenazadora. Le pareció que el rayo se cernía sobre su felicidad y que él le había traído con su imprudencia, incomprensible malestar, pero secreta advertencia de un peligro que era muy real.

Porque al formular su petición en un tono que disimulaba mal una orden, el barón de Arona no había obedecido a un simple movimiento de curiosidad. Un ardiente deseo, una imperiosa pasión que acababa de salir a luz y se apresuraba a aprovechar la ocasión que tan inopinadamente se presentaba.

Arona amaba a Sibila, la amaba con toda la fuerza de su sangre y toda la violencia de una voluntad que no conocía los obstáculos.

Desde el día en que la vio del brazo de su prometido, la joven había ocupado el pensamiento del levantino y su imagen se había apoderado violentamente de aquellas pupilas acostumbradas a considerar la riqueza, y la belleza como objetos de conquista y como presas ofrecidas a la ambición de los fuertes que no admiten barreras para la realización de sus concupiscencias.

¿Qué proyectos podían elaborarse en las tinieblas de aquella conciencia? Ella misma lo ignoraba sin duda; acaso no se daba cuenta de la imperiosa exigencia de un deseo que era preciso satisfacer, y todos los medios le parecían buenos para lograrlo. Los hombres como ese ignoran el freno moral y no conocen más que su capricho. Rico hasta el punto de no privarse de ningún goce, el barón pensaba que nada resiste al oro. Cuántas veces, con una insolencia de bribón advenedizo, se había golpeado el bolsillo diciendo este aforismo de tonto sin pudor: «Con esto se compra todo...»

Para decir verdad, estaba esta vez en presencia de un problema que le intimidaba un poco. No estaba muy seguro de poder «comprar» con los millones de su cartera aquella virgen de extraña y misteriosa belleza, y se decía que habría que conceder, acaso, un precio mucho más elevado, algo cuyo valor, añadiéndose al del oro, rompiese el

equilibrio inestable de una afección ingenua. Acaso tuviese que ir hasta el fin, atravesar el foso de que se rodea el egoísmo masculino y condescender al matrimonio. La hipótesis, aunque admitida como un mal mejor, no le detenía y estimaba que con ese medio supremo vencería toda resistencia. Olvidaba su madurez ya pasada, su barba y su cabello teñidos, su gordura fofa, persuadido de que no hay una mujer moderna capaz de desdeñar a un novio quincuagenario que a treinta millones puede añadir un título de barón.

Pero antes de llegar a ese extremo, pensaba Arona agotar todos los recursos de su ingenio y regatear las complacencias sueldo por sueldo. Es propio de esos «hombres de negocios» el no ver las cosas más que bajo su aspecto comercial.

La cuestión era ser hábil, es decir, no dejar las cosas al azar, tender sutiles lazos y multiplicar las seducciones.

La constancia femenina es, en efecto, cosa frágil, en no pocos casos, y Goethe nos ha mostrado a la pura Gretchen sucumbiendo a un saludo amable y al ofrecimiento de un cofrecillo de alhajas. Pero en este punto hay para un filósofo materia de duda metódica, pues un enamorado no admitido es el más ridículo de los hombres, y nadie es menos filósofo, en cuanto está enamorado, que un multimillonario sin pudor y penetrado de su valor «mercante».

Arona estaba tan enamorado como era millonario.

Y como, por oficio, fabricaba joyas, no tenía más que recurrir a sus matraces y a sus alambiques para llenar el cofrecillo de Fausto rejuvenecido. En cuanto a su coche de boda, él sabía dónde tomarlo. Sus cocheras encerraban tres, de diversas dimensiones y velocidades, prontos a llevarla con una rapidez fulminante.

Sibila elegiría a manos llenas en la reserva de piedras finas y elegiría entre el «cuarenta» y el «ciento veinte» caballos. Pero, previamente, habría recibido el encanto del oro y el engañoso atractivo del hotel de Arona.

El propietario de este hotel había meditado largamente sobre los medios de atraer a él a la joven, pero el silencio de Herbault no había proporcionado ninguna ocasión a sus insinuaciones.

Y hete aquí que la ocurrencia se presentaba, imprevista, por una casualidad que él hubiera calificado de milagrosa si hubiera creído en el milagro. Y se había apresurado a aprovechar la oportunidad cogiéndola por los cabellos. Su invitación no era más que una orden apremiante, pero el ingeniero podía tomarla en un sentido que no diese lugar a ninguna sospecha. Podía y hasta debía pensar que su principal, molesto por desarreglos fisiológicos que los médicos atribuían a la sangre o a los nervios, y descontento de este diagnóstico tan invariable como superficial, se había dejado seducir por el atractivo de una terapéutica superior y se agarraba a la esperanza de la curación por medios desconocidos de la ciencia oficial.

En esto Arona no se diferenciaba del resto de la humanidad. ¿No se ve todos los días a enfermos desanimados por recetas costosas e ineficaces de la ciencia trivial, recurrir a sortilegios y a los elixires de los curanderos y de los charlatanes sin mandato y sin diploma?

Si, esto era lo que debía de creer Herbault, y su deseo de ser útil debía indiscutiblemente ayudar al maquiavélico proyecto del barón.

Y ya, éste, se regocijaba por el éxito de su astucia.

La invitación a Magos no se dirigía más que al sabio. ¿No sería acaso tomada en un sentido fuera de este límite? ¿Vendría solo el sabio si consentía en venir?

-¡Bah! -pensaba Arona, -será una partida aplazada. Suponiendo que sólo el padre responda a mi invitación, sabré solicitarle tan bien, que me traerá a su hija. Y entonces, abierta la puerta, vendrá la costumbre, se establecerán las relaciones y ya llegará mi hora.

Arona estaba solo en el saloncillo que acababan de dejar sus convidados. La noche cerraba rápidamente en aquella estación en que el día se acababa a las cuatro de la tarde. Los crepúsculos de invierno son tristes y no tienen los rojos esplendores de las tardes de otoño. Una bruma helada obscurecía los cristales con su vaho. La pieza se llenaba de esa luz gris y sucia que desnaturaliza los objetos al borrarlos.

Arona se paseaba a pasos nerviosos por la mullida alfombra en que se hundían sus anchos pies. No había en él ningún pensamiento triste. El porvenir limitado a esta última pasión se le mostraba lleno de

sonrisas. Hacía tres lustros, el éxito continuo y una prosperidad sin mezcla le habían hecho perder la memoria de los tiempos menos dichosos en que se encontraba, sometido a los horrores de la miseria.

A Arona no le gustaba acordarse de ellos. ¿Qué había en aquel pasado tenebroso del que se apartaba el ojo de su conciencia? El barón de Arona, aventurero triunfante, ¿había tenido en su vida alguna hora roja o negra? Nadie hubiera podido decirlo, porque nadie conocía a aquel hombre más que desde el día en que había al fin vencido a la mala suerte.

Pero si viviente alguno conocía aquellos años anteriores, si él mismo los apartaba obstinadamente de su pensamiento, ocurría sin embargo que ni la ignorancia ajena ni su propia repugnancia a volverse hacia los días lejanos, impedía a ese pasado renegado presentarse bruscamente a la mirada espantada de su alma. Y entonces era cuando se producían los fenómenos extraños que el doctor Vaubray había calificado de alucinaciones, no queriendo ver en ellos el preludio de la enajenación mental.

Y hete aquí que en el delirio de un orgullo satisfecho por la certeza de satisfacer sus deseos, el hombre triunfante sintió desarrollarse la aterrizadora influencia.

En aquella claridad lúgubre, en aquella turbia transparencia de un crepúsculo incoloro, prodújose de pronto una obscuridad más grande y apareció una sombra local, determinada, movable. Parecía que las partículas de aire se condensaban y se espesaban a su alrededor. Y una sensación táctil de aliento, el *aura* premonitoria de los visionarios, la que se dice que perciben los epilépticos y en la que los paganos espantados creían ver el paso de un dios, vino a erizar sus cabellos. Sus manos extendidas no encontraban ningún obstáculo; pero experimentaban ese frío extraño del que ningún frío humano puede dar la equivalencia. La presencia invisible le envolvía en su impalpable trama.

Arona vaciló al sentir aquel contacto. Crujiéronle los dientes. Trató de sacudir el peso de la atmósfera inmaterial, pero estaba saturado de un terror sin nombre. Estaba su pensamiento como envuelto en un sudario, e, incapaz de resistencia, aquel hombre, tan fuerte antes, se

encorvó bajo una invencible presión. Anduvo entonces como a empujones hacia un mueblecillo de laca en forma de velador, que estaba en un rincón oscuro de la pieza, le abrió y sacó de él un cofrecillo de ébano. El cofrecillo se abrió a su vez al impulso de sus dedos convulsos, y en el interior, sobre un almohadillado de seda verde, aparecieron ocho o diez objetos insignificantes en sí mismos, especies de perlas ovoidales y transparentes, hechas de un cristal tan tenue que se las hubiera tomado por una de esas bolas irisadas de jabón que se hinchan en el extremo de una paja al aliento de un niño.

Entonces el barón, sacudido por un temblor involuntario, cayó de rodillas ante el cofrecillo misterioso. Hirvió un estertor en su pecho, agitó el aire con los brazos, sus manos se agarraron al vacío y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, estaba echado en un diván y dos criados le prodigaban sus cuidados. El saloncillo estaba inundado por la luz de los globos eléctricos.

-¡Ah! el señor barón nos ha dado un buen susto -dijo la voz sincera de un lacayo.

IV

EN EL HOGAR

Toda la alegría de Gerardo Herbault, al salir de la oficina, era irse a casa de los Magos, donde sabía que le esperaban. El amor y la amistad hacíanle la misma sonriente acogida. Y él se sumergía en la luminosa atmósfera de aquel hogar cuyo calor penetrante dilataba a la vez su corazón y su mente.

Aquella tarde, sin embargo, no iba sin aprensión. Era portador de la petición formulada por el barón de Arona, y no podía en modo alguno prejuzgar la respuesta que le daría Magos. El sabio, a pesar de su austera dulzura, era susceptible en su reserva. Encerrado en su modestia, no prestaba atención alguna a los rumores exteriores. Hacía una vida intensa, concentrada en sus pensamientos y en sus investigaciones.

¿Con qué derecho se iba a turbar su retiro y forzar la puerta de su contemplación? ¿No iría a reprochar a Gerardo su intrusión, con aquella imperturbable mansedumbre que daba a sus reproches un alcance muy superior a las vehemencias de las más legítimas cóleras?

Ocurrió que en el momento en que Herbault entró en la casa de la calle de Spontini, Magos había salido, y fue Sibila quien recibió a su prometido.

La joven le salió al encuentro vestida con un sencillo traje de paño azul oscuro. En la envoltura flexible de la tela, salían de las mangas cortas unos brazos redondos y blancos, sus pálidas manos parecían diáfanas y surgía el cuello de la púdica abertura del corpiño, descubriendo la nuca y sosteniendo la cabeza encantadora cuyo óvalo puro trazaba unas líneas sin defecto. Y en aquella cara, iluminada por la más graciosa sonrisa, los grandes ojos de terciopelo oscuro, cargados de pensamiento, irradiaban la llama de un amor sin mezcla.

Gerardo tomó juntas las dos manos que ella le presentaba y las llevó a los labios. El joven las sintió estremecerse bajo aquel beso como si una vibración magnética hubiera atravesado aquel joven cuerpo.

Sibila le preguntó alegremente:

-¿Qué hay de nuevo, Gerardo? Vienes más temprano que de ordinario.

-Sí -respondió Gerardo, -esperaba encontrar a tu padre.

Los dos jóvenes se tuteaban desde la infancia. Su amor había crecido con ellos cambiando de carácter, de nombre y de formas con los años, sin perder nada de su primitivo candor ni de su juvenil confianza.

-Entonces, caballero -dijo la joven con un gesto infantil, -no tengo nada que hacer aquí y voy a dejarle solo. No conviene que una señorita esté a solas con un hombre. Esperará usted a mi padre meditando.

Gerardo retuvo las manos que trataban de desprenderse.

-¡Qué niña eres! Digo que vengo mis temprano para ver a mi querido maestro porque tengo una comunicación que hacerle.

-¡Ah! una comunicación -repitió la niña traviesa recortando las sílabas con unos dientes brillantes. -¿Una comunicación oficial sin duda? Apuesto a que eso viene del señor barón de Arona...

Herbault la miró con estupor.

-¡Calla! ¿Cómo lo sabes? ¿Has adivinado? Es asombroso.

La joven se echó a reír.

-No tiene nada de asombroso. He hablado al azar, sin reflexionar. Pero puesto que es así y tú pareces tan estupefacto, ya me interesa el asunto. Es verdad, tú parecías preocupado al entrar.

La joven se sentó en una silla, al lado de Gerardo.

-¿Preocupado? No, Sibila mía. La palabra es demasiado fuerte. Di más bien molesto, fastidiado, si quieres.

-¿Por qué fastidiado?

-No tengo nada oculto para ti. Oye lo que pasa.

He almorzado en casa del barón, en compañía de su médico habitual, el doctor Vaubray, y la conversación ha versado sobre ciertos fenómenos de orden psíquico calificados de alucinaciones por el doctor y afirmados por Arona que supone haber sufrido algunos análogos. En

esta pendiente, hemos llegado a hablar de hechos preternaturales y he cometido la imprudencia de confesar que yo creía en ellos y he invocado el saber de tu padre.

El barón ha aprovechado la oportunidad para rogarme que dé un paso de su parte cerca del señor Magos. Querría el barón que tu padre consintiese en dar en su casa una sesión en la que pudieran ser comprobados esos hechos fuera de toda sospecha. Por mucho que yo he respondido que mi querido maestro no era ni un charlatán ni un oculista profesional, el barón ha insistido tanto que la he prometido transmitir su petición a tu padre.

Sibila sonrió.

-¿No hay más que eso? Cumplirás tu promesa y mi padre cumplirá rehusando.

La frente de Gerardo se ensombreció.

-Eso es lo que preveo y lo que temo.

-¿Por qué has de temerlo?

El ingeniero vaciló unos segundos y sus facciones dejaron ver el desarreglo de su pensamiento. Pero ante la llamada muda y apremiante de aquellas pupilas alarmadas, dejó ver su angustia.

Dijo el tono imperioso en que el barón había expresado su pensamiento y que él, Gerardo, con la secreta adivinación del instinto, había traducido aquella expresión como una fórmula conminatoria que le hacía temer por su empleo en casa del barón.

La cara encantadora de Sibila se entristeció, sus manos tuvieron un estremecimiento nervioso y su voz de notas graves y musicales se puso bruscamente seca y dura.

-¿De modo que ese señor enuncia sus caprichos como órdenes? ¿Y añade si es necesario la amenaza? ¿Crees que si mi padre no condesciende con sus deseos puede ocurrir que el barón te despida?

Gerardo temió haber hablado demasiado.

-No he dicho eso, Sibila. Temo solamente que una negativa de tu padre me indisponga con el varón y enfríe nuestras relaciones. -No se puede encontrar un empleo equivalente al que ocupo en su casa. Prescindiendo de que mi situación puede mejorarse si está bien dispuesto

para conmigo, no se llega hoy sin trabajo a hacerse una posición en mi carrera. Perder la que tengo sería aplazar aun la querida esperanza de mi corazón.

Los ojos de Sibila se humedecieron. Y con la exquisita vivacidad que era propia de su naturaleza, cogió las manos de su prometido.

Pues bien, Gerardo, esperaríamos aun un poco de tiempo. ¿Me amarías menos por eso? ¿Y me crees incapaz de esa, espera? A no ser -dijo con sonrisa traviesa, -que encuentres que envejezco demasiado de prisa...

Sibila estaba adorable en aquella actitud de juvenil coquetería en la que brillaba la flor de su radiante primavera. El chispeo malicioso de sus pupilas hacía pensar en esos reflejos de ópalo que los fulgores embalsamados de la aurora ponen en las gotas de rocío de las corolas de las flores dispuestas a abrirse.

Gerardo no respondió más que besando los pálidos dedos que se enlazaban con los suyos.

-Y después -siguió diciendo la joven, -¿qué importa? No dependemos de ese señor. Suponiendo que pierdas tu plaza, si mi padre consiente en nuestro casamiento, nos volveremos al Pallet, a nuestros bosques, a las orillas de nuestro Sevre. No encontrarás allí, acaso, la legítima satisfacción de tus ambiciones, señor ingeniero, pero si verdaderamente es Sibila la sola recompensa que deseas, Sibila estará a tu lado sin pedir más que amarte y que vivir para tí.

Gerardo se estremeció, atrajo hacia sí a la joven con ademán apasionado, y piadosamente, pero con todo el entusiasmo de su amor, puso los labios en la hermosa y pura frente, en la raíz de los rubios cabellos.

-¡Oh! Adorada -murmuró el joven con fervor ¿no ves, no sientes que toda mi vida depende de la tuya y que mi único deseo es perpetuar el ensueño que me viene de tus ojos?

El ruido de una puerta interrumpió este diálogo. Sibila salió de la habitación con la ligereza de un pájaro.

-Ahí está mi padre, Gerardo. Vas a saber a qué atenderle.

Y levantó la cortina de la puerta del salón preparando la entrada de Magos.

Era él. Su bella cara, demacrada, tenía su serenidad ordinaria. Al ingeniero le pareció, sin embargo, que reinaba en ella una nueva expresión.

-Celebro mucho encontrar a usted aquí, Gerardo -dijo estrechando la mano al joven. -Viniendo más temprano que de ordinario me da usted tiempo para comunicarle hoy mismo los resultados de un hallazgo bastante importante.

Dio un beso a Sibila, cuya cabeza se había posado en su hombro, y le dijo:

-Voy a privarte de Gerardo hasta la comida. Son las seis; el plazo no es muy largo para la comunicación que tengo que hacerle.

-Me resigno -respondió la muchacha dando un suspiro que hizo sonreír a los dos hombres.

Magos llevó a Gerardo al mismo cuarto en que pocas semanas antes había recibido al comisario de policía.

Se aproximaron a la mesa y el sabio puso la mano en el cofrecillo de acero cuya fantasmagoría luminosa había deslumbrado al funcionario.

-Gerardo -preguntó con voz un tanto conmovida, -¿se acuerda usted del problema que planteamos, hace un año, en el Pallet? ¿Se acuerda usted de sus términos?

-Sí -respondió sin vacilar el ingeniero. -Se fundaba en las atrevidas hipótesis de algunos precursores. ¿Es posible, después de haber reducido un compuesto cualquiera al estado puro de radiación, condensar en una combinación nueva esta materia radiante?

-Esa no era toda la enunciación, Gerardo.

-En efecto, la cuestión era más sutil y más alta. Juntábase a ella esta enunciación: Si el estado radiante no es, en cierto modo, más que la volatilización de la materia y vuelve los elementos a su forma primera, ¿es posible al hombre percibir esta primera forma en una substancia tal que todas las otras no sean más que sus variedades?

-Eso es -dijo el sabio, cuya vasta frente se inclinó.

Y, de repente, irguióse su cabeza y pareció a Gerardo que estaba como ceñida de un nimbo brillante, tanto irradiaban los ojos una llama

intensa y tanto la augusta cara parecía vestida de una belleza sobrenatural.

-Gerardo -dijo Magos con una voz profunda, a la vez imperiosa y suave, la voz de una criatura superior a la humanidad, ese problema está resuelto.

-¡Resuelto! -exclamó el joven estremeciéndose.

-Me explicaré. No quiera Dios que mi miserable vanidad se jacte de haber usurpado la omnipotencia del Creador. Jamás el hombre logrará aislar el principio material de las substancias. Ese principio sale de las manos de Dios, o más bien, ha salido en el origen de los mundos por vía de creación. El solo le ha sacado de la nada en la que podría volverle a sumir; él solo ha fijado sus leyes y sus combinaciones innumerables. Todo procede de él y nada le suple. Así la adición de las fracciones decrecientes tiende a la unidad, porque falta siempre al numerador una cantidad igual a la unidad del denominador. En esa cantidad eternamente fugitiva es donde se refugia la *unidad* incoercible vanamente perseguida.

Sin embargo, esa unidad existe. Place algunas veces a la soberana inteligencia permitir a la nuestra elevarse bastante alto para presentir el término en que esta unidad se realiza.

Gerardo contemplaba a su maestro fascinado por aquella cara inspirada. Magos hablaba sin mirarle; sus pupilas, dilatadas, parecían fijas en una visión no percibida por los demás, como si el alma exteriorizada, se hubiera colocado en el borde de las pupilas, en la linde del mundo invisible, desde donde penetrase la obscuridad de la materia.

El sabio continuó:

-No, no he llegado al elemento primero, al átomo inicial. Nadie puede llegar a él; acaso es así porque en el límite a que puede llegar nuestra inteligencia ese átomo se resuelve en fuerza, se reabsorbe en la inmensa energía potencial cuya primera realización es ya un primer compuesto; acaso no hay átomo, porque allí donde cesa la divisibilidad del elemento cesa también la extensión. Pero Dios me ha concedido el subir los escalones uno a uno y ha llegado a un grado en que ya no

puedo subir más alto con el peso de mi carne. En adelante, tendré que despojarme del cuerpo, y despojarse del cuerpo es morir.

Pero en este límite he pedido ver y veo. Gerardo, la creación material es un compuesto progresivo, en el más amplio sentido, un espesamiento, si usted lo prefiere, de la substancia primitiva. La creación comienza por el caos, por lo que se pudiera llamar el primer estado del ser a su salida de la nada. Todo está en potencia en ese caos, nada existe todavía de lo que va a formar el mundo. ¿Es el estado atómico primero?

Nadie lo sabe, pues el cielo y la tierra no están aun separados el uno de la otra. Pero «el espíritu de Dios» incuba ese caos, como la gallina el huevo, y hete aquí que este huevo gigante se transforma y que la cáscara se convierte en el cielo y el interior en la tierra. Y en el centro de ese interior, bañado en siete décimas partes de mares, germina la vida. Y para desarrollarla, para manifestarla, Dios pronuncia la palabra formadora: «*Iehi or*». Hágase la luz. Y la luz lo penetra todo y se mezcla con todo. No hay materia tan oscura que no tenga su parte. ¿Qué es ese rádium cuyo descubrimiento hace estremecer a los sabios? Un metal aun desconocido, un componente de la tierra llamada «pechblende», más simple que el bário, más activo que el uranio, y ese metal, sin embargo, casi reducido al estado molecular, no es más que un cuerpo cuya alma, presentida por la ciencia, es la luz.

Suba usted en grados, Gerardo, y echa usted de ver que la luz crece en intensidad a medida que disminuye la densidad de la materia. El oro es la luz solidificada sin transparencia; el diamante la luz solidificada pero translúcida. De modo que, de escalón en escalón, el hombre puede llegar a un estado de la materia en que la proporción sea a favor de la luz, a una amalgama tal que la materia no sea más que una película, una envoltura frágil de la luz. Más allá es la luz pura, cuyo brillo no puede sostener nuestro ojo de carne.

Magos se calló, e inclinó su cabeza mientras se unían sus manos en un ademán de adoración. Dominado por la majestad de esas palabras y de esa actitud, Herbaulb guardó unos instantes silencio y preguntó después casi tímidamente:

Y usted ha llegado... a ese grado, mi querido maestro?

-Yo no le he alcanzado, Gerardo; Dios me ha hecho llegar a él. Ha bastado un relámpago de mi pensamiento para hacer nacer en él el descubrimiento. La luz creadora, ha engendrado en él la luz procreadora. Ve a usted.

Magos levantó la tapa del cofrecillo y el estupor de Gerardo fue tan fuerte que no pudo hacer más que lanzar una exclamación sorda.

Allí donde unas semanas antes no había visto más que minerales groseros y residuos vegetales transformados por la acción de un metaloide y vestidos por un instante de un esplendor que les daba el aspecto de piedras preciosas imitadas, encontraba verdaderas piedras preciosas permanentes, coloreadas con los más hermosos matices que pueden transfigurar a los compuestos del carbono, del hidrógeno y del aluminio con el flúor y el cromo. Y yendo al socorro de su pensamiento extraviado Magos le explicó con dulzura paternal:

-Son las mismas piedras y los mismos residuos minerales. Solamente, el otro día la luz no les prestaba más que un vestido exterior, y hoy las ha penetrado y saturado. Está en ellas inmutablemente aprisionada en sus paredes y sujeta, en su forma.

El ingeniero hizo un movimiento de entusiasmo y cogió vivamente las manos del padre de Sibila.

-¡Oh! maestro, maestro, ¿qué hombre de estos tiempos podrá compararse con usted? Ha realizado usted «La grande obra». La materia se transfigura en sus dedos dirigidos por su inteligencia. ¿Qué es nuestra química laboriosa? ¿La alquimia no era, pues, una palabra vacía de sentido?

-No, lo que yo he hecho, otros han debido hacerlo antes que yo. Una sola cosa diferencia su método y el mío del de la ciencia actual. Ellos no se tuvieron en cuenta para nada por sí mismos; se consideraron como simples recipientes momentáneos de la ciencia eterna. Por eso la ciencia eterna les entregó parcelas a su unidad.

Gerardo, lo que llamamos la fotosfera del sol no es más que la radiación exterior, la volatilización de su núcleo, su transformación en luz. Y los rayos de esta luz transformada, al penetrar en la tierra, com-

binan los elementos de ésta después de haberlos disociado de sus compuestos primitivos. Cuando decimos del diamante que es un «carbono» puro, queremos decir que el elemento carbono, esparcido en mil cuerpos divergentes, encuentra en forma de diamante el estado en que solidifica la luz.

Dios me ha permitido sorprender ese pasaje, conocer ese momento en que la fuerza luminosa condensa los elementos generadores de los cuerpos más simples, casi homogéneos. Ese secreto no lo he encontrado; lo he recibido gratuitamente.

-Pero eso es la fortuna, maestro; es más y mejor que la fortuna, es la gloria imperecedera y sin sombras. Con tal secreto, es usted dueño del mundo.

En los labios del sabio se dibujó una melancólica sonrisa.

-Con tal secreto no soy dueño del tiempo, no lo soy siquiera de la hora asignada a mi destino. Sigo en las manos del Todopoderoso confundido por sus liberalidades y más pequeño que nunca enfrente de su inmensidad.

Herbault, que le escuchaba con admiración creciente, preguntó:

-¿Ha seguido usted el mismo principio que le hizo encontrar esa maravillosa potencia luminosa?

Y designó la lámpara que había deslumbrado con sus claridades los ojos profanos del comisario de policía.

-El mismo -respondió Magos, -y, antes de poner la mano en la fórmula de la transfusión de las piedras, he podido comprender el estado solar de la luz.

Al decir esto, se acercó a las ventanas y Gerardo pudo notar que éstas, como las puertas, habían recibido un suplemento de cortinas. El sabio las corrió cuidadosamente, y, después, colocó en el mechero de la lámpara un grano casi infinitesimal de una materia desconocida del joven químico y puso la lámpara en contacto con una pila movible, en la que puso la mano.

Un resplandor prodigioso, la luz misma del sol en un mediodía radiante, se difundió por el cuarto, devolviendo a las telas, a los papeles, a los líquidos y a la carne sus colores del pleno día.

Pero entonces Gerardo, aterrado, dio un paso hacia su maestro. Acababa de verlo pálido, tan pálido que se hubiera tomado por un cadáver a no haber sido por el espléndido brillo de sus ojos inspirados.

-¡Maestro! ¡Maestro! -gritó el joven con profunda angustia.

El sabio retiró la mano y la luz se apagó no dejando más que la claridad ordinaria del cuarto, tan turbia, y humeante que pareció fúnebre a Gerardo.

Magos dio unos pasos vacilantes y fue a sentarse pesadamente en un sillón.

-Gerardo -dijo con voz muy débil, -el experimento que acabo de hacer es peligroso. Dios le prohíbe, acaso, pues para reproducirle no es solamente preciso el empleo de un objeto material apropiado. El experimentador, para desencadenar la fuerza que le hace posible, tiene que emplear un poco de su substancia viviente. ¡Ah! fue un gran pensador aquel iluminado que dijo: «la ciencia no era buena para el hombre durante la menor edad de su alma.»

Se calló y Gerardo le vio respirar con esfuerzo durante unos minutos.

Después vino la calma, el sabio pareció sacudir aquel extraño cansancio y, sonriendo, preguntó al joven:

-Vamos a ver, ¿volvemos a lo vulgar? Me parece leer en usted que tiene que hacerme una comunicación, que dar un paso que tiene todo el aspecto de molestarle.

Gerardo acababa de pasar por demasiadas sorpresas para asombrarse de aquella adivinación. Vaciló, sin embargo, y balbució al exponer a su interlocutor el favor que solicitaba.

Contra sus previsiones, Magos no pareció experimentar ninguna contrariedad, y muy amistosamente, en el tono más natural, declaró:

-Pues bien, amigo Gerardo, diga usted al señor de Arona que me prevenga el día que mejor le convenga y, por mi parte, haré todo lo posible para satisfacer su curiosidad profana.

V

EN LA SOMBRA

El barón de Arona había invitado poca gente a la sesión de «ocultismo» que daba en su hotel. Extranjero y apenas instalado en el suntuoso inmueble, no se había creado relaciones hasta entonces más que en la aristocracia cosmopolita que ha elegido París como lugar predilecto. Casi todos los nombres que se podían leer en las tarjetas de invitación entregadas a los lacayos introductores, tenían una sonoridad tan exótica, como la del mismo barón. Encontrábanse allí la princesa del Piro, el caballero Mergozzi, los señores y las señoritas de Luiz Carol, el profesor Hans Skopfer, el coronel Perey Killemore, Su Excelencia Daoud Aga, la condesa Petrovatzka, el doctor Georgios Demokakis y una docena de franceses en posesión de esa, celebridad que nadie sabe en qué se funda y que todo el mundo acepta sin comprobación porque los demás la afirman.

Esos invitados, unos treinta en total, habían sido introducidos ceremoniosamente en el gran salón, a esperar que se abriese el antro del misterio. Había que añadir a ellos el doctor Vaubray, que había ido por complacencia y con la sonrisa de burla en los labios, el ingeniero Herbault y Sibila Magos, acompañada de su padre.

No había éste puesto más que una condición a la aceptación de los deseos de Arona, pero esa condición era formal. No se enviaría nota alguna de información «mundana» a los periódicos susceptibles de enviar noticieros a la sesión, y no se pronunciaría siquiera el nombre del sabio.

La pieza en que se iba a efectuar la extraña «representación» había sido preparada con todas las garantías de imparcialidad y de buena fe.

Era una sala desnuda, de cinco metros por diez de superficie y de paredes vestidas de un estucado policromo imitando elegantemente el mármol. Y este solo aspecto, de una frialdad alarmante, a no haber sido

por el dulce calor que emanaba de los radiadores, hubiera bastado para apartar toda sospecha de superchería. Una ventana única, de dobles cristales, dejaba penetrar la luz exterior. En la actualidad estaba herméticamente cerrada con maderas. De las dos puertas que daban acceso a la sala, una, de dos hojas, servía para la entrada del público, y la otra, que comunicaba con un corredor de servicio, estaba condenada, y se invitó al doctor Vaubray y a otras tres personas a sellar ellos mismos las bandas de tela que cerraban las juntas del dintel.

Ninguna decoración y ningún mueblaje; simples sillas de junco se alineaban a lo largo de los muros. Delante de la chimenea estaba reservado un sillón para el «operador». Detrás de él, en la tabla de mármol de esa chimenea, había un farol rojo, provisto de una mecha de esencia, como los que se emplean en las cámaras oscuras, y que difundía en la escena su claridad dudosa. Todo, pues, iba a pasar en una obscuridad casi absoluta. En una mesa de madera blanca, sin cajón y, por consecuencia, sin doble fondo, había papel y varias pizarras como las que usan los escolares, unos cuantos lápices y dos cortaplumas.

A la verdad, bastaba dar vuelta a dos o tres botones eléctricos para inundar la sala de luz.

Cuando la concurrencia tomó asiento, el barón de Arona levantó la voz con una solemnidad que no estaba exenta de ese temblor que indica la turbación del alma en presencia de lo desconocido. El barón reclamó el silencio absoluto e invitó a las personas que no estuvieran seguras de sus nervios a salir del «santuario».

La voz burlona del doctor Vaubray dejó oír una réplica digna de él.

-¡Ah! mi querido barón, si tenemos que estar mudos y acoquinados, como los chicos de la escuela delante de su maestro, declaro que la cosa no me hace gracia y pido marcharme.

Antes de que Arona, vagamente irritado por el apóstrofe, se hubiera resuelto a contestarle, la voz grave de Magos había respondido al médico:

-Tranquilícese usted, caballero; el silencio no será tan riguroso como usted parece temer. Dentro de un momento, cada cual será libre de hablar a su gusto y de expresar abiertamente su opinión.

Y, dirigiéndose al auditorio, el sabio añadió:

-Debo a mi conciencia y a la buena fe de los que están aquí reunidos hacerles conocer que no se trata de hacer una incursión en el dominio de lo sobrenatural ni en lo que algunos llaman el mundo de los «espíritus». Yo no creo en los espíritus, al menos en la acepción muy particular de la palabra. Los hechos que pueden producirse en el curso de este experimento son de orden «preternatural» sin duda, pero nada impide admitir, hasta nueva información, que proceden de causas aun desconocidas de la inteligencia humana y que, sin embargo, esta inteligencia podrá conocer un día. Toda afirmación más extensa iría más allá de los límites de la reserva científica, y no quiero colocarme en otro terreno que en el de la ciencia.

Estas palabras fueron pronunciadas con una claridad de acento que impresionó a la concurrencia, la cual tuvo la intuición de aquella superior probidad. El hombre que hablaba de aquel modo no podía ser un charlatán.

¿Iría a ser un taumaturgo?

Magos se había sentado, su mirada abrazó la sala de una ojeada circular y sonrió a Sibila y Gerardo refugiados juntos en el fondo. Después, aquella mirada había ido a posarse en el barón con helada penetración y lo obligó a apartar los ojos de Sibila, molesta por la insistencia de sus insolentes pupilas.

Hay que apagar? -preguntó el dueño de la casa.

-Sí -respondió brevemente el sabio.

Las lámparas de incandescencia se apagaron de repente y la sala quedó sumida en una densa obscuridad solamente agujereada por el punto rojo del farol colocado en la chimenea. No se oía más ruido que el de las respiraciones, un poco anhelosas por la espera de lo que iba a producirse.

Esa espera fue bastante larga. En esa clase de experimentos hay que armarse de paciencia, muy meritoria por lo mismo que es puesta a

prueba por la molestia de la inmovilidad y del silencio. Algunos suspiros, ciertas tosecillas nerviosas y un roce de cuerpos cambiando de posición en las sillas manifestaron la incipiente fatiga. Y de repente, los rumores cesaron y se hubieran oído palpar los corazones.

Era que, en efecto, el fenómeno esperado se iniciaba; veíase algo salir de la sombra.

A la izquierda del sillón ocupado por Magos acababa de aparecer una mancha a la altura de su hombro, mancha adivinada a favor de un rayo de luz casi imperceptible emanado del farol.

Al principio fue un punto vago, movable, que se dirigía en todos sentidos. A cada uno de sus movimientos surgía otro nuevo punto y hubo como una especie de picado vaporoso en la trama de las tinieblas ambientes.

Después, los puntos aislados parecieron moverse a su vez los unos hacia los otros, convergir y, finalmente, como las burbujas de aire que hace subir el azúcar a la superficie de una taza de café, unirse y fundirse en una mancha blanquecina y homogénea.

No son raras las manifestaciones análogas en los fenómenos eléctricos; se las ha observado con frecuencia en el curso de las auroras boreales y han permanecido inexplicables. No son vapores condensados del mismo modo que las nubes; son nebulocidades cuyo tejido impalpable está formado de una materia imponderable, de éter sin duda, irradiado por todos los cuerpos en su radiación perpetua.

La mancha, análoga al principio a una tela de araña, se espesaba a ojos vistas al mismo tiempo que avanzaba en el espacio. En duraciones infinitesimales, que eran al segundo lo que el segundo es a la hora, la extraña nebulosa arrancaba a la sombra en que se movía elementos de crecimiento más y más considerables. Sus dimensiones aumentaban, su figura hacía se ovoidal y, simultáneamente, su consistencia tomaba una apariencia albuminosa análoga a la clara de huevo.

Y era en efecto un huevo fantasmagórico que surgía de las profundidades de la noche y se dibujaba en líneas de una curva perfecta. Su parábola iba completándose, por los polos y adelgazándose por el

centro, y pronto fue patente que la extraña figura se desarrollaba a la manera de una célula gigante.

En el centro, allí donde al principio irradiaba el movimiento, se hizo un vacío, el huevo entero tuvo el aspecto de un anillo y se convirtió en un nimbo lívido, mientras que en medio de ese vacío se acusaba un núcleo que crecía a su vez, nacido de nada, como bajo la acción de una creación localizada.

Entonces, en impresionante silencio, lleno de anhelo de los pechos torturados por el prodigio, surgió una forma nueva del seno del anillo. Era una mano, una mano del color de la cera, tan pálida que parecía adherida al brazo de un cadáver. La mano se presentó por el dorso y los ojos distinguieron en detalle los dedos largos y delgados, dedos de mujer, de patricia, de falanges secamente anudadas, las venas salientes y las uñas de elegante curva.

La mano pareció moverse a su vez, mientras que a su alrededor se desvanecía enteramente el nimbo. Sólo quedó, ante los ojos aterrados, aquella mano cadavérica, sin que se dejase ver el brazo a que debía pertenecer.

La impalpable figura cambió lentamente de lugar, se la vio volverse y apareció la palma, exangüe y lívida, con sus prominencias y sus líneas. Parecía animada de voluntad cuando, recorriendo la sala, entre el retroceso precipitado de las sillas y el rumor de los terrores convulsivos, se dirigió hasta el rincón en que estaban Gerardo y Sibila. Un suspiro, que se adivinó que había salido de una boca de mujer, hizo desviar bruscamente, y, recorriendo todo el círculo espantado, apareció a la derecha del operador y allí se detuvo de pronto.

Y repentinamente oyóse un gruñido sordo, una especie de estertor epiléptico. En un alba de sepulcro se tuvo la visión, instantánea pero abominablemente clara, de que el horrible fantasma acababa de estrujar con sus dedos fluidos la garganta de uno de los espectadores, y de que aquella garganta era la del mismo barón.

Derribando su silla y atropellando a sus vecinos, el doctor Vaubray saltó a uno de los botones eléctricos. La claridad inundó la sala, y la pesadilla tuvo fin. No se vio más que una concurrencia vio-

lentamente impresionada. Magos estaba en su lugar, así como el barón de Arona, pero el uno y el otro parecían singularmente pálidos.

La vuelta de la luz alivió todos los pechos. El hombre no sufre impunemente tales tensiones nerviosas; pero, gracias al buen humor del médico, se sacudió bastante prontamente el malestar que reinaba. Los espectadores dejaron sus sitios deseando encontrar criaturas vivientes, seres de carne y hueso como ellos. Y se emprendieron las conversaciones más expansivas y ruidosas por lo mismo que se sentía mayor necesidad de entrar en una atmósfera menos fantástica.

-Todo esto es muy extraordinario -exclamó la princesa del Piro, cuya epidermis lívida, de horror se acusaba bajo el esmalto a la luz cruda de las ampollas eléctricas.

-Sí -afirmó sentenciosamente el profesor Skoppfer, -estos fenómenos aseguran la verdad de la existencia de un mundo diferentemente constituido que el nuestro. ¿ No será ese mundo el de la realidad y el nuestro el de la mentira?

Se oyó una risotada de Vaubray.

-Es cierto que esta luz sirve para desenmascarar la mentira de nuestras caras terrestres -dijo el médico con burlona brutalidad aludiendo a los afeites con que se rejuvenecía la cara sexagenaria de la princesa.

Sin embargo, aquella alegría cáustica, no fue comunicativa. Aquel público extranjero no tenía la disposición mental que hace a los franceses accesibles a la broma.

Gerardo y Sibila habían corrido hacia Magos y la joven se inclinaba hacia él con la tierna solicitud, preguntándole en voz baja:

-¿Estás fatigado, padre? ¿Quieres que nos volvamos a casa?

Magos sonrió mientras los colores de sus mejillas renacían lentamente.

-No hubiera debido traerte, Sibila. Debo decir, para excusarme, que he sido el primer sorprendido. El fenómeno ha ido más allá de mi provisión.

-¡Cómo! -dijo Gerardo con estupor. -¿No esperaba usted lo que se ha producido?

La mano de Magos se posó, helada, en la del ingeniero.

-No -dijo gravemente; -tan sólo conocía una parte del acontecimiento. El epílogo ha ocurrido sin el concurso de mi voluntad.

-¿Y no se lo explica usted?

-No, o más bien, me lo explico... demasiado bien.

No tuvieron tiempo para seguir el diálogo.

Unos lacayos de librea abrieron la puerta de dos hojas y dejaron ver en uno de los salones un ambigú suntuosamente servido.

El barón de Arona, enteramente repuesto de su turbación, avanzaba con la sonrisa en los labios hacia Sibila, un poco asombrada de tal honor, y le ofrecía el brazo galantemente.

No podía desagradar a los invitados restaurar con unas cuantas copas de champagne sus personas físicas sometidas a tan ruda prueba.

Vaubray aprovechó el movimiento para acercarse a Magos.

-Pardiez, caballero -empezó, -es usted un hombre hábil. Jamás he visto ejecutar tal fantasmagoría con más maestría. ¿Cómo se las arregla usted?

La fría mirada del sabio se fijó en la faz jovial del Esculapio.

-¿Cómo? Es extremadamente sencillo, caballero. Descompongo el aire en pequeña cantidad y el estado radiante del éter basta para producir el fenómeno luminoso que usted ha observado.

Las cejas del médico se fruncieron un poco, y Vaubray siguió diciendo:

-¿Usted descompone?... Si no le conociera a usted por un sabio, caballero, y si no le tuviera a usted un verdadero respeto, diría que se estaba usted burlando de mí.

-¿Es la candidez de mi respuesta lo que le sugiere a usted esa opinión? Le he hablado a usted con sinceridad.

-Me deja usted, entonces, confundido. ¡Usted descompone el aire!... Si no comprendo mal sus palabras, hace usted lo que otros sabios han podido hacer antes, a saber, llevar el compuesto de oxígeno y de nitrógeno a tal estado que el éter, su elemento común, subsiste solo después de la operación. Es el método, o al menos la teoría de Gustavo Le Bon. ¿He comprendido bien?

-Sí, señor.

-Pero eso, caballero, es un experimento de laboratorio, hacen falta instrumentos, los reactivos materiales indispensables, pilas de fuerza suficiente para esa electrólisis. Y usted no tiene nada de eso a su disposición.

Magos estaba enfrente de su interlocutor y no había nadie más que ellos dos en la pieza abandonada por el público.

-Doctor -dijo gravemente el sabio, -no le he de enseñar a usted la constitución del organismo. ¿No ha visto usted echar chispas a la piel de un gato y llenarse de fosforescencias la cabeza de un pez? ¿No ha reflexionado usted, en el campo, sobre la propiedad luminosa de ciertos gusanos? ¿Se ha preguntado usted por qué la claridad, ora accidentalmente, ora de un modo perpetuo, se une a las funciones de un organismo viviente?

Y, si ha meditado usted estas cosas, ¿rechazaría usted a priori la hipótesis de que el cuerpo del hombre, de ciertos hombres a lo menos, pueda hacer el efecto de una pila de incalculable potencia?

Vaubray abrió los ojos desmesuradamente, y, viendo delante de él la hermosa cara demacrada cuya mirada llena de pensamiento parecía irradiar una luz prodigiosa, no tuvo ya gana de bromear.

-Es verdad -confesó; -no había jamás pensado en ello.

Y se fue a mezclarse en las conversaciones de la concurrencia, ocupada en reparar sus fuerzas en previsión de nuevas emociones.

Terminado aquel entreacto, los curiosos volvieron con prisa muy justificada, pues el barón, mal dispuesto por la primera prueba, acababa de anunciar un cambio de programa.

A petición suya, ibase a proceder a la consulta de las pizarras.

Todos habían recobrado sus puestos y, antes de llegar a su silla, Vaubray se acercó de nuevo a Magos.

-Ahora, caballero, supongo que no se trata más que de un ingenioso pasatiempo y que no tendrá usted que hacer uso de la «pila humana».

El sabio no respondió.

Sin interrumpir los diálogos comenzados, Magos se puso a atar juntas, dos a dos, varias pizarras, aprisionando entre cada pareja un lápiz o un pedazo de tiza.

El resultado justificó la común expectación; colocadas en las manos de diversos concurrentes, las pizarras misteriosas dieron sentencias y aforismos filosóficos. Pero el doctor Vaubray afectó poner en duda la realidad del fenómeno.

-No hay en esto, después de todo, más que una hábil presentación de pizarras preparadas.

-Doctor -dijo tranquilamente Magos, -todas estas pizarras han sido proporcionadas por el señor de Arona. El es, pues, quien las ha preparado, para servirme de la expresión de usted.

El médico iba ciertamente a insinuar que el barón podía muy bien no ser más que un cómplice, cuando éste hizo desaparecer con una palabra las sospechas.

-Participo de la duda del doctor. Puede ser muy bien que estas pizarras hayan sido preparadas con un reactivo que, en ciertas condiciones, haga aparecer una escritura trazada previamente.

-En ese caso -respondió otra vez Magos con su voz grave y apacible, -hay que acusar al comerciante que ha vendido estas pizarras, pues yo las he visto por primera vez aquí mismo.

-El vendedor -dijo Arona, -es un tendero de la calle de Passy, y mi criado Raynaud fue quien las compró esta mañana.

-Hay, pues, un tercer cómplice -dedujo Magos con sonriente ironía.

En este momento, el «colega» de Vaubray, el doctor griego, Georgios Demokakis, creyó deber hacer una juiciosa reflexión.

-He asistido muchas veces a sesiones de este género y mi convicción absoluta es que asistimos a la manifestación de una fuerza psíquica debida a la emanación colectiva de todos los cerebros presentes. El pensamiento que resulta de todos estos esfuerzos fundidos en uno, no pudiendo representarlos todos simultáneamente, los resume y los condensa en una fórmula general, la que resulta necesariamente un adagio

vulgar o una opinión sintética. Me gustaría conocer la opinión del médium.

Esta vez, Magos no pudo menos de sonreír silenciosamente. Después replicó:

-El señor doctor Demokakis, si he comprendido bien, asimila el fenómeno a la acción de una corriente que arrastra el pensamiento de un número indeterminado de cerebros hacia un centro en que esos pensamientos combinados pierden su personalidad propia para transformarse en un pensamiento nuevo que no tiene nada de cada uno de sus componentes. Sería éste un hecho verdaderamente curioso de química psicológica, para el que no veo más que un obstáculo, pero enteramente invencible. Para operar esa combinación de emanaciones cerebrales en un pensamiento único, sería preciso suponer un instrumento apropiado para esa síntesis, un nuevo cerebro al mismo tiempo condensador y conmutador. Y no estando ese cerebro nuevo ni en los individuos, ni en la colectividad, es necesario colocarle en alguna parte, es decir, para el caso que nos ocupa, en la pizarra en que se ha realizado la transformación de los pensamientos. ¿Es esto lo que ha querido decir el señor doctor Demokakis?

El ateniense dijo unas cuantas palabras embrolladas, puesto en la imposibilidad de una afirmación. Y, por otra parte, la concurrencia, en su conjunto, no estaba a la altura de tal debate científico.

El barón de Arona le cortó apresuradamente.

-Cualquiera que pueda ser la explicación -y la juzgo imposible -me parece que la primera certeza que hay que adquirir es la de la... sinceridad del fenómeno. Personalmente, no me dejaré convencer más que si viese aparecer en la pizarra alguna alusión precisa a un hecho de mi existencia que nadie conozca más que yo.

Y para hacer su duda más aparente, preguntó con un dejo de ironía:

-¿Podría el señor Magos proporcionarme esta demostración convincente?

Su mirada y el tono mismo en que pronunció estas palabras rayaban en la impertinencia. Con voz tan clara como sus pupilas, el sabio respondió:

-Si yo fuera el fabricante de esos fenómenos, le respondería a usted sí con seguridad, pues puede suponer que el caso que invoca figuraría en mi repertorio. Por desgracia, no sé más que usted sobre la naturaleza de estos fenómenos. Podemos, pues, intentar él experimento con entera buena fe.

Diciendo esto, tomó dos pizarras y se las entregó al doctor Vaubray.

-Sírvase usted, caballero, colocar usted mismo el yeso entre estas pizarras y atarlas después todo lo sólidamente que pueda. Así no podrá usted acusar a nadie más que a sí mismo de superchería.

El médico hizo bromeando lo que se le pedía.

-Bien -dijo Magos. -Ahora coloque usted las pizarras donde le parezca y que el señor de Arona ponga en ellas las manos. Creo que no se pueden exigir más perfectas garantías.

Todo esto fue dicho con una seguridad de acento que produjo la convicción en la asamblea. Vaubray puso las pizarras en la mesa y el barón colocó en ellas las manos.

Prodújose un rato de absoluto silencio. Las pizarras habían sido atadas tan vigorosamente que el yeso hubiera debido aplastarse bajo su presión.

Y, sin embargo, todos percibieron el ruido característico de la tiza corriendo en el encerado. El ruido duró próximamente medio minuto y cesó. El barón preguntó:

-¿Puedo retirar las manos?

-Sin duda -respondió Magos.

-Lea usted, lea usted -gritaron de todas partes.

¡Cosa extraña! Arona, tan escéptico antes, parecía ahora lleno de una turbación repentina. Había retirado los dados de las pizarras y no se atrevía a volverlos a acercar como si fuesen de fuego. Con voz poco segura, dijo:

-Señor Magos, tenga usted la bondad de desatarlas usted mismo.

-¿Lo prefiere usted?

Y la vista del sabio se fijó en los ojos del italiano. Magos desató los bramantes que juntaban las pizarras, y las separó. Singularidad admirable; fue en la pizarra superior, en la que el barón había puesto la mano, donde aparecieron los caracteres blancos de la tiza.

-Lea usted, volviose a gritar.

Magos había descifrado la escritura.

-Dispensen ustedes, dijo. El experimento ha sido reclamado por el señor de Arona y él es quien debe enterarse el primero del resultado obtenido. Después le comunicará si así le parece oportuno.

Y entregó la pizarra al barón.

Entonces se vio al dueño de la casa, al opulento anfitrión, sacudido de pies a cabeza como por una descarga eléctrica. Su cara se había puesto terrosa, al mismo tiempo que de sus pupilas, prodigiosamente dilatadas, brotaba un relámpago de implacable odio, que fue a quebrantarse en las pupilas de acero del sabio. La mano del barón hizo el ademán convulsivo de aplastar la pizarra misteriosa.

-¡Cuidado! ¡Le ven a usted! -dijo Magos de modo que nadie le oyese más que su interlocutor.

Este estaba de espaldas al público y sólo el padre de Sibila había sorprendido la horrible descomposición de su semblante.

Murmurábase detrás del grupo, en la sala, y Vaubray, con su campechanía habitual, se acercó.

-Enséñenos usted eso, barón -dijo con guasa.

Pero ya la mano de Arona había borrado las líneas blancas de la pizarra. En un ángulo solamente podíase leer: *20 de diciembre*.

Arona consiguió dominar su turbación.

-¡Prueba echada a perder! -exclamó en un tono que, a pesar de su aparente jactancia, no excluía un resto de temblor.

Se hacía tarde; habían dado las once y media en el reloj del hotel, del que se hacían eco otros relojes próximos.

Los concurrentes, diversamente emocionados, se estaban despidiendo del barón.

Cuando Magos, dando el brazo a Sibila, se encontró en la calle de Spontini, dijo a Herbault que los acompañaba:

-Gerardo, puede ser que haya hecho mal en acceder al deseo del señor de Arona. He cometido una doble imprudencia.

VI

LO INVISIBLE

Sibila acababa de entrar en la habitación que servía de despacho y en la que, a las cinco de la mañana, reanudaba Magos los profundos estudios a que se dedicaba su pensamiento.

La joven parecía conmovida, casi alarmada. Los colores de la salud estaban menos fundidos en sus facciones y un brillo un poco febril veíase en sus ojos.

-Padre -dijo presentando la frente al beso del sabio, esta noche te has acostado muy tarde. Te he oído pasearte.

-¿Es que tampoco tú has dormido? -Preguntó Magos alarmado por esas palabras que confirmaba la palidez de la muchacha.

-No -respondió ésta, -o más bien, el sueño ha tardado en venir, lleno de visiones extrañas, muy dulces y muy tristes al mismo tiempo.

Sibila sonreía y sus ojos estaban impregnados de una profunda melancolía. Esos ojos parecían seguir, en el espejismo del sueño desvanecido, imágenes queridas, caras vislumbradas en una luz de la que no era la del día más que un reflejo opaco.

Magos le cogió la mano y la hizo sentarse a su lado.

-¿Es para hablarme de esos sueños para lo que vienes tan temprano?

-Sí -respondió Sibila con la misma vaguedad en la mirada y en la voz. -No sé si he sufrido demasiado vivamente la influencia de la velada de ayer, pero la impresión que he conservado de ella ha dado a mis sueños una singular apariencia de realidad. Lo que he visto esta noche no se parecía a las habituales imágenes del sueño; era como una transposición, un cambio de lugar de mi ser entero a un mundo maravillosamente puro, en una claridad que no derrama el sol.

La joven juntó las manos por un gesto maquinal, con las pupilas aun solicitadas por la visión interna.

-¿Habré de decírtelo? Ayer, en el momento en que en la obscuridad, aquella mano tan diáfana, salió de la nube, ¿reparaste que se dirigió a mí?

-Lo reparé, Sibila.

-¿Cómo expresar lo que experimenté, padre mío? Tuve miedo al principio, no mucho tiempo. Al miedo sucedió un sentimiento inapreciable, como al contacto de una caricia. Aquella mano era una amiga, una amiga llena de ternura. La conocía, y casi le hubiera dado un nombre. Perdóname que diga tales cosas. Era... la mano de.. mi madre.

Magos estaba apoyado en la mesa con la cara oculta entre las manos. Y murmuró:

-Continúa, hija mía.

-La mano se acercó sin tocarme, pero irradió a distancia, no sé qué efluvios y sentí pasar por mí algo que parecía un aliento, una atmósfera de indecible dulzura. Me vi envuelta y como bañada en una sensación deliciosa y mis ojos vieron de modo distinto que hasta entonces. Esta mano de fantasma tenía un brazo, y este brazo tenía un cuerpo y este cuerpo una cara, y esta cara...

Se calló, sacudida por un calofrío.

Magos se había levantado y la miraba con una emoción que no podía ya contener.

-Padre, padre -dijo débilmente la niña, -tengo miedo de decirte cosas- De parecerte loca... de estarlo...

El sabio fue hacia Sibila, la rodeó con sus brazos y la animó con su grave palabra.

-No, no estás loca, hija mía. El espíritu puede tener desarreglos pasajeros y, por otra parte, ignoramos los límites de su dominio. Habla... Esa cara era la de...

-Mi madre -suspiró la joven dejando caer la cabeza en el hombro del sabio y, reanimada sin duda por el calor del contacto, siguió diciendo:

-Duró aquello tan poco que no sé verdaderamente si fue un sueño análogo a los que he tenido esta noche, si no dormía en aquel momento con un sueño instantáneo, del que me desperté en el momento en que el

doctor Vaubray dio la luz eléctrica a la pieza. Pero conservé esa suave impresión, que permaneció en mí toda la velada hasta que vuelta a casa, me dormí con el sueño natural. Y entonces, la querida imagen reapareció precisa y viviente; era ella, mi madre, tal como la conocí en mi infancia, con su bondad angelical ya marcada con los signos de la muerte. Estaba aquí, no en mi cuarto, sino en este en que estamos. Estaba a tu lado, y tú parecías no verla. Y de repente...

Sibila se interrumpió y se aceleró su respiración, mientras se pintaba en sus facciones una expresión de espanto. Después continuó con voz entrecortada:

-De repente, cambió la escena. La casa en que estamos desapareció. Estábamos todos, tú, mi madre y yo, fuera de aquí, no en nuestra casa del Pallet, sino muy lejos, muy lejos, en un país que yo he conocido. Tú desapareciste y no quedamos más que mi madre, Ivona y yo. Y las tres llorábamos y rezábamos al pie de una cama en la que había un hombre muerto. Era yo muy pequeña y hablaba como hablan las niñas. Gritaba, yo: «¡Papá, papá!» y, sin embargo no eras tú, padre, no eras tú; era ese hermano cuyo retrato tienes, con el de mi madre, en tu chimenea.

-¿Mi hermano, Sibila? ¿Estás segura de que era mi hermano?

-Estoy segura. Mi corazón, vuelto a ser el de una niña, no se engañaba; y, sin embargo, sí me engañaba, puesto que no eras tú.

El sabio inclinó la frente y una especie de lucha interior se pintó en su cara demacrada. Después, con una solemnidad que no era en él habitual, dijo:

-Tu corazón no te ha engañado, Sibila. Yo no soy tu padre.

-¿Tú no eres?...

No pudo acabar; el grito había brotado dolorosamente de su pecho y sus labios se negaban a terminar la frase cruel. Una inmensa angustia alteraba su cara encantadora.

Magos tomó entre sus manos la rubia cabeza y la besó con fervor paternal.

-No te alarmes, hija mía, por mis palabras. Ha llegado la hora en que es preciso que te lo diga todo, Sibila; no soy tu padre por la sangre, pero me he esforzado en serlo por el cariño. Tú eres mi amada hija.

-¡Oh! -dijo la joven con un sollozo, tú serás siempre mi padre para mí. Te he asociado sin cesar a la imagen de mi madre y mi infancia y mi juventud han crecido bajo vuestra mirada y a la sombra de tu protección. No hay nada para mí más grande ni más noble que tú. Te llamaré siempre «padre».

-No te lo prohíbo, hija... mía -dijo el sabio cuyos ojos dejaron caer una lágrima en la cabellera de oro. -Dentro de un momento sabrás la verdad entera. Pero he interrumpido tu confidencia. Acaba el relato de tu sueño.

-No queda ya gran cosa.. En medio de la escena de desolación, vi un nuevo personaje al que no había visto al principio. Era alto y fuerte y le vi acercarse a mi madre, que se alejó de él con horror. Después, mi madre se me acercó y me arrancó del lecho fúnebre. Entonces me desperté.

-¿Y ese personaje... ese hombre?...

-No pude conocerle; estaba de espaldas y no vi sus facciones.

Magos dio unos paseos por el cuarto, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados, y se paró delante de la joven.

-Escúchame, Sibila, empezó con austera serenidad. -Vas a conocer tu historia. No has soñado en el sentido absoluto de la palabra, hija mía; has visto y vuelto a ver una escena terrible, un drama que se ha verificado realmente en el pasado.

-¡Padre! exclamó la joven con espanto.

-Te llamas María, Ana, Sibila de Lambel. Magos es nuestro apellido de familia. Eres hija de mi hermano Claudio Magos de Lambel y de María de Ploguern. Yo soy tu tía, el hermano mayor de tu padre.

Hizo una pausa y un espasmo le cortó la voz. Aspiró profundamente y continuó:

-Somos de una antigua familia de Bretaña, cuya segunda rama se estableció en el Pallet hacia el fin del siglo XVII. Los Lambel descendían de Audren, que fue rey de los bretones. Todos ellos fueron glorio-

sos soldados o ilustres marinos. La Revolución los arruinó. Nuestro abuelo, que llevaba el mismo nombre que yo, Raimundo, tomó parte en las guerras de la Vendée y fue guillotinado en Nantes con sus dos hermanas. Dos tías nuestras fueron ahogadas en los barcos sin fondo de Carrier.

Nuestro padre y nuestra madre murieron jóvenes y nos dejaron un modesto haber. Claudio y yo fuimos educados por un sacerdote de inmenso saber, un santo, el abate Herbault, tío de mi amigo el doctor Herbault, padre de Gerardo.

Tenía yo diez años más que tu padre, y mientras él acababa sus estudios en el colegio, yo viajaba. Cuando volví de mi primer viaje alrededor del mundo, Claudio tenía veintiún años. Trabajamos entonces juntos en el laboratorio que habíamos instalado en una casa solitaria alquilada por tu padre, en Guerande, y de esta comunidad de trabajos salió un descubrimiento interesante.

La casa en que vivíamos pertenecía a un noble casi pobre, el conde de Ploguern, el cual tenía una hija, María, una criatura angelical, cuya alma, era tan bella como la cara. Tenía diecisiete años y él veintidós. Tres años después del matrimonio, viniste tú al mundo. Yo había vuelto a viajar.

Aquí el sabio se interrumpió de nuevo. Su voz había temblado al pronunciar las últimas palabras.

Sibila, con los ojos brillantes y lágrimas en las pestañas, lo escuchaba palpitante.

Magos prosiguió:

-Te he dicho, hija mía, que nuestra fortuna era muy mediana, y tu padre quiso aumentarla explotando nuestro común descubrimiento. Un rico extranjero, M. Andrónico Teukros, originario de Para, le propuso una asociación y puso a la disposición de Claudio los capitales suficientes para plantear el negocio con todas las probabilidades de éxito. Exigió solamente que tu padre se estableciese en Constantinopla. Estaba yo ausente, como te he dicho, y no fui consultado. Claudio se marchó llevándose a su mujer y a su hija, y no debía ya volver.

Durante cuatro años, prosperó el negocio. Y, de repente cayó el rayo sobre la dicha de la joven pareja. Una tarde de invierno, se encontró a mi hermano muerto en su laboratorio. Los médicos declararon que había muerto de una embolia.

Tu madre pidió al socio que le entregase la parte que le correspondía en los beneficios de la empresa, que ella creía considerables, y Teukros exhibió un contrato, imprudentemente firmado por mi hermano, que le dejaba, con el secreto del descubrimiento, el derecho de continuar solo la explotación. Teukros dio a la viuda, por una sola vez, la suma de veinte mil francos, que le permitió volver a Francia con su hija y su sirviente y antigua nodriza, Yvona.

Esto es lo que debías saber. La escena cruel que te ha trazado tu sueño de esta noche no es más que una reminiscencia, una evocación repentina de un suceso contemplado en otro tiempo por tus ojos de niña y que ha dejado un pliegue latente en tu memoria. No te asustes, pues. A esta hora conoces tu pasado.

Magos hablaba brevemente y evitaba insistir en los episodios del relato de la joven.

Sibila, con los párpados húmedos, se acercó a él y le besó la mano.

-El padre que no he conocido no puede vituperarme porque te llame padre, a ti, que has ocupado su puesto a mi lado. Porque lo que tú no dices, pero yo recuerdo, es que te debimos mi madre y yo el mejor tiempo de nuestra vida en tu finca del Pallet. En el mundo de las almas, en que viven nuestros queridos desaparecidos, no pueden éstos ofenderse porque yo honre a mi bienhechor, a mi mejor amigo, con el único título que yo sé, que yo puedo, que yo quiero darle en este mundo.

Raimundo la abrazó sin tratar de contener su emoción.

-¡Ah! hija mía querida, ¿cómo rehusar ese título de tu boca cuando hace doce años me estoy esforzando por cumplir sus sagrados deberes? Sigue, pues, siendo mi hija, mi hija adoptiva, mi Sibila huérfana, puesto que eres hija de María... y de Claudio.

Tuvo la joven una corta vacilación, y, después, animándose de pronto, preguntó:

-Pero, entonces, padre, puesto que somos Lambel, ¿por qué no llevamos, por que no llevas tú ese nombre glorioso?

El sabio se estremeció, quedóse mudo unos instantes y respondió con esfuerzo:

-Tu pregunta es legítima y fundada. Es preciso que te diga también eso.

He dividido momentáneamente mi nombre en dos por razones superiores y de un interés capital. Tenía que preservaros, a tu madre y a ti, de las persecuciones de la malignidad; necesitaba sobre todo descubrir, si era posible, las causas de la muerte de tu padre y los proyectos ulteriores de su... asesino.

A los labios de Sibila subió un grito ahogado.

-¿De su asesino dices? ¿Mi padre fue víctima de un crimen?

-Sí -dijo Raimundo. -Y, ahora, hija querida, no preguntes ya más. Hace doce años que sigo mis investigaciones en la sombra y en el silencio. Hasta este momento han sido infructuosas.

-¿Hasta este momento?...

-Magos se volvió.

-Te suplico, Sibila, que no me interrogues más. Entierra mis palabras en lo más secreto de tu alma. Nadie debe oírlas ni adivinarlas, ni siquiera tu sombra, ni ese noble y valeroso joven que va a ser tu marido.

-¿Ni siquiera Gerardo?

-Ni siquiera Gerardo. ¡Ea! olvida o, más bien, trata de olvidar y déjame.

Muy pálida, pero comprimiendo los latidos de su pecho, Sibila salió y Magos se quedó solo en su cuarto.

En esta habitación, amueblada como una celda de anacoreta, adornaban la chimenea dos fotografías, un poco amarillentas por el tiempo, en sus marcos de madera negra.

Una de ellas representaba un joven de varonil y altiva cara, barba rubia y ojos de soñador o de artista, y la otra era la fotografía, de una mujer de puro óvalo de madona, y de ojos llenos de mística claridad.

Magos se detuvo delante de aquellas dos imágenes y su pecho exhaló un hálito oprimido.

-Claudio, María -exclamó, -os he devuelto vuestra hija. Desde ese mundo invisible en que Dios os guarda sin duda, ¿podéis ver nuestros duelos y miserias terrenales? Pero, en verdad, mi alma se conmueve y mi razón se turba. ¿Sois vosotros los que, esta noche, habéis visitado el sueño de vuestra hija? Y aquella mano de fantasma, que yo no había evocado y que salió del nimbo luminoso para acariciar la frente de vuestra hija y apretar la garganta de... ese hombre, ¿era la tuya, María? ¿era la tuya, Claudio?

Magos estaba en pie, inmóvil y absorto en su contemplación. Sus ardientes pupilas dejaban salir el alma de su carnal envoltura y solicitaban una respuesta.

La respuesta llegó, pero tal como la suprema sabiduría podía concedérsela a un justo adorando al misterio. Raimundo, tuvo la intuición del otro mundo en cuyo umbral vacilaba su razón, pero cuya puerta le abría la fe.

-No -dijo, hablándose a sí mismo en el silencio de la habitación, -no, vosotros no habéis dejado vuestras moradas de paz y de gloria. Los que se han dormido en el seno de Dios no se despiertan para volver a bajar a nuestras pasiones terrenales, ignoran el odio y el resentimiento y no conocen más que el perdón y el rezo. Claudio, María, ayer he pecado aventurándome en lo desconocido. Hubiera debido prever que en los límites de la materia comienza el mundo impenetrable en que se mueven las inteligencias buenas o malas, y es a estas últimas a quienes he prestado, sin quererlo, la ayuda de mi débil ciencia. Aquella mano, que Sibila juzgó amante, y que se me apareció como mensajera de castigo, no era la tuya, María, no era la tuya, Claudio; era la mano ficticia, el fantasma elaborado en el momento por los efluvios orgánicos emanados de todos los cuerpos presentes por el invisible poder que sube del abismo; era la mano de un... demonio.

Un golpe discreto interrumpió este extraño monólogo. Abrióse la puerta y apareció Yvona.

VII

DOBLE VISTA

No era lo ordinario que Yvona se presentase espontáneamente delante de su amo. La vieja bretona era de esas criaturas mudas por costumbre y cuya adhesión no se expresa por manifestaciones locuaces. El respeto que profesaba a Magos no tenía más igual que el que Magos le tenía a ella. Entre este hombre extraño y aquella, mujer medítabunda no existía más que un lenguaje interior, hecho de una especie de común adivinación. Raimundo sabía que es siempre en los simples y en los «pobres de espíritu» en los que se desarrolla más naturalmente la efusión del misterio. Admiraba en aquella sirvienta la florescencia de las virtudes oscuras y la incubación de las gracias celestiales. Sabía el amor maternal de que rodeaba a Sibila, a aquella niña que no era suya y a la que había criado, y muchas veces había dicho a Sibila hablando de la doméstica: «Yvona es una de esas almas elegidas que Dios se reserva para embellecerlas, como el orfebre cincela un medallón de precio.»

Al verla entrar de aquel modo el sabio comprendió que la buena mujer tenía algo que decirle, y su mente, llena de la conversación que acababa de tener con su sobrina, relacionó con ella el objeto de la intervención de Yvona.

Magos la ofreció una silla, pero ella permaneció en pie,

-Señor -dijo saliéndose de su laconismo habitual, -lo que tengo que decir a usted es grave.

Estas palabras no sorprendieron en modo alguno a Raimundo, pero le impresionaron, pues tomaban en la boca que las pronunciaba, una importancia que no hubieran tenido en otra alguna.

-Te escucho -respondió.

Magos la tuteaba según el uso ordinario de los amos con sus sirvientes en los países del Oeste.

-Señor Raimundo -siguió diciendo Yvona, usted no se ríe de las creencias de los campesinos y sabe que no soy mujer capaz de mentir.

-Lo sé, Yvona, y te creo.

-Siendo así oiga usted lo que tengo que decirle. He vuelto a ver lo que usted sabe, y lo he visto tres veces en ocho días.

Magos «sabía» lo que la bretona quería decir, porque no se manifestó asombrado y preguntó con voz un poco alterada:

-¿Lo has visto tres veces? ¿Dónde lo has visto?

-Aquí mismo. La tercera vez ha sido ayer cuando usted salió con la niña a pasar fuera la velada.

Magos adelantó la silla y su ademán invitó a la sirvienta a sentarse. Ella obedeció al mandato de esta dulce autoridad.

-¿Y -dijo, -era la misma «niebla»?

-La misma.

-¿Cómo hace seis años?

-Sí, señor, como hace seis años, cuando la niña estuvo enferma. ¿Se acuerda usted?

-Recuérdame las circunstancias, que se han borrado un poco de mi memoria.

Lentamente, pues era para ella cosa insólita el romper su laconismo habitual, la sirvienta hizo el relato que le pedía su amo.

Seis años antes, en el Pallet, Sibila, que tenía entonces trece años, fue sorprendida, por una enfermedad que llenó de angustia todos los corazones. El médico había hecho un diagnóstico dudoso. La joven era delicada y Raimundo habla vivido hasta entonces en una aprensión continua. Temía la brusca aparición de los síntomas del mal que se había llevado a su madre, y la declaración del médico dejaba la puerta abierta a todos los temores. Se manifestaron síntomas de anemia progresiva y de paludismo primitivo; Sibila se desmejoraba como se marchitan las flores en sus frágiles tallos.

La primera que tuvo la intuición de esta amenaza fue Yvona. Se le ocurrió un día mientras miraba a «la niña» lánguidamente sentada o más bien acurrucada en una mecedora en el terrado de la casa. Le pareció de pronto que le envolvía un vapor negro como una gasa de luto, y

tuvo miedo. Al día siguiente, en la iglesia, había rezado abundantemente con la frente en las losas, a la sombra de un pilar. Después, con la sencillez de su fe, se había ido al cementerio, a la tumba de los Lambel, y, arrodillada en la piedra, había hablado a la desaparecida, a la querida muerta, diciéndole cándidamente:

-Señora, usted que está cerca de Dios, pídale que no nos quite la niña. Bien sabe usted cuánto se la quiere aquí y que el señor Raimundo sufriría demasiado perdiéndola. Dios le debe algo en este mundo.

Reanimada, tomó el camino de la casa. Sibila, por consejo del médico y en vista de la insistencia de su tío, acababa de meterse en la cama, y, durante diez días, había estado entre la vida y la muerte, pronta a dormirse en los brazos del ángel negro, cuya sombra, vista por Yvona, le había envuelto.

Pero, entonces, se había realizado una cosa extraña. Por las tardes, después de marcharse el médico entristecido, que ya contaba las horas para el desenlace fatal, Yvona, atenta y muda a la cabecera de Sibila, había creído ver un vapor claro envolver el lecho de agonía y rodear a la moribunda.

Yvona no sintió temor alguno al ver aquello; al contrario, se regocijó y recobró la esperanza. Y, por la intensidad de su cándida fe, devolvió la esperanza a Raimundo, que, triste y desolado, *no creía*.

-Me parece -decía la bretona, -que es la Señora que viene del paraíso todos los días a cuidar ella misma a su hija.

Lo que estaba fuera de duda era que, por la mañana, después de una noche apacible, la enferma pareció renacer, y el médico se asombró de encontrarla todavía viva.

Pero otra señal, observada por Raimundo mismo, confirmaba los dichos de la sirvienta. Fingal, el perro de la casa, tan viejo que arrastraba penosamente las patas, daba muestras de alegría, dejaba el sitio que guardaba fielmente junto a la cama de Sibila, ladraba animadamente, salía al encuentro de un visitante invisible y movía la cola como hacen cuando solicitan una caricia. Y cuando terminó el extraño fenómeno, los ojos entristecidos del animal apagaron su brillo, su garganta exhaló una queja y volvió a su cansada inmovilidad.

Tales fueron los acontecimientos que el relato de Yvona trajo a la memoria de Magos.

Habíala éste escuchado en silencio y se quedó pensativo unos minutos. Después, como a su pesar, reanudó el interrogatorio.

-¿Y dices que has vuelto a ver las mismas señales?

-Sí, señor, he visto, primero la sombra alrededor de la niña, pero no en su cara como allá, sino andando detrás de ella. Era una cosa negra que la seguía.

-¿Has hablado de todo esto a Sibila?

-A nadie más que al señor. El señor sabe bien que no soy muy charlatana.

-¿Parecía que también veía aquello Sibila?

-No lo creo. La niña estaba como de ordinario. Ayer por la noche, cuando ustedes volvieron, vi la bruma blanca en su cuarto, alrededor de su cama.

-¿La has vuelto a ver esta mañana?

-No, señor, pero he notado que la niña estaba pálida y parecía fatigada. Esto me ha decidido a venir a decírselo al señor.

Magos dio unos paseos por el cuarto y dijo después deteniéndose delante de la sirviente:

-Escucha; guarda silencio sobre esto. El invierno toca a su fin y tengo deseos de volver por una temporada al Pallet. No sé precisamente en qué momento, pero el cambio de aire me es indispensable y hará bien a Sibila. Espero que, de aquí a entonces, no ocurrirá nada desagradable y que no se realizarán tus temores.

-Señor -dijo aun Yvona, -debo advertir a usted que, esta vez, la sombra parecía un hombre.

-¡Ah! exclamó involuntariamente Magos.

Lavantóse la bretona, saludó a su amo y salió sin añadir una palabra más a su confidencia.

Raimundo se quedó solo enfrente del nuevo problema que se imponía a su pensamiento.

En verdad, este mundo está lleno de dudas. ¿Dónde empieza la materia? ¿Dónde acaba el espíritu? ¿Cuál es el límite impuesto a la

mirada de la carne? ¿Cuál es el muro que se levanta delante de la mirada del alma?

Magos se volvió hacia los retratos de la chimenea y una especie de queja salió de sus labios.

María -dijo, -mientras viviste en la tierra, impuse silencio a mi pensamiento como a mi corazón. Pero en el inefable presente en que vives ahora nada puede estar secreto para tu mirada. Estás leyendo el secreto de mi duelo y de mi esperanza y sabes que jamás empañó mi amor mudo un deseo culpable. Y sabes también, así como Claudio, que vuestra hija ha llegado a ser la mía. Habéis oído las palabras de esta mujer que la ha permanecido fiel como os lo fue a vosotros. No solicito de Dios el prodigio, pero si en lo infinito de su bondad puede haber sitio para un poco de piedad de mi angustia, pídele que te permita darme una señal, como se la ha dado a esa sirvienta, a fin de que mi espíritu turbado no se extravíe en las tinieblas de mi indecisión.

Magos había pronunciado sin esfuerzo las palabras de esta invocación, creyendo, acaso, no hablar más que consigo mismo. Sus párpados, que estaban bajos, se levantaron y sus pupilas fijáronse en el retrato.

Milagro. De en medio de la imagen se irradiaba una especie de fluido; los ojos de la pura fisonomía estaban vivos y miraban a Magos. Sí, aquellos eran los ojos queridos, tan tierna y profundamente amados en los días de su brillo terrenal. María acababa de poner su mirada en aquella inerte reproducción de sus facciones.

Y Raimundo estaba en pie, enfrente de la fotografía encerrada en su marco. Su respiración era anhelosa y su corazón palpitaba en el pecho tumultuosamente. No podía engañarse; el prodigio era manifiesto. La conciencia se unía al testimonio de los sentidos para dar una certeza al hombre invadida por un piadoso terror.

Ciertamente, la imagen no tenía otra vitalidad, pero aquélla era manifiesta e intensa. Era, en efecto, una mirada la que acababa de brotar de aquellos ojos, una mirada que él conocía, una mirada que, en otro tiempo, había chocado con la suya y que vertía en él tan pronto la inefable caricia de una ternura no profanada, como la lenta y corrosiva

desesperación de la separación prevista y de la despedida inminente. La volvía a ver, luminosa, en la onda límpida de sus pupilas, dolorosa y consoladora diciéndole la tristeza de la suprema partida al mismo tiempo que la alegría de volverse a ver prontamente. Aquella mirada hablaba a su alma, cuyo abismo sondaba. Y, esta vez, Raimundo tenía la evidencia al mismo tiempo moral y material. Del otro lado de lo visible, una «forma» en el sentido real de la palabra, estaba allí tan cerca de él como puede estarlo el espíritu del cuerpo, traspasando el impenetrable telón que cae delante del otro mundo.

-¡María! -exclamó el corazón más que la boca de Magos; -María, me has respondido. Dios no ha estado sordo y ha tenido piedad de mi sufrimiento. Esos ojos que me miran son los tuyos. ¡Jamás el cielo hubiera permitido al infierno tomar la mirada de esos ojos!

VIII

ESPIRITU DE TINIEBLAS

El barón de Arona había hecho enganchar la berlina y dirigido su paseo por el bosque de Bolonia hasta el río. Allí se apeó y dejando al coche seguir el largo paseo, anduvo pausadamente por la orilla del Sena.

Reinaba todavía el invierno, pero ya los días habían crecido una hora. El globo subía en busca de más luz y los rayos del poniente parecían verter promesas de nueva vida en los esqueletos de los árboles.

Era una tarde de frío azul. Ni una nube manchaba el cielo, y las colinas de Suresnes se destacaban en claras siluetas en un horizonte de cristal. Por el otro lado del barranco, en el bosque, pasaban toda clase de vehículos; automóviles llevando en su carrera trepidante personas cubiertas de pieles; berlinas tiradas por hermosos caballos de sonora herradura; ligeros faetones guiados por aficionados insensibles a la rudeza del clima. También circulaban paseantes, madres de familia o niñeras escoltando niños, con polainas o con las pantorrillas desnudas, para darles el beneficio de aquel aire puro y de aquel sol consolador.

El barón no veía nada de todo esto. Iba andando con paso automático a lo largo del negruzco río, codeándose con incansables pescadores de caña y obreros sin trabajo, de esos vagabundos holgazanes que el hambre, mala consejera, o la sonrisa de una mujerzuela desgredada transforma en malhechores.

En aquella luz helada movíanse gérmenes invisibles, fecundadores de la tierra en su vida suspendida o de los espíritus en su laboriosa incubación. Al mismo tiempo que se reanimaban las células vivientes de los vegetales, despertábanse en los cerebros pensamientos y fermentaban deseos en los sentidos. Había allí ciertamente inventores en gestación de progreso, poetas creadores de rimas, mezclados con ociosos buscando placeres inéditos y bribones a caza de crímenes. Así se manifiesta la vida en todos sus aspectos: cizaña y trigo.

Pero en ninguna alma bullía más impetuosamente el conflicto de las pasiones opuestas que en la de aquel paseante solitario, de aquel millonario buscando un alivio para su fiebre en aquella tarde azulada de febrero.

Hacia dos meses que se había dado en los salones del hotel de Arona la sesión extraña que marcó una fecha inolvidable en la existencia del barón italiano. Desde aquel día se había roto el equilibrio de su vida por una turbación profunda y una excitación continua. Alguna cosa insólita se había manifestado de repente. El amor había entrado, acompañado del más miserable de los sentimientos: el miedo. Y el miedo y el amor se unían para orientar sus energías hacia una acción que pudiera satisfacer el primero ahuyentando al segundo. El amor era la pasión de Arona por Sibila; el miedo el que le había inspirado su encuentro con Magos.

Hacia dos meses que no había visto a Sibila y ardía en deseos de volverla a ver, hacía dos meses que no había encontrado al hombre misterioso cuyo aspecto le llenaba de espanto, y, sin embargo, sentía esa atracción morbosa que ejerce el peligro en los que lo temen.

En él esa atracción era más fuerte por estar estimulada por los apetitos de la pasión. Los poetas han adivinado la naturaleza mixta de ese estado del alma cuando nos pintan los héroes conquistando la riqueza o la belleza después de una lucha formidable con gigantes y dragones. Para Arona, era Sibila la belleza ambicionada y Magos el guardián que había que vencer. Y como habitualmente no se vence al monstruo más que matándole, era preciso matar a Magos.

Después de haber paseado junto al turbio Sena, acarreador de pestilencias y desesperaciones, el barón, cansado de su inútil carrera en busca del alivio, volvió a montar en el coche e hizo señas al cochero de que le llevase a París.

Cuando pasaba cerca del gran lago, su vista, atraída por un invencible magnetismo, se dirigió al paseo lleno de gente que va desde la puerta de Passy a la puerta Dauphine.

Dos paseantes se acercaban al lago y Arona conoció a distancia a Magos y a Sibila.

Iba la joven del brazo de su padre, hablando con él y sin hacer caso de los transeúntes que se detenían y se volvían para verla. Porque era un grupo digno de llamar la atención el que formaban aquel hombre de cara soberbia en su irradiación de pensamiento y aquella joven cuyo sobrio atavío dejaba resplandecer mejor su brillante belleza.

Arona abrió el ventanillo posterior de su carruaje, a fin de seguir más tiempo con los ojos la pareja de que le alejaba rápidamente el trote de los caballos.

-¡Oh! exclamó cerrando los puños, -es preciso que sea mía y que ese hombre desaparezca.

La berlina se paró en el patio del hotel. El italiano subió en dos saltos la escalinata de mármol y corrió a encerrarse en su despacho.

Allí en la mesa, había colocado el cofrecillo de ébano en que estaban las perlas de cristal.

-¿Me atreveré? -murmuró.

Tomó una perla con sus gruesos dedos y la pesó en la palma de la mano. Era casi imponderable y parecía que el más pequeño choque la hubiera pulverizado. Bastaba un soplo para moverla.

-¿Me atreveré? -repitió.

Y sin fijarse en que estaba hablando casi en alta voz, dejó escapar su pensamiento como los delirantes y los soñadores que van hablando solos por medio de la multitud.

-Habría que cargarlas. La que... había sido cargada y dosificada por él mismo. Tengo la fórmula, pero, ¿tendré la habilidad necesaria? Es terrible y una fortuna para la especie humana que tales secretos sean ignorados por la multitud. ¿Qué digo la multitud? Acaso nadie más que yo posee éste, que fue fatal para su inventor. ¿Iré a hacerme saltar yo mismo?

Se estremeció y colocó de nuevo la perla en el cofrecillo, que volvió a cerrar vivamente como para huir del vértigo que le solicitaba.

Pero la obsesión tomó otra forma.

Arona sacó de una cartera un papel amarillento y cubierto de fórmulas algebraicas, y le leyó con atención.

Era un escrito misterioso digno de la primitiva alquimia y del cual, sin embargo, había salido el secreto de la coloración de las piedras. ¿Por qué serie de experimentos y de inducciones matemáticas el potente espíritu que había enunciado esa fórmula había llegado a un punto que tantos otros no pudieron alcanzar, que era la licuefacción del carbono puro y su combinación con las sales metálicas que dan al corindón la púrpura del rubí o el azul del zafiro o del ágata?

Pero esta fórmula, que aseguraba la fortuna del fabricante de piedras, no era lo que ocupaba más directamente su pensamiento. Lo que estaba leyendo era el método por el cual esa molécula de carbono, llevada al estado casi primitivo de la materia, podía encerrarse en una lágrima de vidrio con una condensación de energía formidable. Y el barón, dueño de ese secreto, sabía que al hacer la tentativa, jugaría con una potencia hija del rayo, porque la rotura accidental de la perla saturada debía ser fatalmente mortal, por una conmoción fulminante, para el operador colocado en un radio de dos metros.

Todo esto estaba precisado en el documento y no había más que traducirlo en la práctica.

Pero esta práctica exigía costumbre, destreza de mano e infalibilidad en el cálculo. Veinte probabilidades de fracaso precedían a la de éxito y todas ellas suponían la muerte instantánea sin más señales que las de la embolia, o de la hemorragia cerebral.

Preciso era que fuese muy fuerte la pasión que atenaceaba los sentidos del italiano y que prendía fuego a sus arterias, pues volvió otra vez al cofrecillo, palpó las perlas de cristal y dijo estas palabras:

-¡Si me atreviera! ¿Por qué no he de atreverme?

Y formuló esta reflexión siniestra, espantosa:

-Después de todo, ¿por qué el ensayo no ha de ser hecho por otro, por ese ingeniero que pago? Me pertenece, está aquí para obedecerme y para hacer su obligación. Es *su* prometido. Si desapareciese, si lo llevase un accidente, entonces...

Se interrumpió. Una nueva perspectiva se abría ante su mirada.

Si Herbault desapareciese, la joven sería herida en sus más ardientes ternuras. Su dolor sería atroz sin duda, pues el barón había po-

dido leer en sus ojos todo su amor por Gerardo. Por muy optimista que fuese su vanidad de hombre de éxitos pegados o de suertes fáciles, no se hacía ilusiones y sabía que el amor de Sibila por el ingeniero la hacía insensible a otro pensamiento e inexpugnable a los asaltos del lucro y a la tentación del oro.

Sí, pero muerto Gerardo, apagado el dolor y cicatrizada la herida por la acción del tiempo, Sibila acogería, acaso, los honrosos ofrecimientos del barón y consentiría en ser su mujer. Y aquí la necesidad que tenía de esperar podía más que todo y le presentaba la hipótesis como verosímil. El barón volvía a ser el triunfador dorado que doma las más púdicas resistencias del alma y las repugnancias más justificadas de la carne.

Sí; así sucedería todo. ¿Cómo no había pensado en ello hasta entonces? La solución vendría por sí misma. Encargaría a Gerardo de intentar la peligrosa operación. Si salía bien, él haría de modo que el «accidente» se produjese más adelante, en el momento oportuno. Sí, por el contrario, ocurría en el curso de la operación, el azar, mejor dueño de los acontecimientos que el hombre más avisado, habría decidido el porvenir.

-«Así será». Arona tuvo un brusco sobresalto. Acababa de tener la extraña sensación de que sus palabras no habían salido de su boca, y de que otra boca y otra voz las había pronunciado al mismo tiempo. Paseó a su alrededor una mirada asombrada y no vio más que las paredes y los lujosos muebles borrándose en la oscuridad creciente. Y se asombró de que en aquella sombra su vista hubiera conservado bastante perspicacia para distinguir los objetos y leer los caracteres de la fórmula. ¿De dónde había venido la claridad suficiente para descifrar el documento?

La influencia, la oculta envoltura que él conocía bien, le rodeaba con su presencia impalpable. En aquella pieza en que había entrado solo y en la que ningún testigo viviente podía hacerse eco de su pensamiento, estaban dos en aquel instante; tenía la percepción de esa dualidad.

Porque la reflexión primera, bruscamente interrumpida, reanudaba su curso, pero con una desviación. No era ya hacia Herbault hacia el que se inclinaba la atención de Arona.

El miedo, aquel miedo que antes estimulaba su pasión, cambiaba de lugar los fantasmas de su mente. A la figura poco alarmante del ingeniero, subsistía la otra cara pensativa que el barón había visto un momento antes, en el fondo de su berlina, en la orilla del lago.

Y ésta le aterraba y se levantaba como una amenaza.

Dos meses antes había afrontado cara a cara y había representado con ella la escena rápida de un drama que ningún otro espectador había sorprendido. Entre los dos hombres se había interpuesto un objeto insignificante, una simple pizarra. Pero en esta pizarra había unas líneas trazadas por una mano invisible. Esas líneas las había leído Magos como Arona. En vano éste las había borrado. Habíanse escapado dos palabras y estas dos palabras trazaban una fecha: *20 de diciembre*.

¡Oh! esta fecha... ¡Tenía una significación terrible! ¿Cómo la conocía aquel extraño? ¿Cómo había aparecido en la pizarra?

El barón se acercó a la pared y dio vuelta al botón de la electricidad. La habitación se llenó de luz. Volvió hacia la mesa cargada de papeles y de un montón de periódicos sacó la pizarra, que estaba allí desde la velada famosa. Su mirada fascinada se fijó en ella.

La pizarra conservaba los caracteres trazados con yeso. Un polvo blanco se extendía como una niebla por todo el resto de la superficie.

Con prisa nerviosa, la mano del italiano se posó en la línea fatídica y la borró. Y aliviado por esa violencia, Arona se dejó caer en su butaca como agotado por el esfuerzo.

Y hete aquí que, lentamente, ante los ojos espantados del barón, pareció que bajaba una sombra a la pizarra. La negra piedra hízose transparente y profunda, como si en aquel marco de madera se formase una abertura cuadrangular a modo de un vidrio. Y en este vidrio se reflejaba una escena de la que Arona no podía apartar la vista.

Era una vasta sala de paredes blanqueadas. Mesas y estantes cargados de alambiques y matraces, hornos con crisoles incandescentes y otros que no esperaban más que la chispa eléctrica productora de tem-

peraturas infernales, estaban colocados a lo largo de las paredes. Por una ventana entreabierta se oía un ruido de agua como si las olas azotasen la orilla.

En la sala había un hombre joven y guapo, de cara pensativa, que se acercó a una de las mesas y se sentó en una alta silla de paja. Aquel hombre abrió un cofrecillo, el mismo que el barón acababa de tener en la mano, y retiró prudentemente cuatro perlas análogas a las que el Barón había examinado. Después, con unas pinzas redondeadas y cóncavas, las cogió y las pesó en una balanza de plata.

Una vez, dos, el glóbulo de cristal, ensayado por el experimentador, cayó del platillo y rebotó en la madera de la mesa como una pelota elástica.

Y, de repente, se realizó una cosa espantosa y siniestra. La tercera perla se rompió al choque y una llama azul, inmensa, instantánea, se extendió por la atmósfera derribando todos los objetos colocados en la mesa y rompiendo los alambiques y los crisoles. Al mismo tiempo la lágrima de vidrio se volatilizaba y desaparecía sin más ruido que el chisporroteo rápido de la chispa saliendo de la pila.

Pero el hombre no se movía. Estaba en su sitio inmóvil con los ojos abiertos y la boca entornada. Un poco de sangre goteaba por las comisuras y la cara tomaba un tinte de cianosis. Estaba muerto.

Arona veía todo esto en la pizarra y estaba anheloso bajo la opresión de la pesadilla. Clavábale en su butaca una fuerza invencible. Maquinalmente, extendió la mano para separar el horrible espejo del pasado, y, en el cuadro transparente, el muerto se había vuelto. Veíale el barón ahora de frente, con sus ojos vidriosos, sus labios contraídos y el hilo rojo que goteaba de la boca. Y la mano del cadáver se movía y venía al encuentro de la del barón, que no podía evitarla. Las dos manos tendían la una a la otra y se tocaban. En las falanges y en la palma de la mano de Arona penetró un frío mortal. El barón veía, sí, veía hacerse una soldadura entre su mano y la del muerto. Y de repente un lápiz impalpable se colocó en los dedos unidos. Juntos, obedeciendo a una voluntad sobrehumana, a la voluntad de aquel muerto, los dedos trazaban líneas unas tras otras y estas líneas formaban frases y restau-

raban las palabras escritas dos meses antes. Pero el color de esas palabras no era ya el mismo; eran rojas como si hubieran sido trazadas con la sangre que goteaba de la boca del muerto. Esa misma sangre se animaba y se convertía en fuego, en un fuego rápido y devorador, y a la sensación de frío glacial sucedía la de una quemadura corrosiva. Un atroz sufrimiento contraía la cara del barón, al que parecía que los dedos, los brazos y el cuerpo entero eran invadidos y devorados por aquel fuego sobrenatural e inextinguible que, del otro lado de la tumba, subía en su carne y la penetraba de su ardiente saturación.

Del pecho de Arona se exhaló un grito bronco, una queja de angustia sin nombre. Por una sacudida desesperada despegó la mano de la pizarra infernal, y le pareció que su epidermis consumida se arrancaba a pedazos y que veía descarnados los huesos del carpo como los de un cadáver reducido al estado de esqueleto.

Le pesadilla terminó y el barón recobró instantáneamente el sentimiento de la vida ambiente.

Pero entonces, en la pizarra vuelta a ser opaca, vio relucir estas dos palabras que él acababa de borrar: *20 diciembre*, que se inscribían en caracteres de brasa ardiendo y después palidecían hasta recobrar su blancura de yeso. Su trazado amenazador y siniestro parecía la tenue ceniza que dejan los carbones apagados.

La visión se había disipado en el marco de la pizarra. En tomo del barón italiano, los muebles habituales ocupaban sus sitios en el decorado familiar. Estaba solo en el suntuoso despacho. La claridad de las luces eléctricas disipaba las tinieblas de la noche exterior; los fantasmas se desvanecían.

Arona se cogió entre las manos sudorosas las sienas bañadas de un sudor helado, y una risa convulsiva dilató su garganta oprimida. Después murmuró.

-¿Tendrá razón Vaubray? ¿Estaré a las puertas de la locura?

Una idea fija se había implantado como un clavo en su cerebro, una supervivencia de creencias lejanas sembradas en la credulidad de su infancia. Para romper el sortilegio había que matar al mago. Y en-

contrando ante la vista de su odio la pálida cara de Magos, Arona repitió la palabra implacable:

-Así será.

IX

INCUBACIÓN

La mañana había traído la rubia caricia del sol a la casa del barón de Arona. A pesar del frío, el día era risueño. Se sentía que el invierno, ya viejo de dos meses, ejercía sus últimos males. Cinco semanas aun, y sus supremos fríos se desparramarían en los caprichosos chaparrones de marzo.

El dueño de la casa estaba en pie delante de la chimenea, y, enfrente de él, igualmente en pie, Herbault le escuchaba con la deferencia que se debe siempre al «principal».

-Mi querido Herbault -decía éste, -me he permitido contar con usted para un experimento un poco aventurado. Es usted libre de negarse, pues ofrece algún peligro. Pero debo declararle que si le agrada hacerlo en mi compañía, en vista de la magnificencia de los resultados, le asociaría a usted a los beneficios, que serían considerables.

-¿De qué se trata? -dijo simplemente el químico.

-Vea usted -respondió Arona sacando de la cartera la antigua fórmula amarillenta. -Hace diez años, uno de mis empleados, un ingeniero de talento, intentó el experimento y le fue fatal. El secreto vale sin embargo la pena de que se renueve, pues contiene un progreso tan maravilloso de la ciencia que, después de haberle realizado, el hombre tendrá derecho a llamarse creador.

Abrió el cofrecillo y enseñó al joven las lágrimas de vidrio. Después, con gran claridad, indicó la naturaleza y la marcha de la operación que era preciso realizar.

En cada uno de aquellos glóbulos se introduciría carbono puro, al salir del estado sólido, bajo una temperatura tal que pasase al estado líquido, a ese estado líquido que los más ilustres químicos no han podido imponerle. Ahora bien, ese carbono líquido, ese diamante fluido, poseería las propiedades misteriosas de que sólo hasta ahora parece

gozar el rádium. Contendría la luz negra y la potencia de inducción que desagrega los compuestos naturales para dar nacimiento a combinaciones nuevas. Como el rádium, puesto en presencia de piedras cristalinas, las decoloraría y podría darles una coloración imprevista.

-Hasta aquí -prosiguió el barón, -las piedras que hemos producido no han sido más que cristales imperfectos en los que el cuarzo hialino ocupa el mejor puesto. El escaso aluminio que nos ha sido posible fundir con él no la diferencia del vidrio más que para ojos profanos. Un sabio, al someterlos al análisis, sabrá pronto distinguir su peso y su densidad.

Lo que yo querría ensayar, lo que nos promete la realización de esta fórmula, es la creación de piedras preciosas verdaderas. ¡Qué gloria y qué fortuna si de los crisoles del barón de Arona naciese al fin corindón puro, el aluminio fijo llevando incluido el carbono líquido, como lo define la mineralogía!

El barón había hablado inflando progresivamente la voz con un entusiasmo ficticio. Gerardo era demasiado joven y demasiado cándido en su rectitud para adivinar la falsedad de aquella exaltación aparente. Y lo impresionó tan profundamente que, ganado por el contagio de aquella fiebre, respondió con toda sinceridad:

-Disponga usted de mí; estoy pronto a intentar la operación cuando usted quiera.

-En ese caso, cuanto antes, mejor.

-Muy bien. ¿Quiere usted confiarme el documento para estudiarlo rápidamente y establecer las condiciones del experimento?

La petición era natural y hecha sin intención, pero Arona vaciló al oírla. No se atrevía a deshacerse de aquella fórmula indispensable para su empresa. ¿Qué iba a ser de ella en las manos de su joven colaborador?

No podía, sin embargo, dejar ver esta incertidumbre sin ofender a Herbault.

-Está bien -dijo. -Voy a confiar a usted este papel para copiarlo y estudiarlo detenidamente. Cuarenta y ocho horas me parecen plazo suficiente.

-No le pido a usted más que veinticuatro. Mañana, a esta misma hora, habré copiado la fórmula y se la devolveré a usted.

El barón metió el documento en un sobre y se lo entregó al ingeniero.

-Ahí la tiene usted -dijo. -Examínele atentamente y pese el pro y el contra. La fortuna es, ciertamente, una gran potencia, pero la vida es un don todavía más precioso. No quiero que me acuse usted de haberle disimulado el peligro.

Dichas estas palabras despidió a Gerardo.

El joven tenía prisa de estar solo para entregarse a sus anchas al estudio del documento. Agitábase un estremecimiento y su corazón latíale tumultuosamente en el pecho.

Aquel papel viejo y arrugado contenía una luz, el principio de un descubrimiento incomparable. Y Gerardo, presa de una especie de delirio, veía ya la gloria unida a su nombre, y la fortuna, una fortuna colossal e innegable, le permitiría ofrecer al fin la felicidad y la opulencia a la amada de sus sueños. Sibila sería rica, maravillosamente rica. El oro y las piedras preciosas se unirían para tejerle una diadema y para erigir un trono a su belleza.

Al salir del hotel para tomar el camino del laboratorio, situado en el otro extremo de París, cerca de la puerta de Saint-Mandé, Gerardo leyó y releó el documento. Su experiencia de químico, ya enriquecido por numerosos ensayos, le permitía darse cuenta de los peligros de la empresa. Además le asaltaba una duda que le conducía desesperadamente a la inutilidad de la tentativa.

¿El carbono líquido? Era lo mismo que buscar la piedra filosofal. ¿No sabía el que todos o casi todos los químicos habían negado la posibilidad de este fenómeno, y que los mas grandes, como Moissan, que había visto nacer en sus manos el diamante en polvo, estaban tentados por creer que el estado líquido era incompatible con la esencia de ese metaloide incoercible, que pasa sin transición del estado gaseoso al sólido?

Y Gerardo se preguntaba si el barón habría querido poner a prueba su saber proponiéndole un esfuerzo superior a las fuerzas del hombre, al menos con la ciencia actual.

Pero la hipótesis caía en seguida por sí misma. ¿Por qué Arona le había de haber tentado así? ¿Qué interés podía tener en ello? No se burla un hombre de otro sin tener para hacerlo un motivo plausible.

A no ser que -y esta hipótesis retuvo la mente angustiada del joven- a no ser que el «prinripal», creyendo posible el resultado, no se sintiese con la potencia necesaria para la realización del esfuerzo, reclamase las luces de otro y se dispensase de correr los riesgos mortales de la prueba.

Porque había tenido la franqueza de decirle que otro hombre la había intentado y había muerto en ella. Gerardo no podía dudar de esto. ¿No tenía en las manos la peligrosa fórmula? ¿No había visto hacia un momento en el cofrecillo los glóbulos de cristal destinados a encerrar el carbono líquido?

Todo el día lo pasó Gerardo en estas perplejidades. Se había llevado una de las lágrimas, la sometió a la prueba del crisol y vio que estaba hecha de un vidrio templado por procedimientos tan hábiles que resistía a temperaturas prodigiosas. Hubiera bastado para la gloria del hombre que había escrito la fórmula el haber inventado aquel temple desconocido del vidrio.

Herbault comprobó de diferentes modos las cualidades de la perla. La hizo sufrir enormes presiones, y el delgado glóbulo resistió, manifestando una elasticidad mayor que la de las pelotas de caucho o de celuloide.

-Sí -pensaba, -estas son sus cualidades estando vacías. ¿Persistirán después de cargadas?

Entonces tuvo la intuición de las causas que habían determinado la muerte fulminante del inventor. Vio la escena. Una perla ya cargada se había roto en la caída y, por la espantosa dilatación del cuerpo simple volviendo al estado gaseoso, había anulado de golpe el movimiento y la constitución atómica del aire y hecho la vida instantáneamente imposible.

De repente le ocurrió una idea. El hombre que había escrito el documento era sin duda un sabio ilustre. ¿Pero no tenía él un amigo, un maestro, cuya ciencia, envuelta en el velo de la modestia, había realizado delante de él esos milagros?

Magos, el hombre de los pensamientos insondables, de los inventos casi sobrenaturales, poseía ese secreto como tantos otros. ¿No le había enseñado piedras preciosas, verdaderas piedras preciosas, nacidas entre sus manos bajo la acción de la luz solidificada?

¿Por qué no había de someterle el problema?

Hacía cerca de una semana que, retenido por absorbentes trabajos, no había el joven puesto los pies en la calle de Spontini, ni besado la mano de Sibila ni dejado a su alma buscar el cielo en los ojos de la joven.

Llegada la hora, dejó el taller y, ya en la barrera, tomó un coche. Su modesta habitación estaba situada en el piso sexto de una casa de la avenida de Carnot, adonde llegó a las seis a los fuegos de una radiante puesta de sol. El joven cuidó minuciosamente su atavío y se fue a casa de los Magos.

Iban éstos a ponerse a la mesa, y Sibila, sin otra ceremonia, tomó el brazo de su prometido con traviesa gracia.

-Llegas a punto. Hemos recibido de la Haya dos magníficos pollos e Yvona ha guisado uno. Creo que le encontrarás bueno.

Aquella virgen soñada de pupilas fluidas en las que se irisaban claridades supraterrrestres, hablaba como una simple ama de casa. Y Gerardo llevándose a los labios las manos pálidas de diáfanas uñas, no pudo menos de decirle:

-Sibila, siempre me deja estupefacto el oírte proferir tales cosas. Parece que nada de lo que toca a la tierra debe ocupar tu pensamiento, pues es tan pura tu belleza que todo contacto con la materia parece una profanación.

La joven se ruborizó y sonrió.

-Eso no es enteramente un piropo, pues, si interpreto exactamente tus palabras, me rebajo en tu contemplación al tocar en los cuidados materiales y descendiendo del sueño al puchero. ¡Ay! amigo mío, ¿para

qué serviría tu mujer si te dejase morir de hambre o andar destrozado, con el pretexto de que perdería sus propias alas ocupándose de desplumar un pollo?

-Yo no te pediré otra cosa, Sibila, más que ser la inspiradota de mi mente y el ángel de mi hogar.

-Amigo mío, el ángel del hogar debe entretener el fuego sagrado y el de la cocina, si no quiere perder su título, pues no puede haberlo sin una función correspondiente. Por eso no busco alas en mis hombros, y, ahora, déjate conducir al comedor, donde vamos a cumplir juntos obligaciones sin las cuales el más ideal de los sueños se convierte en horrible pesadilla.

Y, muy risueña, se le llevó a la mesa de familia donde no tardó Magos en reunirse con ellos.

Gerardo notó que la cara de su maestro estaba más sería que de costumbre.

Cuando estuvieron en los postres, Raimundo preguntó mirando los ojos del ingeniero:

-Apostaría, Gerardo, que nos trae usted novedades. Lo que tiene usted que decirnos, ¿es demasiado fastidioso para que Sibila pueda oírlo?

-En verdad -respondió el joven, -sería imposible ocultar a usted nada. Sí, tengo que decir a usted algo nuevo. No sé si puedo aburrir a Sibila, pero a usted debe interesarle, pues se refiere al problema más arduo de la química.

-¡Ah! -dijo Magos riéndose -¿Se trata de la piedra filosofal, de la creación del diamante?

-Casi, casi. Se trata de obtener el carbono líquido y de infusárselo al aluminio puro.

-En ese caso, no se trata del diamante, sino del corindón. La empresa no es quimérica; la cosa es factible.

-¡Factible! exclamó Gerardo.

-Sí, factible. Hablaremos de ello después de comer. ¿Es un problema de solución urgente?

-Ciertamente -respondió el ingeniero con fuego. -Va en ello mi gloria y mi felicidad, y usted sabe mejor que nadie de qué queridos ojos puede venirme la gloria y de qué consentimiento depende mi felicidad largo tiempo demorada.

El joven suspiró, y, animado por la sonrisa de Sibila y por la mirada afectuosa de su padre, siguió diciendo:

-Esta mañana me ha hecho llamar mi principal y me ha confiado una antigua fórmula redactada por uno de sus colaboradores, y al expresarme su deseo de verme intentar su realización, me ha prevenido que el intento era eminentemente peligroso...

Un grito de Sibila le cortó la palabra:

-¡Oh! si es así, te prohíbo, ¿entiendes bien? te prohíbo intentarlo. ¿Qué nos importa ese experimento ni sus resultados? No quiero que te expongas a ese peligro.

Magos la tranquilizó dulcemente.

-Cálmate, hija mía. Gerardo va a decirme dentro de un instante los datos de ese aterrador problema, y yo sabré hacerle ver si entra en la categoría de los esfuerzos que Dios prohíbe al hombre intentar.

Magos pronunció estas palabras con autoridad y cambió de conversación.

-Me propongo salir de París en la primavera próxima, para ir a pasar una temporada en el Pallet. Usted, amigo mío, pedirá una licencia de unos días, que irá a pasar con nosotros, bajo nuestro techo, lo que no puede menos de serle provechoso para la salud. ¿Y quién sabe si será allí dónde encontremos la solución de su problema?

Acabada la comida, Magos, al levantarse de la mesa, preguntó a Gerardo:

-¿Quiere usted enseñarme la fórmula de que me ha hablado?

-Aquí la tiene usted, querido maestro -respondió el joven entregándole el temible papel.

Raimundo se acercó a una lámpara y puso el documento en la mesa para leerlo. El ingeniero se había aislado en un aparte amoroso con Sibila, y ni el uno ni la otra vieron el estremecimiento repentino del lector ni el temblor de su mano.

El sabio levantó la frente y, por debajo de la pantalla que cubría de sombra la alteración de sus facciones, dijo tratando de que fuese firme su voz:

-Voy a dejaros unos minutos para copiar este manuscrito en mi cuarto.

Salió, y cuando llegó a su austero retiro, dobló la rodilla como si se doblegase bajo un peso abrumador.

Después se dirigió a los retratos que adornaban la chimenea, se detuvo ante el del joven de varonil fisonomía y dijo con un sollozo, haciendo ademán de presentarle el documento:

-Me faltaba una prueba, Claudio. La justicia infalible alcanza siempre al criminal y éste se descubre espontáneamente. Aquí está la fórmula maldita, escrita de tu mano, que puso en su poder la causa oculta de tu muerte. Puedo herir al asesino como él te hirió a tí, con el mismo misterio.

Después se acercó a su mesa y, sin temblar esta vez, copió la fórmula.

Cuando hubo vuelto a doblar el papel revelador, sus labios profirieron amargamente palabras que eran una sentencia.

-¿El carbono líquido, Andrónico Teukros? ¿Quieres el carbono líquido? ¿Quieres el poder creador, el que convirtió el aluminio en rubí y en esmeraldas? El carbono líquido es la luz materializada, e ignoras que yo la poseo y que la he hecho fijarse en un cuerpo radiante, que es el principio iluminador de esta lámpara y transformador de estas piedras. No sospechas estas cosas, malhechor impune, ni has sabido prever siquiera que esta letra del muerto iba a ser para mí la antorcha fúnebre que me hace leer tu pensamiento. El aluminio transformado por el carbono, he aquí nacido de ayer bajo mi mano, generador de fuerza, foco de claridad, principio fulminante del castigo.

Tomó de un cajón un estuche de acero, lo aproximó a la luz eléctrica y, de repente, el cuarto brilló con aquella luz azul que había maravillado al comisario. Y su voz, como en un canto de triunfo, murmuró:

-Gerardo, tú crearás las piedras que te reclama el barón como yo he creado las que duermen en este cofrecillo. Pero no intentarás la

prueba impuesta, porque lleva consigo la muerte. Yo cargaré las perlas mortíferas. ¡Desgraciadas las manos culpables que intenten hacer brotar de ellas el crimen!

Apagó la lámpara maravillosa y volvió al salón, donde, sin emoción aparente, devolvió el manuscrito a Herbault.

-Diga usted al barón de Arona que necesita un mes de estudios.

X

EL CRISOL

El Sevre nantés es un hermoso y dulce río casi desconocido de los viajeros profanadores y hasta ignorado por la gente de Nantes que casi no pasa de las colinas de Vertou. Después de Vertou es donde empieza el encanto. Entre dos orillas alternativamente altas y bajas, serpentea el agua en blandas curvas, y, en su fuga hacia el Loira, deja a su izquierda a su hermano menor el pequeño Maine, que baja de las colinas de Chateau-Thebaout como él mismo viene de Clisson, empujando el contingente del Maine.

Las Pascuas habían resucitado a la tierra, y bajo el soplo tibio de los vientos del Oeste, el campo había recobrado su verde vida y las ramas extendían su clara sombra sobre la transparencia de las aguas.

Magos, Sibila e Yvona se habían instalado bajo el techo de su viejo castillo. La morada, en la que se habían sucedido las generaciones de los Lambel, estaba edificada por entero en el estilo Luis XIII. Era una gran casa cubierta de tejas y una de cuyas alas conservaba todavía la torre cuadrada anterior a las ordenanzas de policía dictadas por Richelieu.

En la planta baja de esa torre, al nivel del foso y comunicando con unas profundas cuevas ahuecadas en la roca, se extendía una sala abovedada de ventanas ojivales. Allí era donde los hermanos Magos habían instalado su laboratorio, allí donde Raimundo, superviviente de Claudio, había seguido solo sus investigaciones coronadas de un brillante éxito.

En cuanto volvió al castillo, el sabio tomó de nuevo posesión del laboratorio. Los cinco meses pasados en París le habían alejado de él y volvía con la resolución de hacer entrar esta vez en la práctica una concepción comprobada por su espíritu inventivo y de la que Claudio no se había aprovechado un instante, más que para encontrar en ella la muerte.

Ahora, esta fórmula de la fabricación de piedras caía otra vez en manos de Raimundo con una doble importancia; la de asegurar la realización de un progreso científico y la de darle la prueba del crimen que había matado a su hermano. Al entregar a Garardo el documento revelador del secreto, Arona se había entregado a sí mismo, proporcionando la demostración esperada de su culpa.

El documento ofrecía a Magos otra indicación concluyente. El Barón se la había remitido a su ingeniero para inducir a éste en una vía peligrosa, la misma en que Claudio Lambel había encontrado la muerte.

Ahora bien, de los tres motivos que solicitaban su actividad, sólo el tercero le había determinado. Era preciso que Gerardo no cayese a su vez víctima de las maquinaciones ocultas del levantino.

Porque no era ya posible dudar; el barón de Arona, era aquel semigriego de Pera que, diez o doce años antes, había metido a Claudio en una explotación cuyos beneficios se había él asegurado por la muerte del inventor y la expoliación de su viuda y de su hija. Los treinta millones que Teukros poseía en la actualidad pertenecían por mitad, si no por entero, a Sibila, hija y heredera de Claudio y de María Lambel.

El alma de Raimundo era demasiado alta para complacerse en el deleite de la venganza. Sin embargo, su voluntad no se había despojado totalmente de la enfermedad terrenal ni salido de la condición humana. El pensamiento de realizar un acto de justicia preocupaba la mente del sabio. Dueño del secreto de aquel criminal, podía castigarle a su gusto por los más temibles medios, de los que él solo podía disponer. Tentación terrible y sobrenatural. Apel hombre cuya ciencia prodigiosa había penetrado todos los arcanos de la materia, sostenía una terrible lucha con el demonio del orgullo, que le gritaba: «Tú eres el dueño. El Creador te ha puesto en las manos el poder de castigar a un gran culpable. La equidad natural lo mismo que el derecho de defensa, el amor que tienes a tus muertos así como el que profesas a tu hija adoptiva, te dan el derecho, más aun, el deber de hacer justicia. Dios mismo parece abdicar en tu favor los plazos de su eterna paciencia. No vaciles; obra

sin piedad y sin remordimientos, preserva el amor de Sibila, salva la vida de Gerardo matando sin piedad al miserable, que por segunda vez se levanta, lleno de astucia y de odio, en la vía de su felicidad.» En aquel vértigo del abismo, Raimundo no tenía más recurso que el aniquilamiento de su propio pensamiento. Su sacrificio estaba hecho hacía largos años. Su vida se había deslizado solitaria entre dos amores, uno de los cuales había idealizado al otro.

Magos había pasado del décimo lustro, aunque su apariencia física, a pesar de su ascetismo, indicaba apenas cuarenta y cinco años. En su existencia, se había desarrollado una novela de sublime sencillez.

No era solamente el cariño de un tío a su sobrina lo que había dedicado a Sibila huérfana. Magos merecía el nombre de padre con que le honraba la joven, pues la ternura de que la rodeaba era verdaderamente paternal.

Y esta ternura tenía su origen en un sentimiento lejano de los que transfiguran un alma cuando no la envilecen hasta los más bajos niveles de la abyección.

Raimundo había amado a la misma mujer que Claudio, pero esa pasión, ardiente en el fondo de su corazón, no había dejado traslucir su ardor. Cuando María de Ploguern, cediendo a su inclinación, había respondido al amor de Claudio, Raimundo se había condenado al silencio y aceptado virilmente el sacrificio. Ni una queja se exhaló de sus labios; nada en su actitud pudo dejar adivinar a la joven de qué inmenso dolor estaba hecho el holocausto en que él mismo se inmolaba.

Pero la energía humana tiene sus límites y Raimundo había comprendido que debía ahorrar a su debilidad el espectáculo de la dicha de su hermano. Cuando éste era todavía un colegial, el mayor había recorrido el mundo, y su vuelta al país natal, que una unión dichosa hubiera podido hacer definitiva, no fue de este modo más que un descanso entre dos destierros.

Raimundo anunció, pues, un nuevo viaje alegando su humor versátil y su afición a las aventuras. No tomó de su parte en la herencia paterna más que la renta suficiente para permitir su expedición por mares y continentes. Claudio y María, sin sospechar el desgarramiento

de sus entrañas, trataron de retenerle, pero él los convenció sonriendo, y, sin embargo, su última mirada a la casa de Guerande, donde los dejaba en paz en sus goces conyugales, fue empañada por las lágrimas.

Pero un hombre como él no podía entregarse a pesares estériles ni a un sufrimiento que le rebajaba. Raimundo se prohibió toda mirada al pasado y se sumió resueltamente en la acción y en las consoladoras distracciones del estudio y del pensamiento. Solicitado por el más arduo y noble de los problemas, lo formuló en su cerebro bajo una doble ecuación física y metafísica, y persiguió la solución bajo todos los cielos en una dura y magnífica investigación, en todas partes donde creyó encontrar resplandores esparcidos cuya reunión pudiera asegurarle la claridad. Así conoció los santuarios verdaderos o falsos de la ciencia aliada con el mito y la farsa. De Benarés a Yedo, de las ruinas de Baalbeck a las de Angkor o a los monumentos indescifrables del Yucatán, reunió como guijarros luminosos los fragmentos de la revelación primitiva, los restos de lo que fue en los primeros días del mundo la unidad de la intuición humana. Interrogó a los faquires, a los lamas y a los fetiches; sacó lo que pudo de las oscuras riquezas enterradas en el grosero politeísmo de las razas extinguidas y en los vestigios de la civilización solar.

Y, de este modo, enriqueció su mente, creció por encima de sí mismo y puso la mano en el secreto de la sabiduría.

De vez en cuando, en el curso de sus viajes, recibía cartas de los que había dejado en la felicidad, y así supo, no sin que se le oprimiera el corazón, la partida de su hermano para Constantinopla. El espejismo de la fortuna, que no atraía ya los ojos del mayor, había seducido al más joven.

La correspondencia se fue haciendo rara, y bruscamente, después de un largo silencio, Raimundo, que estaba entonces en el Transvaal, estudiando el origen del diamante, recibió de Francia una carta de luto cuyo sobre turbó su vista y su corazón.

La carta era de María y la daba horribles noticias. Claudio había muerto de una manera tan misteriosa como fulminante. El hombre que había tomado como socio, había arrojado como una limosna a la viuda

y a la hija una suma insignificante que apenas les permitía volver a Francia. Y María, reducida a la desnudez, llamaba en su socorro al hermano de su marido.

Raimundo no vaciló y respondió por un telegrama que no contenía más que estas palabras: *Esperadme*. En el mismo día hizo su equipaje, tomó pasaje en un vapor que salía al día siguiente para Liverpool; desembarcó en Lisboa, atravesó Portugal, España y todo el oeste de Francia en ferrocarril y llegó a reunirse con la mujer y la niña angustiadas veinticinco días después de haber recibido su llamada.

¡Qué cambiado estaba todo en aquella vieja casa de familia, en el corazón de la pequeña población de la edad media, tan semejante a una necrópolis! Raimundo encontró a María tan bella como él la había amado en otro tiempo, pero aureolada por el dolor, velada por un vaho de lágrimas y ya marcada por las señales del sacrificio. Y su amor no resucitó del sepulcro de su corazón más que para prepararse una nueva inmolación.

Raimundo quiso arrancar en seguida a la joven de las angustias de la soledad y de las torturas del recuerdo, y, sin la menor alusión a las amenazas de su salud, tomó pretexto de la de Sibila y llevó a la viuda y a su hija, acompañadas por Yvona, al castillo del Pallet. Allí las instaló en medio de grandes comodidades y se hizo piadoso servidor de su pobreza.

Vivía en el Pallet un hombre de alta virtud y al profundo saber, el doctor Herbault, y Raimundo confió a la afectuosa sagacidad de este médico el cuidado de ayudarle en su lucha contra el mal que consumía a María.

¡Ay! María estaba condenada, y en vano el médico de experiencia y el amigo de todas las horas le prodigaron sus cuidados. Todo fue inútil; la viuda de Claudio perecía, y murió en los brazos del «hermano» cuya desesperación no hizo traición ni un momento a su secreto.

Entonces comenzó para Raimundo esa vida de renuncia al mundo que debía tomar poco a poco los colores de una felicidad mística. Por la naturaleza misma de sus trabajos, avanzó más en la anticipación de otra vida, la única a que aspiraba su alma progresivamente agrandada,

casi deificada. No quiso conocer de la tierra más que los deberes, y éstos se resumieron en él en la educación de su sobrina. Sibila era demasiado pequeña cuando la muerte de su madre, para discernir entre el papel de un padre y el de un tío, que se convertía en padre por el corazón. Creció en esta ignorancia y Raimundo tuvo escrúpulos de desvanecérsela, los que impuso también a la adicta Yvona, pues tenía una alta razón para obrar así.

En el Pallet y en los alrededores los Lambel eran conocidos sobre todo por su nombre de Magos, y Raimundo se encerró en este nombre a fin de aprovechar este incógnito para descubrir la verdad acerca de la muerte de su hermano. María no había podido darle más que presunciones. Ahora bien, en aquella etapa de su progreso moral, el sabio no era todavía bastante cristiano, bastante desprendido de las pasiones humanas, para elevarse por encima de un deseo de venganza que legitimaban las apariencias. Quería encontrar al asesino de Claudio, pero quería también adquirir la prueba de su crimen antes de castigarle.

Por eso no añadió a su apellido el complemento de Lambel, con el que Claudio se había aliado con Andrónico Teukros. Y como, por su parte, el antiguo socio del joven sabio había cambiado también de nombre, pasaron años antes de que la justicia inmanente aproximase a estos dos hombres bajo la ley fatal del castigo.

A todo esto, Sibila iba creciendo. La delicada niña se transformaba en una hermosa joven y Raimundo veía desarrollarse en ella el encanto de su madre y las nobles cualidades de su padre. Pero, por un tierno respeto hacia aquella infantil inocencia, tanto como para evitar los peligros que la muerte de María podía hacer temer para la salud de la joven, no trataba de sobrecargar aquella tierna inteligencia para un cultivo demasiado presuroso, y dejaba crecer las fuerzas y la belleza de Sibila en el libre impulso de la naturaleza.

El doctor Herbault se había casado tardíamente y quedándose viudo casi en seguida, por lo que había dedicado todo su empeño a la educación de su hijo Gerardo. Cuando atacado él mismo de una enfermedad cuyas causas conocía, miró con vista tranquila venir a él la muerte con paso inevitable, fue a Raimundo Magos a quien confió la delicada mi-

sión de guiar en la vida, los primeros esfuerzos del adolescente. El sabio aceptó esa nueva carga y la ciencia que no había querido infundir en la mente de Sibila, la vertió en la de Gerardo. Y de este modo el estudiante se convirtió en discípulo del tío y en amigo y, después, prometido de la sobrina.

Magos volvía a encontrar en el castillo del Pallet todo este pasado de dulces intimidades, y añadía a ellas ahora la sombría preocupación de defender el porvenir, no ya contra las vagas aprensiones que había concebido durante la infancia de Sibila, sino contra las evidentes empresas de una mala voluntad. Y como escudriñando los repliegues de una conciencia perversa, había adivinado el infernal deseo del criminal, había querido ante todo preservar a su hija adoptiva de las profanaciones de aquellas empresas.

Allí, en la paz de los campos, la niña no podía sospechar siquiera los odiosos apetitos de que era objeto. Poniéndola al abrigo del contacto inmediato de Arona, Raimundo obedecía a la más elemental prudencia. El hombre infame que se había enriquecido con el asesinato y cuyo pensamiento urdía contra Gerardo el mismo lazo en que había caído Claudio, no debía retroceder ante el horror de un atentado contra la inocencia de una virgen.

El laboratorio del Pallet estaba ahora en plena actividad. Para Magos, dueño del secreto de que Arona no tenía más que la fórmula, el esfuerzo que había que realizar era relativamente pequeño. Porque Raimundo había ya encontrado la base de la operación, el principio de la transfusión mineral pedido a la acción inductiva del carbono líquido, desde el momento en que había podido fijar la fuerza radiante de un cuerpo de él sólo conocido y que, bajo su mano de inventor, daba nacimiento lo mismo a los encantamientos de la luz que a las maravillas de las síntesis creadoras. Aquel carbono líquido, cuya permanencia no podía asegurar, lo había unido indisolublemente a un estado tal de la materia que había hecho nacer en sus crisoles una entidad indefinida, algo como un rádiom artificial del que procedían a la vez el aumento de vibración del éter fotógeno y la nueva combinación de los elementos disociados.

El solo en el mundo de la ciencia, había precipitado el aluminio puro, cristalizado el corindón en la profundidad del manganeso, del boro y del cromo y, por la influencia de un nuevo metal, incorporado a su substancia la luz descompuesta.

Ahora trabajaba sobre seguro. En aquel laboratorio del castillo, podía seguir segundo por segundo el cumplimiento progresivo de la «Grande obra». ¿No estaba en una tierra en la que, en otro tiempo, en las últimas horas de la edad media, sacrílegos pensamientos y abominables prácticas habían intentado la realización de esos prodigios en aquel próximo y siniestro Tiffauges, donde Gilles de Raiz y Prelati degollaron centenas de niños para sacar de su sangre el elemento generador del oro?

Pero el sabio no estaba separado solamente de aquel encantamiento sangriento y de aquella monstruosa falsificación por cuatro siglos de progresos científicos; lo estaba sobre todo por la superioridad de su genio y por la humildad de su fe. Y cada vez que al sacar el crisol descubría la refulgente piedra entre las escorias, saludaba a la divinidad con una adoración más ferviente.

XI

NOCHE VIVIENTE

La primavera era verdaderamente precoz y los tibios alientos, venidos de las cálidas llanuras del océano, rejuvenecían a la tierra en la proximidad de la costa.

Gerardo Herbault había llegado el día anterior, después de haber obtenido del «principal» una licencia de una semana. Magos le había llevado en seguida a su laboratorio y el químico, maravillado, había retirado con sus propias manos del crisol, las piedras misteriosamente nacidas. Con tranquila sonrisa, habíale dicho el sabio:

-Amigo mío, cuando vuelva usted a París, llevará en una caja cuidadosamente sellada, las perlas cargadas de carbono. Serán inofensivas mientras permanezcan en su estado actual. Evite usted, sin embargo, el ponerlas en contacto con las piedras naturales, pues por la acción del contenido y del ambiente la ampolla de vidrio se usa interior y exteriormente y contrae lo que yo llamaría la «esclerosis» mineral. Un choque un poco violento pudiera determinar la explosión.

Después llenó él mismo una cajita de roble con aserrín de madera y ahogó en este aserrín, superficialmente húmedo, seis lágrimas de vidrio sacadas por Gerardo del cofrecillo de acero del Barón. Pero esta vez las lágrimas no estaban vacías. Raimundo las había saturado del carbono líquido reclamado por Arona.

-He aquí el principio activo encerrado en esta lágrima, tan activo que corroe a la larga su continente. Dentro de seis meses, si deja usted estas lágrimas en su caja, no quedará nada de ellas. Se habrán evaporado y habrá que analizar todo el aserrín que las rodea para encontrar en cantidades imponderables los elementos de la sílice y del calcáreo. En cuanto al carbono, no se observará traza alguna, a no ser que se encontrasen en el aserrín algunas parcelas minerales transformadas en polvo de diamante. -¿Se explica usted, amigo mío, de qué formidable poten-

cia son depositarias estas ampollas, qué irresistible choque produciría la expansión de su energía condensada?

El ingeniero no se había atrevido a preguntar al sabio la fórmula de esa condensación y Magos había guardado silencio. ¿Qué importaba, por lo demás, a Gerardo? Tenía lo esencial. Gratuitamente el maestro de los arcanos acababa de poner en sus manos la varita mágica, la piedra filosofal.

Gerardo, pues, era dichoso; iba a llevarse su tesoro y a realizar el pensamiento de Arona. En los crisoles de Saint-Mandé iban a nacer rubíes, zafiros y topacios como nacían en el laboratorio del castillo. Solamente, esta producción artificial no sería debida a su propia industria, puesto que dependería del padre de Sibila el medio de multiplicarla.

Esta reflexión se impuso a la mente de Gerardo en una imperiosa pregunta. ¿Por qué Magos, dueño de tal secreto, no le aprovechaba él mismo? ¿Por qué no obtiene la fortuna, si no la gloria, en lugar de dejar esta doble ventaja a aquel extranjero del que Gerardo no era más que un empleado?

No se atrevió, sin embargo, a preguntárselo al sabio, porque adivinaba en aquella conducta profundidades que no le era posible sondar. Atúvose, pues, a la alegría que le daba la certeza de la dicha próxima y este fue el objeto de sus conversaciones con Sibila.

Las tierras del castillo bajaban en cuesta hasta el río, en el que había una lancha retenida con cadenas, única distracción campestre que se permitía aquel hombre para quien la naturaleza era cosa tan sagrada y tan familiar, que no atentaba a la vida de un insecto ni al crecimiento de una planta.

Aquel barquichuelo era el gozo de Sibila. De todos los ejercicios permitidos a las mujeres, en los cuales sobresalía, aquél era su predilecto. Gustábale desatar el esquife, tomar los remos, sin temor de las fatales callosidades, y deslizarse silenciosamente por la superficie inviolada en el verdor de las plantas acuáticas.

Gerardo compartía su gusto por aquellos paseos. Y era la barca, el centro preferido de sus conferencias amorosas. En la soledad de las

orillas y en la gran paz de la naturaleza, cambiaban sin esfuerzo lo mejor de sus corazones y se ensimismaban en los mismos ensueños.

El día no bastaba a estas excursiones y la noche les añadía su imaterialidad estrellada. Entonces, dichosos, confiados en el porvenir y envueltos en la mística influencia de la sombra, veían mejor transparentarse las certezas de lo real en las tinieblas del porvenir.

El joven encontraba así un encanto más a la belleza singular de su prometida. En su creciente ternura intervenía ahora el asombro de observar en Sibila un cambio progresivo, una idealización de la mujer que no había aun conocido en ella. La animación infantil daba lugar poco a poco a una suave gravedad y parecía que sus grandes y profundos ojos se embellecían más con aquel reflejo invisible. Su voz, de cálidas caricias, tenía un timbre menos juvenil. Sentíanse vibrar en ella las resonancias de un alma en iniciación, de las emociones sublimes de una vida superior. Y Gerardo comprendía mejor de qué aspiraciones sobrenaturales debe vivir el amor, libre de las debilidades y de las desilusiones de la carne.

Una noche -la licencia del ingeniero se acababa y era la víspera de su partida para París- Sibila y Gerardo quisieron repetir su paseo nocturno, bajaron al río y la lancha flotó al impulso suave de los remos, en una superficie blanqueada por las claridades del cielo. Ostentábase la luna llena y brillaban las estrellas en un firmamento sin mancha. Cada golpe de remo sacaba del agua un ramillete de chispas.

Ambos jóvenes se abandonaban a la exquisita penetración de aquella bienaventuranza. Uníanse demasiado sus corazones a la universal alegría para que tuviesen necesidad de traducirla en palabras profanas. Cada sonido, cada rozamiento de la noche, expresaba sus suspiros mejor que hubiera podido hacerlo el infructuoso esfuerzo de sus labios.

Habíase sentado Sibila en el mismo banco que Gerardo, reposaba su frente en el hombro del joven y habíanse juntado sus manos. Pendían los remos, inútiles, de las espigas de cobre; deslizábase el barco a impulso de la apacible corriente entre las orillas espolvoreadas de luna; y los jóvenes escuchaban sin hablar los latidos de sus corazones, cuya

cadencia les decía la fuga de los instantes en la embriaguez de sus pensamientos confundidos.

Sibila, sin embargo, rompió aquel mutismo y su boca exhaló la queja de las *Meditaciones*:

-¿Por qué estas horas pasan como las otras? ¿Por qué Dios no detiene su curso para fijarlas en la eternidad?

Gerardo no respondió. Sin duda se estaba planteando el mismo problema y no le encontraba solución. Perdidos en el indecible encanto, ambos se preguntaban si el ensueño, en su deslumbradora ilusión, es para el alma un instante de éxtasis, una mirada a la invisible realidad.

De repente se estremecieron y sus ojos, violentamente solicitados, se dirigieron juntos a la orilla.

Iba el barco rozando las largas ramas de un álamo de Virginia, cuyo tronco gigante había inclinado sobre el agua un desprendimiento del terreno. Bajo sus hojas, ya grandes, la sombra era más densa que en los alrededores y el astro de la frente pálida no hacía entrar en ella su claridad de misterio.

En aquellas tinieblas, sin embargo, se dibujaba una extraña forma blanca, forma de exacta proporción, vaporosa, tenue, y tal como la que presta la imaginación a los simulacros de la pena o del miedo. Junto al árbol caído, había una figura en pie, y el éter de su substancia no ocultaba el robusto tronco. Era como un sudario transparente tendido delante de la potente rigidez del álamo. La atmósfera de los cometas, los efluvios eléctricos de las auroras boreales, tienen solamente la diafanidad maravillosa de aquella figura. Aquel sudario no tenía nada de fúnebre. En su uniforme blancura, parecía una estatua de mármol, cuyas líneas perfectas se movían a impulso de la brisa oscilando en la sombra sobre las aguas tranquilas.

-¿Ves? -preguntó a Gerardo, Sibila en voz baja y conmovida.

-Sí -respondió el joven. -Es extraño en verdad. ¿Pero no somos juguete de un espejismo, de un fenómeno natural, de una simple condensación de vapores?

Cogió con la mano derecha un remo, el barco viró lentamente y se aproximó a la orilla.

Entonces, como espantado por la curiosidad de los vivos, el espectro de bruma dejó la orilla del agua y retrocedió hacia las profundidades de la arboleda.

-Gerardo -dijo Sibila, -¿pueden los vapores cambiar así de lugar y deslizarse por la tierra, como en las superficies líquidas?

-¿Quién sabe? -respondió el ingeniero. -¿No has visto con frecuencia moverse la niebla en las praderas? Yo he visto en los Alpes prodigios de luz, nubes en formación que se deslizaban como fantasmas por las aristas de los abismos. Si estuviera aquí tu tío nos daría la explicación de esta singular apariencia.

El barco, a todo esto, había penetrado en la bóveda de follaje. Y Gerardo le siguió al embarcadero sin perder de vista la ondulosa forma que también se movía en el espesor de la enramada.

Gerardo saltó a tierra, ató la cadena al gancho y ayudó a la joven a desembarcar.

Muy conmovidos, pero sin sentir nada que se pareciese al miedo, subieron del brazo la cuesta que conducía al castillo, precedidos de la etérea figura, impalpable pero movable. Y cuando llegaron al terraplén de la vieja morada, la visión se detuvo y se hundió progresivamente en la irradiación lunar, tocó la muralla gris y desapareció como si las antiguas piedras vestidas de hiedra se hubieran abierto para dejarle paso.

También los jóvenes se habían detenido.

-Gerardo -murmuró Sibila, -lo que hemos visto no es una ilusión. ¿Qué sabemos nosotros de las profundidades de la vida? La nada no existe. Es posible a nuestras miradas seguir el crecimiento de las raíces en la tierra ni la circulación de la savia en los tejidos? En el instante mismo en que formulamos este problema, en este instante que ya no existe y cuya cadena continúan otros instantes, la hierba que se encorva bajo nuestros pies, la hoja que se estremece sobre nuestras cabezas, se alargan de una imperceptible extensión. En esos nidos que incuban el calor maternal, palpitan embriones bajo la cáscara de los huevos, y brotan plumas en la pelusa de los pajarillos nacidos ayer.

Gerardo, Gerardo, ¿qué sabemos nosotros de la vida? ¿No es bajo esta sombra tutelar donde se elabora la gran transformación del mundo, el paso del estado precario y cambiadizo a la gran inmutabilidad del otro mundo?

-¿Qué crees tú, niña? -dijo el joven, invadido a su vez por la poesía de aquellas palabras.

-Creo, Gerardo, que el ser soberano no interrumpe jamás la creación. No hay un momento vacío en el tiempo ni en el espacio. Y verdaderamente me pregunto si la noche no es simplemente un telón tendido delante del gran laboratorio de Dios, un velo intermitente echado sobre el crisol siniestro de la tumba.

La joven se calló. Acababa de abrirse la puerta del castillo y Magos, que había oído el diálogo, bajaba del umbral.

-Sibila -dijo con su voz grave, -es cierto que nos rodea el misterio. Ese Dios de que hablas ha querido levantar un muro de sombra entre nuestra condición material y el dominio de su inefable fecundidad. No tratemos de pasar esa barrera, porque del otro lado está el comienzo de lo eterno y nuestros ojos no sacarían de allí más que la locura.

Has dicho la verdad hace un momento. El mundo entero es un foco de vida, el santuario en que se elabora el paso hacia lo futuro, la Pascua de la transformación no interrumpida. Marchamos de la cuna a la tumba a través de perpetuos fantasmas. El día no es más que una de las fases de la labor divina. Como él, la noche es viviente.

.....

Gerardo se había marchado y el castillo había recobrado su monotonía casi silenciosa. Sibila, fuera de sus conversaciones, siempre graves, con su tío y de sus conferencias familiares con la lacónica Yvona, no tenía más, para distraer su juventud, que sus solitarios paseos por el parque.

La joven se escapaba a veces del castillo. Las «hermanas» del Pallet recibían con transportes de júbilo a la graciosa niña que había sido su discípula. Sibila prestaba su concurso a las obras de beneficencia del

pueblo. Los pobres, menos miserables en el campo que en la ciudad, se llenaban los ojos y el corazón con aquella niña rubia que no les llevaba solamente el alivio material de su pobreza, sino que les vertía el consuelo de sus palabras y la caricia de su sonrisa. En sus excursiones por caminos y senderos, Sibila no tenía necesidad de compañía protectora. El cariño universal era para ella más segura salvaguardia que todas las precauciones de una acompañante. Todos la querían por agradecimiento al mismo tiempo que estaban orgullosos de su belleza. Sibila, era el hada de aquel rincón de tierra fiel y tradicionalista. La joven atenuaba en ternura el respeto un poco tímido que inspiraba su tío, como las flores de las enredaderas alegran con sus risueños colores la majestad de la hiedra de los viejos muros.

Una tarde se retrasó en el pueblo. Había olvidado la hora jugando con las niñas pequeñas de la escuela, que la retenían por la falda. De tal modo que cuando tomó el camino del castillo no quedaba ya en el cielo más que esa blancura dorada, en que se disuelven los rayos crepusculares. Separábala del castillo media legua, pero era el país tan seguro y tanto el sincero respeto que inspiraba, que no tenía temor alguno.

Ahora bien, al dar la vuelta a un sendero, en la espesa sombra de un cercado, vio moverse una figura de hombre, vacilante y cautelosa, cuyo indeciso modo de andar le hizo suponer al pronto la presencia de algún campesino trastornado por demasiado numerosas libaciones. La joven apresuró el paso sin asustarse aun por aquella importuna compañía.

Pero aquel hombre la seguía. A medida que se oscurecía la atmósfera parecía envalentonarse y pronto oyó Sibila sonar en los guijarros del camino la cadencia de sus pasos apresurados.

Metióse la joven por una especie de barranco rodeado de juncos que acortaba la distancia, y el tenaz perseguidor se metió detrás de ella.

Sibila se asustó esta vez y, un momento, tuvo la idea de pararse y de interrogar al extraño personaje. Volvió la cabeza, y la negra silueta que vio destacarse en el crepúsculo le pareció gigantesca y amenazadora. Tuvo miedo y volvió a echarse a correr.

Aquella carrera parecía una fuga y el orgullo de Sibila se sublevó. Estaba entonces en la linde de los bosques que rodeaban al castillo. La noche era más densa en la opacidad de los grandes troncos de los paseos, pero la sobrina de Magos estaba allí en su casa, en la tierra materna y se sentía rodeada y protegida, en cierto modo, por los ocultos ambientes del hogar familiar.

La joven se paró resueltamente y en pie, en el centro de un claro, esperó a aquel intruso que no respetaba siquiera una propiedad privada.

El hombre fue hacia ella y Sibila vio crecer su alarmante estatura. Iba silencioso, como un ladrón. No era su aspecto el de un mendigo ni siquiera el de un vagabundo de los que infestan los campos. La niña tuvo la rápida intuición de una amenaza, la conciencia de un peligro que no podía esquivar. El desconocido estaba demasiado cerca de ella y el castillo demasiado lejos para que pudiera llegar a tiempo un socorro. Ni siquiera su voz llegaría a la casa.

Sibila era valiente y vio que tenía que defenderse sola. Con un ademán instintivo, rompió una rama al alcance de su mano y tomó una actitud enérgica.

El hombre estaba a diez pasos de ella y avanzaba ya sin disimulo, dominado sin duda por el vértigo del crimen. Sibila le vio destacarse de la sombra de una gigantesca encina.

XII

EN EL CAMPO

El barón de Arona se quejaba de un acceso de fiebre. Se había levantado lleno de dolores, tiritando, con bruscas subidas de calor en la cara y con repentinas paradas del corazón. Y la alarma fue seria, porque mandó llamar con urgencia al doctor Vaubray.

Acudió éste como hombre que no quiere dar al cliente ocasión de quejarse, le interrogó, le palpó, le auscultó y, grave esta vez, con una arruga en las cejas, pronunció palabras de advertencia.

-Mi querido Barón, tengo que dar a usted un prudente aviso. Es usted muy dueño de no hacer caso, que es el modo habitual que tienen los enfermos de obedecer las prescripciones del médico. Pero hará usted mal, pues, para hablarle francamente, su estado necesita cuidados.

-¡Ah! -exclamó el millonario, intimidado por aquel exordio, -¿tan malo me encuentra usted?

-Compréndame bien. No está usted malo en el sentido literal de la palabra, sino en estado de receptividad de la enfermedad, en desorden funcional. El corazón late demasiado de prisa, los nervios están excitados, la sangre en ebullición y todo indica una alteración de equilibrio en la salud general. Esto quiere decir que es usted vulnerable en un punto cualquiera de su organismo, y como en usted es la circulación lo que se encuentra un poco desordenado, puede darse cuenta de que es en la circulación donde puede ser atacado. No tome usted mis palabras más que como yo las digo y no vaya a ponerse la mente en tortura. Todo esto no será alarmante si usted no abusa de su vigor aparente. En otros términos, sus arterias de usted parecen conductos obstruidos y hay que evitarles tensiones demasiado fuertes o contracciones violentas.

Al expresarse así, Vaubray examinaba atentamente a su cliente.

Bajo aquella mirada acerada, el Barón no se encontraba a gusto. Y dominado por la influencia del médico, le interrogó con voz indecisa y casi balbuciente.

-Para que me hable usted de ese modo es preciso que me encuentre usted más enfermo de lo que dice. ¿Qué apariencia tengo a sus ojos? ¿Qué aspecto me encuentra usted?

-¿Qué aspecto? ¿Quiere usted que se lo diga? Pues bien, tiene usted el aspecto de un viejo calavera que acaba de portarse sin pudor y sin prudencia. Se diría que tiene usted al menos quince días de «juerga» en las piernas.

Arona se echó a reír con una risita falsa.

-En ese caso, se engaña usted, doctor. No he sido nunca más casto ni más morigerado. Vuelvo de viaje, de un viaje a regiones en que juro a usted que no había ocasión de hacer locuras.

Hablaba el Barón en ese lenguaje canallesco en que los cosmopolitas tienen a orgullo el estar al corriente. Y rivalizaba en vulgaridad con el curandero endurecido.

-¡Calla, calla! -dijo éste en tono burlón. -¿Vuelve usted de dar un paseo? Y, sin indiscreción, ¿se puede saber a qué país de virtudes ascéticas le ha conducido a usted su suerte?

La pregunta no era hecha con malicia, pero tuvo la virtud de turbar a Arona, que respondió con algún mal humor:

-¿Para qué quiere usted saberlo? ¿Le es eso necesario para prescribir un tratamiento? -Absolutamente, no. Pero puesto que usted me afirma que no ha cometido ningún exceso, necesito encontrar una causa a su estado actual. Esto por creer que viene usted de alguna región malsana, de un país de pantanos o, por lo menos, de la orilla del agua.

La cara del barón se iluminó.

-Está usted en lo cierto. Vengo de la orilla del mar.

Sus facciones se dilataron y su pecho pareció aliviado de un peso. Había temido ser adivinado.

Vaubray tuvo el buen gusto de no insistir, pero su opinión estaba formada. Aquel suspiro acababa de revelarles el malestar de aquella

alma, principio del malestar del cuerpo. El médico le mandó calmantes y un reposo de varios días.

-No trabaje usted -ordenó, -y dé paseos por las mañanas. Le doy a usted soporíficos para procurar el sueño natural. Por lo demás, no coma usted mucho, beba menos y absténgase de todo lo que le pueda exasperar los nervios.

Y se marchó, dejando al millonario impresionado por sus palabras. La imaginación de Arona exageraba su importancia, saludable temor, después de todo, y que debía ser el comienzo de la prudencia.

Sí, el barón volvía de la «orilla del mar». Lo que no dijo a Vaubray es que no había visto el mar aunque había estado cerca de él.

Cuando loco y martirizado por un deseo sin freno, salió de París a la vuelta de Herbault, se metió sin reflexión en el exprés de Nantes. Llegado a la gran ciudad del Oeste, no estuvo en ella más que el tiempo necesario para despojarse de su aspecto de hombre del buen mundo y vestirse como un paleta que volviese del campo. Para ello se disfrazó con vestidos groseros, zapatos de clavos y un sombrero de anchas alas.

¿Para qué aquel disfraz? Había obedecido al impulso mismo del deseo; quería pasar inadvertido, disimular su identidad, acercarse sin despertar sospechas a los lugares en que esperaba encontrar a Sibila. ¿Qué cálculo infantil se elaboraba en su cerebro descompuesto? El barón no hubiera podido precisarlo. La idea fija le tenía bajo su yugo el pensamiento y le hipnotizaba en cierto modo.

Arona iba sin reflexión, dispuesto a todo, sufriendo esa fatalidad que el paganismo erigió en ley de castigo, no teniendo otro objeto ante los ojos que la imagen de la mujer ambicionada.

Como sucede con frecuencia a los locos, coordinaba todo lo que concurría a perfeccionar su alucinación. No preveía las consecuencias de su acto y su impaciencia se irritaba con la previsión de los obstáculos.

No se detuvo en el Pallet; bajó a Clisson, donde se informó. No es larga la distancia entre las dos localidades, que están ambas servidas por los trenes de la línea del Estado. Puédese además recorrer en coche los diecisiete kilómetros que las separan, y, a falta de vehículo, un buen

andarín puede ir a pie sin gran cansancio de Clisson al Pallet y volver por un tren de la tarde.

Arona retuvo todos estos detalles, púsolos en orden en su memoria y tomó sus disposiciones para su intentona. ¿En qué consistía ésta? El mismo no lo sabía. «La ocasión hace al ladrón», dice un proverbio, y Arona contaba con la ocasión para determinarse.

Y estaba el barón sumido en estas indecisiones cuando se presentó la ocasión apetecida.

Aquel día, el cuarto después de su llegada a Clisson, había ido al Pallet en un tren de los alrededores de Nantes. Eran las cinco próximamente. El día había sido hermoso y cálido, como ocurre con frecuencia en mayo. El aire estaba saturado de los perfumes del campo y el aliento de la tierra subía embriagador y cargado de efluvios vivificantes. Y aquel hombre poseído no respiraba en esta atmósfera benéfica más que una excitación más grande y un nuevo estimulante de sus culpables deseos.

Después de haber errado por los alrededores del pueblo, fue a sentarse en la cuneta del camino que recorría las inmediaciones del castillo. Un crepúsculo mágico apagaba progresivamente los esplendores del sol.

Protegido por una cerca, Arona podía prolongar sus miradas por el camino sin ser visto. Y enteramente ocupado en su feroz espera, como el tigre acurrucado junto a la fuente en que va a apagar la sed la gacela, era insensible a las bellezas de la naturaleza. Teníale alerta una secreta advertencia venida de abajo, de esos niveles de la sombra en que se agitan las larvas impuras. Arona presentía la proximidad de la presa.

Llegó en efecto y la vio venir de lejos. Sibila avanzaba envuelta en un luminoso rayo que parecía hacer nacer bajo sus pasos un polvo de claridades. Unos cuantos niños pequeños dábanle escolta, riendo y loqueando a su alrededor, y el hombre de los deseos criminales experimentó un sentimiento de despecho y de temor. ¿Iba a arrancarle su presa aquella guardia infantil? Más aun: ¿no iría a descubrir su presencia alguno de aquellos niños, corriendo por el camino, y a advertir a la joven?

Arona se tendió en la cuneta, se echó sobre la cara el ala del sombrero y fingió el sueño de un vagabundo para dejar pasar el grupo.

Pero el cortejo de Sibila se detuvo a unos veinte pasos del sitio en que el barón se había escondido. Oyó unas risas argentinas y después la y voz de cristal que decía:

-¡Ea! -volveos a la escuela. Pronto, pronto. Volveré pasado mañana.

El enjambre de cabecitas rubias se dispersó haciendo mil saludos, y Sibila continuó su camino volviéndose de vez en cuando para enviar con la mano besos de despedida.

Cuando pasó del sitio en que estaba emboscado el hombre, éste se levantó sobre las manos y las rodillas, y visto en aquella posición, parecía verdaderamente una fiera dispuesta a saltar. Poco sobrevivía en él de la naturaleza humana. El demonio de la concupiscencia le tenía en su posesión y le movía casi contra su voluntad.

Dejó a la joven adelantarse unos cien pasos y se levantó de repente para seguirla.

Sibila le vio y no se asustó al pronto. Arona comprendió que no le había conocido.

Continuó su marcha oblicua, haciéndose más atrevido a medida que se tejían hilos de sombra más espesos en la trama de las tinieblas.

Sibila, sin embargo, había debido de alarmarse, pues apresuró el paso. Abríase delante de ella un camino hondo, y la joven echó a andar por él.

Arona creyó la ocasión propicia. La razón le había abandonado definitivamente.

El barón iba acercándose a Sibila con espantosa rapidez.

Estaban ya en las tierras del castillo. Los bosques extendían su sombrío abrazo apenas cruzado aquí y allá por los últimos rayos del sol poniente.

La joven se metió por la espesura. La tierra de sus antepasados crujía bajo sus ligeros pasos. De las profundidades de la sombra, saturada de potentes alientos, subían estremecimientos de vida y rumores de una existencia oculta. Y sin duda esos efluvios penetraron a la joven

de una vitalidad más grande y la animaron de una fuerza nueva, porque el asaltante la vio detenerse en el centro de un claro, romper una rama, que sus dedos despojaron prontamente de las hojas, y desafiar valiente la agresión.

La agresión no se produjo.

Entre la presa y el deseo, surgió una barrera imprevista, una intervención repentina.

Arona, cegado por la pasión, se había lanzado como un toro hacia su víctima. Dominábale un instinto salvaje. Su alma estaba muerta. En su noche de abismo, no sobrevivía ninguna chispa de la inteligencia bruscamente apagada.

Y, de pronto, de las entrañas del suelo o de las columnas tenebrosas de la arboleda, se elevó una forma blanca e impalpable, la figura de un ser inmaterial y terrible en su rigidez. La sombra se irguió clara y precisa, visión de un mundo en que la substancia deja de ser pesada, y se deslizó en un vuelo aéreo entre los dos vivientes, viviente ella también, pero con otra vida. ¿La vio el barón con los ojos del cuerpo o con los del espíritu? Con los ojos fijos y los dientes apretados, la vio marchar hacia él y salirle al encuentro. Vio ondular el sudario de bruma y brillar una mirada que la suya no pudo sostener. Entonces retrocedió.

La figura blanca le seguía y Arona tuvo la intuición de un peligro sobrenatural, de un choque fatal contra lo imponderable. Y no afrontó el contacto de aquellos pliegues amortajadores, de aquellas manos que no hubiera podido decir si estaban frías como el mármol de una tumba o ardientes como el fuego del infierno. Volvió la cabeza, ahuyentado por el ángel de los espantos, y huyó corriendo hacia el pueblo.

Bajo la sombra creciente del bosque, Sibila, resuelta y valiente, con los dedos crispados en la rama que acababa de arrancar, vio aquella fuga inexplicable. Permaneció aun unos minutos en el mismo sitio, no atreviéndose a creerse libertada e ignorando el socorro sobrehumano que acababa de concederle el cielo.

La forma blanca se había desvanecido. Y se oía en el camino la cadencia precipitada de una carrera loca.

XIII

JOYAS DE MUERTE

¿Habían sido puntualmente observadas las prescripciones observadas del doctor Vaubray? Solamente el barón de Arona hubiera podido dar respuesta a esta pregunta, y la daba, en efecto, y de las más afirmativas, en aquella noche de junio, en la que, después de haber convidado a comer al doctor, saboreaba en su compañía un vaso de sherry-brandy bajo los árboles del jardín del hotel.

-¡Pardiez! -decía el doctor moviendo la cabeza y sin abandonar sus dudas, -tengo que creer lo que usted me dice, pues tiene usted el más hermoso aspecto que jamás le he conocido. Respira usted salud por todos los poros. Apostaría, sin embargo, que mi tratamiento no ha sido la única causa de esta feliz resurrección. Ha debido usted de tener otros estimulantes del organismo, alguna satisfacción de orden intelectual y moral que no ha contribuido poco a restablecer el equilibrio momentáneamente turbado.

-Algo hay de eso, mi querido doctor -concedió el barón risueño, -algo hay de eso. He tenido en estos días una de las más vivas alegrías de mi existencia.

-Lo sospechaba. ¿Y se pueden conocer las causas de esa alegría?

-No veo en ello ningún inconveniente. Hace ocho días no le hubiera a usted dicho lo mismo, por la sencilla razón de que estaba aun en duda. Hoy la prueba está hecha y es concluyente. No tengo más que dejar venir los acontecimientos.

Dio un golpecito con la mano izquierda en la rodilla de su invitado, y añadió:

-¿Si yo le dijera a usted, doctor, que estoy a punto de convertirme en el hombre más rico del mundo?...

-¡Bah! no me extraña, en usted. ¿Pero no lo era usted bastante? La opinión le atribuye cincuenta millones.

-¿Y qué es la opinión, doctor? Es el caso de decir que no hay que tenerla en cuenta, puesto que no sabe contar. ¿Cincuenta millones? ¡PS! ¿Cuántos tendré dentro de un año, dentro de seis meses? ¿Mil, dos mil millones, acaso? ¿Pero qué importa la cifra? Lo esencial es mi descubrimiento. Digo «mi descubrimiento» aunque, en realidad ha sido perfeccionado por mi químico, ese buen Herbault, un muchacho muy inteligente.

-¡Ah! ¿Y en qué consiste ese?...

-En esto, amigo mío, en que hasta ahora nuestras piedras no eran en realidad más que piedras falsas. Las que voy a producir son verdaderas, verdaderas, ¿entiende usted bien? verdaderas, piedras preciosas naturales, gemas como las que se elaboran en los crisoles de la tierra. ¡Vencido Moissan! ¡Vencidos los charlatanes y los prestidigitadores! Mañana, el barón de Arona arrojará al mercado gemas del mismo valor que las que se extraen en las minas de Birmania, del Malabar y de la Cordillera. Y no serán aproximaciones, cuarzos coloreados por algún tiempo, sino rubíes y topacios. He encontrado el secreto de la transmutación, la fórmula de la gran obra; fabrico corindones.

Vaubray, burlón, se recostó en la mecedora en que se estaba meciendo y fumando.

-¡Vaya, vaya! Modérese usted. Esa es una exaltación que no me parece de buen género y puede ser el anuncio de una recaída. ¡Cuidado! Eso, en el diagnóstico de cualquiera de mis colegas, pasaría por el «delirio de las grandezas.» Barón, no está usted aun enteramente restablecido. ¡Calma! ¡Calma!

Arona se echó a reír.

-¿No me cree usted? ¿Cree que estoy chiflado? Pues bien, dentro de un momento tendrá usted pruebas. No se las daré a usted yo, sino el mismo Herbault, que va a venir a tomar una taza de te y traerá una caja que contiene las primeras gemas obtenidas. A fe de Arona, me comprometo a regalar a usted la más hermosa. Usted la hará tasar por cualquiera y, después, si no quiere usted conservarla, se la volveré a comprar al precio de los joyeros. ¿Quedará usted convencido después de esto?

Había apenas acabado de hablar cuando se dibujó una silueta en la cruda blancura de que la luna inundaba la escalinata y un hombre bajó hacia el jardín.

-¡Ah! ahí tenemos justamente, a ese joven querido; le conozco en el modo de andar. Vamos a salirle al encuentro, pues estaremos mejor en el salón para examinar las piedras.

Se levantaron y salieron a recibir al ingeniero, al que estrecharon las manos.

-Llega usted a punto, mi querido Herbault -dijo alegremente el barón. -El doctor empezaba a tomarme por loco y vamos a hacerle tocar con el dedo el milagro obtenido.

Subieron la escalinata de mármol y entraron en el salón de fumar, donde estaba ya servido el te.

-¿Ha traído usted los primeros florones nuestra corona? -preguntó Arona.

-Aquí están -respondió Gerardo sacando del bolsillo un estuche de tafilete que puso en una mesa.

-Veámoslos, y asegúrese usted, hombre escéptico, de que son verdaderas gemas.

Vaubray hizo un gesto evasivo.

-Conmigo, querido barón, puede usted triunfar fácilmente. No soy joyero y no tengo competencia alguna en estas materias.

-Si no concede usted crédito alguno a mis palabras, atégase a las del señor Herbault, que es el que ha realizado la empresa.

El salón estaba inundado de claridades eléctricas. Por invitación del barón, Gerardo abrió el estuche y aparecieron seis hermosas piedras de tamaños variados, entre la avellana y la cereza; un espléndido rubí, un zafiro azul como el agua de los grandes fondos, dos esmeraldas límpidas como el agua de los manantiales, un topacio que parecía de oro fluido y una amatista tan vaporosa como un pétalo de las glicinas floridas que adornaban la cubierta de cristales del hotel. Todas estas piedras estaban en bruto, informes, excepto los rubíes, uno de cuyos ángulos ofrecía el corte limpio y el pulimento de la fricción.

-Doctor -dijo tranquilamente Herbault, -estas gemas han sido sometidas ayer a la comprobación del horno eléctrico, y han salido victoriosas. Una de ellas, como puede usted ver, ha sufrido la prueba de la talla en su punto más débil. No hay, pues, ninguna duda sobre su calidad actual. Se podría, todo lo más, tener alguna sobre su duración eventual.

-¡Ah! ¿No está usted seguro de su duración?

-¿Cómo podríamos estarlo? Estas piedras han salido de una oficina artificial. Sus proporciones analíticas y sintéticas son las mismas que las de las gemas naturales, pero las nuestras deben de ser inferiores por la rapidez de su producción. Son, respecto de sus hermanas creadas, lo mismo que las flores y los frutos nacidos por la acción de medios forzados y los que son debidos a la acción lenta de las estaciones. ¿Sabemos qué vitalidad propia infunden las entrañas de la tierra a las criaturas que producen?

-¡Bah! -dijo Arona, encogiéndose de hombros. -Es una diferencia insignificante. Podemos desde ahora garantizarles un minimum de existencia de un siglo. Y, por otra parte, ¿acaso los productos de la naturaleza no tienen sus imperfecciones? ¿Acaso las perlas más auténticamente pescadas por los buzos de Ceilán y de las Laquedivas no mueren en sus estuches?

-En sus estuches, puede ser -dijo Vaubray. -Pero sé por un perito, gran joyero, que el calor de un seno de mujer puede darles una vida prolongada que les asegura la eternidad.

-Pues bien -exclamó con entusiasmo Arona, -someteremos nuestras gemas al mismo experimento. Y puesto que ha sido usted, mi querido Herbault, quien ha logrado nuestro empeño, me permitirá que elija las más bellas primicias de nuestro tesoro para ofrecérselas a esa mujer exquisita que va a ser su compañera. Quiero regalárselas yo mismo a la señorita Magos. No añadirán nada a su incomparable belleza, pero obtendrán acaso el principio de su propia inmortalidad.

El barón pronunció estas palabras con singular ardor, sin echar de ver que Vaubray le estaba observando.

-¡Pardiez! -siguió diciendo éste, -he ahí una curiosa hipótesis, las cosas materiales tomando un aumento de existencia al contacto de nuestra efímera vida. ¿Dará el hombre su substancia a las cosas inorgánicas y se asimilará, acaso, la suya? No hay en esto nada contrario a las afirmaciones de la fisiología y nuestra terapéutica no lo repugna. ¿Qué es la metaloterapia y qué la seroterapia, sino aplicaciones indecisas de esa idea? No eran tan estúpidos como se ha querido escribir aquellos alquimistas de la Edad Media, aquellos brujos del Renacimiento, aquellos taumaturgos y aquellos druidas con sus talismanes, sus piedras de prueba y sus huevos de serpiente.

Gerardo Herbault movió la cabeza.

-Doctor, lo que usted enuncia en forma de hipótesis, mi maestro, el señor Magos, lo afirma como un principio.

El barón interrumpió la disertación que se iniciaba.

-Vamos a ver, Herbault, ¿cuándo piensa usted que podremos poseer bastantes piedras para afrontar la opinión pública y la comprobación de los sabios?

El ingeniero respondió con seguridad.

-Creo poder prometer a usted una veintena para la semana que viene. Esta cifra no es más que un mínimo y la duplicaremos con facilidad cuando hayamos establecido nuestros hornos eléctricos. No es eso lo que me preocupa.

Entre sus cejas se había marcado una arruga.

-¿Hay, pues, algo que le preocupa a usted? -respondió el barón ansioso.

-Sí -confesó Gerardo, -son las perlas generadoras, que tienen una sensibilidad prodigiosa. Cada vez que las peso, echo de ver que han perdido un poco. Su envoltura de vidrio templado, se corroe con una rapidez increíble. El carbono líquido no transmite más que la tercera parte de su substancia a las gemas creadas. El resto se evapora y las lágrimas se ponen tan tenues, tan transparentes, que un choque mínimo bastaría para provocar su explosión. No me atrevo a confiar su manipulación al mejor de nuestros obreros, pues el menor olvido produciría un accidente mortal.

Y, viendo los ojos del médico fijos curiosamente en él, el ingeniero entró en algunas explicaciones sumarias sobre el secreto de la fabricación de las piedras. Dijo la peligrosa potencia de aquellos glóbulos de aspecto inofensivo y qué fuerza de radioactividad se aislaba en la frágil cáscara de aquel vidrio, descubrimiento él solo tan admirable como el de la influencia inductiva, a que era debido el nacimiento de las piedras preciosas.

Lo que no dijo ni podía decir, atado por su palabra a Magos, era que había recibido de éste las maravillosas lágrimas de transmutación. Gerardo no había moldeado otras nuevas. El prodigio realizado era debido enteramente a las que había traído del Pallet. En ellas solamente residía la fuerza generadora. El arco eléctrico y los hornos de alta temperatura no eran más que los accesorios de la gran obra...

Ahora bien, de las seis perlas que había traído, cuatro habían dado ya toda su esencia, transformándose en aquellos rubíes y en aquellas esmeraldas que acababan de admirar Arona y Vaubray.

Quedaban dos, dos solamente. Para continuar el milagro, era indispensable que Magos sacase otras de sus propios crisoles.

Hacía un mes que Gerardo había vuelto de la orilla del Sevre. En sus frecuentes cartas, Gerardo había puesto al corriente a su Maestro de los resultados obtenidos y no le había ocultado su embarazo ante el desgaste rápido de los globos generadores. Aquello era una llamada discreta a su complacencia, una demanda velada a su generosa ciencia.

¡Cosa singular! Magos se había hecho el sordo y no había parecido comprender la angustia del joven, reducido a confesar su propia impotencia a su principal cuando la última perla hubiera desaparecido como las precedentes.

Sin embargo, en la mañana de aquel mismo día, Gerardo había recibido una carta de Sibila diciéndole: «Regocíjate, volvemos a París el quince. Mi padre se ha interesado vivamente por tu descubrimiento y quiere ver por sus propios ojos su realización.»

Y el joven se había tranquilizado. Si Magos volvía a París con el deseo de ver la operación «con sus propios ojos», no tenía él derecho para pensar que el sabio le negaría el socorro sin el cual la transmuta-

ción era imposible. Gerardo, pues, había reunido los elementos secundarios, los diversos óxidos de aluminio que darían la materia de las gemas en el momento de su contacto con el carbono puro.

Así fue que expuso al médico con gran calma y lucidez los principios de su método y las diversas fases de la operación.

Arona le interrumpió:

-En todo eso, querido Herbault, queda un punto oscuro en mi pensamiento. Le he visto a usted producir el aluminio y meter en el horno los cristales con las perlas. ¿Pero en qué momento ha obtenido usted las perlas mismas, después de cargadas de carbono?

Aquello era tocar al joven en el punto débil y particularmente sensible. Por fortuna, Gerardo había podido estudiar en el Pallet el procedimiento metódico de Magos. Lo único que ignoraba era el origen del metal radiante, de la misteriosa substancia en que el prodigioso inventor había fijado las propiedades del cuerpo simple generador. Pero este detalle lo ignoraba Arona aun más que él, puesto que no sospechaba ni la existencia misma del fabuloso precipitado.

Salió, pues del paso enunciando una teoría de la que él era inventor y que no carecía de verosimilitud. No había tenido tiempo ni ocasión de experimentarla, pero nada hacía suponer que no fuera concluyente:

-Pues bien -exclamó el barón con alegre bondad, -puesto que tendremos una veintena de gemas la semana próxima, quiero que celebremos nuestro descubrimiento con una fiesta íntima, pues acaso sería imprudente poner a mucha gente en el secreto antes de tiempo. Le invito a usted desde ahora, querido Vaubray, y a usted, mi querido Herbault, le ruego que apoye la demanda que voy a dirigir al padre de su encantadora prometida para que tome parte en nuestro júbilo. Usted escogerá las más hermosas piedras para ofrecérselas a la señorita Sibilla, y yo me encargo de confeccionar el estuche.

La velada dio fin con estas palabras y Vaubray se retiró al mismo tiempo que Gerardo.

Al día siguiente, al presentarse en casa del barón, Gerardo fue acogido con esta pregunta muy natural:

-Ahora que caigo, le he dado a usted diez lágrimas de vidrio. ¿Las ha empleado usted todas?

-No -respondió Gerardo, -me quedan dos.

-¡Dos! -exclamó Arona. -Pero, entonces, le es a usted imposible continuar la operación, puesto que con las otras ocho no se han producido más que las gemas que están aquí.

Y designaba el estuche.

A Gerardo le cogió aquello desprevenido.

-Es verdad -dijo, -no lo había pensado.

-¿Cuánto tiempo le hace a usted falta para constituir otras nuevas?

El joven vaciló.

-¡Diablo, es difícil fijar un plazo! Si tuviera los glóbulos de vidrio, podría empezar a cargarlos en seguida. ¿Dónde toma usted esos glóbulos?

El barón, a su vez manifestó una viva contrariedad. Y se puso a pasear por el salón dominado por una especie de cólera.

-Dónde,... dónde ... Ahí está el problema. Las perlas que le he dado a usted, las tenía hacía doce años y todavía no fui yo quien las adquirió. Habían sido fundidas por encargo y con las indicaciones precisas de mi químico de entonces, de aquel desgraciado joven cuyo experimento salió tan mal. El constructor era un vidriero veneciano. Si estuviera seguro de que ese vidriero vivía aun y poseía la fórmula del temple particular de ese vidrio, no vacilaría en enviar a usted o en ir yo mismo a Venecia, mañana en el primer tren.

-¿Ha conservado usted las señas de la casa de ese vidriero? -preguntó Gerardo encantado de encontrar aquella ocasión de ganar tiempo hasta la vuelta de Magos.

-Debo de haberlas conservado -respondió el barón.

-En ese caso, estoy a sus órdenes si quiere usted que yo vaya. Creo que no necesitaré más de ocho días para ir y venir, a condición de que la confección de las perlas no exija más tiempo.

-Está bien -dijo Arona. -Se marchará usted mañana. Eso sí, me dejará usted las dos perlas que quedan. Nunca son bastantes las precauciones con tan peligrosas substancias.

Gerardo no había tenido tiempo más que para correr a su casa a hacer la maleta, a fin de tomar al día siguiente el rápido de la mañana por la línea de Módena, Turín y Milán. Entregó, pues, al barón la llave del cofre de acero en que estaban encerradas las terribles perlas y que dejaba siempre en el despacho contiguo al laboratorio de Saint-Mandé. Arona le confió un libro de cheques para el pago de su encargo, al mismo tiempo que un billete de mil francos para los primeros gastos de viaje.

Herbault se marchó contento, pues aquella ausencia de ocho días le salvaba de una confesión de importancia. Era el 7 de junio, y el 15 estaría en París el padre de Sibila, trayendo sin duda las cuatro perlas generadoras que había guardado en el Pallet. Después, las lágrimas vacías que el químico recibiría de Venecia serían cargadas a su vez según las necesidades del laboratorio.

Púsose, pues, delante de su mesa y escribió a Sibila una carta breve, pero llena de amor y rebosando esperanza de verla muy pronto.

Pronto estuvieron hechos sus preparativos de viaje. Se acostó temprano, se levantó con el alba y un coche le llevó rápidamente a la estación de Lyon.

Ahora bien, mientras Gerardo caminaba hacia Italia, Arona, se fue en automóvil a la oficina de Saint-Mandé, penetró en el despacho del ingeniero y abrió el cofrecillo de acero en que estaban encerradas las dos últimas perlas.

Al levantar la tapa de la caja y hundir los dedos en el aserrín que la llenaba, el miserable estaba agitado de un temblor convulsivo. Sus dedos encontraron un cuerpo esférico de superficie escurridiza y sintieron rodar el glóbulo en el aserrín insuficientemente húmedo. Pálido y con los cabellos mojados en un sudor frío, Andrónico Teukros retiró la peligrosa lágrima y, cuando la tuvo en la palma de la mano, la contempló con espanto.

-La muerte -balbució, -es la muerte lo que está encerrado en este vidrio.

Temblaba y la perla rodó en su mano. Instintivamente, cerró los dedos.

-Me he comprometido a regalar el estuche murmuró.

Oyóse en su garganta una risa sorda, sacó del bolsillo una caja de cartón forrada de algodón en rama, colocó en ella el glóbulo infernal y lo envolvió todo en un papel.

Después de lo cual, se metió la caja en el bolsillo y salió del laboratorio movido por un estremecimiento convulsivo y llevando en el alma el demonio que impulsa al asesinato a los lanzadores de bombas.

XIV

EL ESTUCHE

Arona estaba leyendo por tercera vez la carta que acababa de recibir.

Gerardo le escribía desde Venecia:

«Decididamente, la suerte nos favorece. La casa Luca Morti sigue existiendo y su director es el mismo que hace doce años. Me ha recibido muy amablemente y se ha acordado muy bien del encargo que le fue hecho por el señor Lambel, ignorando que estuviese al servicio de usted. Cuando le dije el resultado fatal del experimento, pareció sorprendido y exclamó:

->Bien se lo había advertido al señor Lambel. Nuestras perlas se desgastan evidentemente, como todas las cosas del mundo y más de prisa cuando el contenido es corrosivo. Pudo, sin embargo, garantizar su impermeabilidad durante un año por lo menos. Previne a aquel pobre señor, del peligro que habría dejándolas en las inmediaciones de ciertas substancias, tales como la sal marina o el alcohol a cincuenta grados, que hacen la envoltura quebradiza y pulverizable. Debíó, sin duda, de descuidar esta precaución.

»Al hablarme así me presentó un juego de perlas de diversos calibres y me declaró que desde entonces había mejorado considerablemente, el temple de su vidrio. A ciertas preguntas que le hice acerca de las dimensiones de algunos de estos globos, que llegaban hasta dos centímetros y medio de diámetro, pareció sentir confusión y me respondió evasivamente que aquellas esferas estaban destinadas a recibir poderosos explosivos utilizados en las minas y en las canteras. Limité a esto mis preguntas, temiendo adivinar que aquellos globos servían para un uso mucho menos pacífico, pero mi misión no era conocer las diversas industrias de la casa Morti. Después de todo, esta casa no haría

ni más ni menos de lo que hacen las grandes fábricas en que se confeccionan los *schrappnells* y los obuses de melinita.

»Estamos, pues, advertidos. La vecindad de ciertas substancias es funesta para las perlas y, puede determinar su explosión imprevista. Tendremos que aislarlas de todo contacto peligroso.

»Como la casa puede venderme un número suficiente de perlas ya preparadas, no estaré aquí más que el tiempo indispensable para su comprobación en el crisol. Esta comprobación no exigirá más de veinticuatro horas; cuente usted, pues, que estaré en París el 16 lo más tarde»

El Barón dobló la carta y la colocó en una papelera de limoncillo. Después murmuró entre dientes:

-Sal marina o alcohol a cincuenta grados... Habría que saber aun en cuanto tiempo operan estas influencias.

En este momento llamaron a la puerta. Era un criado.

-Un caballero desea hablar con el señor Barón.

-¿Quién es ese caballero? -respondió el Barón sin volverse.

-Dice que el señor Barón ha estado en su casa y le ha mandado venir hoy a enseñarle modelos de estuches.

-Es verdad; lo había olvidado. Hágale, usted entrar aquí mismo.

El doméstico introdujo al estuchista, que traía diversos modelos de cajas de joyas.

Y el comerciante mostró su mercancía al comprador eventual. Había en el número algunos estuches de hermosa piel muy bien preparados y guarnecidos. Arona, sin embargo, no pareció satisfecho.

-¿Es esto lo mejor que tiene usted? -preguntó.

-Señor Barón -respondió el industrial, -no he traído más que los artículos corrientes, los modelos del comercio. Evidentemente, hay algo mucho mejor.

-Pues bien, es ese algo mucho mejor lo que me hace falta. Quiero un tipo creado especialmente para mi capricho, pues se trata de un regalo que deseo hacer a una señora.

Y dio sus indicaciones. Quería una caja de forma elíptica u ovooidal, de doble compartimiento y que permitiera colocar seis piedras de

bastante grandes dimensiones. El estuche debía cerrarse por medio de un muelle exterior para el primer compartimiento y de un muelle interior para el segundo. El objeto sería de confección lujosa, tanto por la mano de obra, como por la calidad de los tejidos empleados.

El industrial, que era artista en su oficio, dibujó en el acto un proyecto y se le sometió al Barón, que se declaró encantado. Pidió ocho días para ejecutarlo y fijó el precio en quinientos francos.

Arona aceptó el precio, pero exigió que el plazo fuera disminuido en dos días. El proveedor acabó por prometer que entregaría el encargo a fin de semana, y se retiró.

El Barón se quedó entonces solo ante sus pensamientos y también ante la perla que había traído de Saint-Mandé dos días antes.

La había encerrado en su caja de cartón en el escritorio, y quiso volverla a ver.

Con las mismas precauciones que en el día en que la cogió, la puso en la mesa y la examinó.

¿Era verídico el testimonio de sus ojos o se permitía su imaginación exageraciones visuales? Le pareció que la perla cambiaba de color y que su transparencia aumentada, dejaba ver el cuerpo líquido que le daba sus aguas. Temblando, hizo rodar el glóbulo por su cubierta de algodón y le pareció que, en el centro acuoso contenía un vacío, debido, sin duda, a la disminución del carbono.

Para que se hubiera producido la evaporación, era preciso que la pared se hubiese adelgazado de un modo amenazador.

Arona pensó que se había hecho más sensible al choque, pero no fue ese su más vivo temor, sino el de que la perla se vaciase enteramente de su contenido fulminante antes de que él hubiera podido utilizar su potencia mortífera.

¿Cómo prolongar su existencia? ¿Cómo hacerla durar hasta la hora en que debía realizar su misión de muerte?

No tenía ese poder, puesto que ignoraba su composición. En el momento mismo en que estaba meditando su siniestro designio contra Magos y contra el ingeniero, era éste último el que debía preparar su realización. Porque él creía obtenido aquel carbono líquido por proce-

dimientos de su empleado y le era forzoso esperar que Gerardo estuviese de vuelta para que preparase nuevas perlas, nuevas armas destinadas a matarle.

El día se pasó en esa duda abominable. Por la tarde el Barón salió del hotel y se fue solo a pasear a pie hacia la calle Spontini.

Impulsado por su impaciencia, pasó el umbral de la casa de Magos, se informó por el portero y supo que sus inquilinos debían estar en la casa dos días después. Esto ya lo sabía por Gerardo.

A los tres días, estaba de vuelta el ingeniero como lo había anunciado, trayendo una centena de glóbulos dispuestos para ser cargados. Tenía una cara en la que se leía la felicidad con letras mayúsculas, y cuando Arona lo felicitó por ello, Gerardo dejó hablar a su corazón.

-¡Ah, señor Barón! -exclamó, -cuanta gratitud y abnegación le debo... Asociándome a su empresa, ha apresurado usted el momento por el que suspira todo mi ser. Hoy, nada puede ya retardar mi matrimonio.

El levantino se estremeció. Su odio se exasperó al pensar en aquella dicha próxima.

¿De modo que urdiendo la horrible trama en que quería coger al mismo tiempo al padre y el prometido de la mujer ambicionada, no había hecho más que adelantar la hora en que Gerardo conduciría a Sibila al altar? ¿Era, pues, para eso para lo que había trabajado?

No, eso no podía ser. Tenía en la mano el arma fulminante que debía aniquilar esos proyectos para el porvenir, esos sueños de amor. Tenía que usarla sin tardanza.

Herbault acababa de decirle:

-Figúrese usted que he hecho una singular observación. De las dos perlas que nos quedaban cuando fui a Venecia, no queda más que una. La otra ha debido de volatilizarse en la caja a pesar de mis precauciones. Es urgente preparar otras nuevas si queremos continuar nuestra producción.

-¡Bah! -respondió Arona afectando indiferencia, -tiempo tenemos. Lo más urgente -y tengo en ello empeño,- es que pueda usted ofrecer esas primeras gemas a la señorita de Magos. Le dará usted, pues, cua-

tro de las más hermosas entre las que hemos ya obtenido. Dentro de tres días estará dispuesto el estuche.

-¡Oh! -dijo el joven, -estoy confundido de tanta amabilidad. Sibila no aceptará ese regalo tomado de la primera... recolección.

¡Sibila! La llamaba por su nombre de pila, con esa dulce familiaridad nacida de una larga y profunda ternura. Arona concibió al oírlo más odio todavía y la fiebre del crimen le quemó más la sangre.

-De ningún modo -exclamó. -No quiero que la señorita Sibila rehúse y lo consideraría como un desaire. Dígaselo usted de mi parte. Para no dejarle tiempo de reflexionar, voy a invitarla, con su padre, a venir a pasar aquí la tarde un día de la semana próxima. Y ruego a usted, querido Herbault, que insista con el señor Magos para que acepte la invitación.

El joven no se atrevió a contrariar aquel deseo. Prometió apoyar la demanda, y al día siguiente, trajo la aceptación. Magos y Sibila consentían en pasar la tarde en el hotel de Arona donde los esperaba una sorpresa agradable.

El Barón tuvo una horrible alegría. Su plan estaba elaborado hacía mucho tiempo. Si él hubiera creído en la existencia de los espíritus del abismo, les hubiera dado las gracias por haber secundado tan bien sus designios.

No solamente Herbault no había echado de ver la substracción de la perla, sino que, para explicar su ausencia, había supuesto su disolución íntegra. No sospechaba que aquella estaba en manos de un criminal y que iba a servir para el crimen.

Ahora bien, en los cinco días que llevaba estudiando con el microscopio el glóbulo de vidrio templado, Arona había logrado conocer mejor su constitución, y dándose cuenta de que un choque muy pequeño bastaba para determinar la rotura, y en lo que se ocupaba asiduamente era en asegurar ese choque.

El matar a Claudio le había costado menos trabajo. El hermano de Raimundo, había cometido la imprudencia de decirle el secreto de la fragilidad de las lágrimas saturadas, y él había utilizado ese secreto. Su mano de asesino había mezclado dos de las perlas cargadas con las que

estaban aun vacías, y probando su elasticidad el joven sabio había determinado la rotura fulminante.

Esta vez no se ofrecía el mismo medio a Andrónico Teukros. Sabía que Gerardo estaba advertido, puesto que era el mismo Gerardo quien había cargado las perlas. Si encontraba ésta, que había creído disuelta, el químico descubriría la infame maquinación y deduciría naturalmente la premeditación del crimen. El levantino había provisto la hipótesis y a fuerza de refinamientos ingeniosos había logrado perfeccionar el instrumento de muerte.

El estuche, que le fue entregado en la fecha convenida, estaba combinado en consecuencia. Inofensivo en apariencia, llevaba en su doble fondo un espacio hueco en el que sería colocada la perla. Pero para abrir ese segundo compartimiento hacía falta ejercer una presión en el muelle central. Y esa presión, obrando sobre el glóbulo interpuesto, determinaría la explosión.

Pero aquí surgía la mayor dificultad del problema.

¿Qué mano tendría la primera el estuche mortal? ¿Qué dedo se apoyaría en el botón de oro del muelle?

Era a Sibila a quien se dirigía el regalo, y, sin embargo, era necesario que no fuese Sibila la que abriese la caja fatal.

Con infernal precisión, Arona examinaba las probabilidades y las hipótesis. Era preciso que todo se dispusiese de tal suerte que Gerardo estuviese obligado a oprimir el muelle. Para obtener este resultado, el mismo Andrónico hizo el experimento del estuche.

El muelle era duro y exigía una presión bastante fuerte, más propia de dedos de hombre que de una mano de mujer.

El Barón llamó al ingeniero y le enseñó la soberbia envoltura destinada a las piedras.

-Esto ha sido fabricado un poco do prisa -explicó, -pero con el uso se ablandará el muelle y funcionará más fácilmente. Tomará usted, pues, consigo la caja y la probará en su despacho antes de entregársela a la señorita de Magos. Se lo enviaré a usted mañana para que conozca el mecanismo a fondo.

No extrañó a Gerardo tanta solicitud por un detalle tan insignificante. Sabía que su principal era minucioso y hasta maniático en ciertas prácticas, y se conformó con el programa tal como le trazaba Arona.

Esto ocurría el miércoles, es decir, la víspera del día en que se debía dar en el hotel la fiesta íntima a que el fastuoso señor había convidado a Magos, a su hija, al doctor Vaubray y unos cuantos amigos escogidos.

Esta fiesta se celebraba por la tarde y Gerardo había podido admirar los preparativos y el orden. Sería magnífica en su marco de intimidad. El Barón sabía hacer siempre bien las cosas.

Pero por la mañana Gerardo iba a recibir en Saint-Mandé la visita de Magos. El sabio y su discípulo estaban citados.

-Oiga usted lo que haremos -había dicho Herbault. -Hasta las doce, tendrá usted tiempo de comprobar mis trabajos y de visitar el laboratorio. Iremos a almorzar a cualquier parte de los alrededores, en una fonda de la plaza de la Nación o de Vincennes, después de lo cual nos iremos juntos a casa de Arona, donde seremos esperados.

-Está bien -respondió el sabio. -Iré mañana a su laboratorio a eso de las diez. Esté usted dispuesto a hacérmelo ver todo por la mañana, puesto que por la tarde no estaremos libres.

XV

EL LAZO

Sibila estaba en su cuarto dando la última mano a su atavío, con el corazón y la cara llenos de júbilo. Acababa de saber, por la boca misma de Gerardo, que la hora de su felicidad había llegado.

El joven no había precisado nada todavía, pero lo poco que ella sabía de las experiencias intentadas por su padre y por su prometido, estaba instruida de que había salido enteramente bien. No había deseado jamás la opulencia, pero bendecía esa fortuna que venía a ella para coronar sus esperanzas y hacer al fin posible su unión, único objeto de sus sueños.

Nada había más puro que su pensamiento; ningún cálculo, ninguna idea de lucro empañaba su inocencia. No veía en aquel favor del destino más que la realización de su sueño y si por extraordinario su mente ingenua se fijaba en los nuevos recursos puestos a su disposición, no era más que para calcular el número de dichosos que podría hacer entre los desheredados de la vida.

Se sentía tan naturalmente buena y tan dichosa de serlo, que repartía su ternura entre todo lo que la rodeaba. Hasta aquel hombre, aquel barón de Arona que en otro tiempo le daba miedo y le inspiraba una verdadera aversión, ahora le inspiraba cierto cariño y se acusaba en su conciencia de los juicios temerarios que había hecho sobre él.

Su tío la había dejado por la mañana para ir a la cita de Gerardo, y Sibila sabía que debía reunirse con ellos en el hotel de Arona.

No se sorprendió, pues, cuando Yvona le dijo lacónica y familiarmente:

-Hijita, vienen a buscarte. Una señora te espera en el salón.

La joven no notó la alarma singular que indicaba la cara de la bretona, cuya mirada vaga y profunda parecía seguir en torno de su «hija», los movimientos de alguna mala atmósfera.

Sibila estaba dispuesta para salir. Fue, pues, al encuentro de la visitante, y se encontró en presencia de una señora de unos cincuenta años y aspecto respetable, que se nombró en seguida. La señora de Langal, mayordomo del Barón de Arona. La de Langal había recibido de éste la misión de ir a buscar a Sibila y ésta no tenía más que bajar con ella. El automóvil del señor Barón estaba en la puerta.

Advertida por su tío y por Gerardo, Sibila respondió amablemente que daba las gracias a la de Langal y al señor Barón de Arona por la atención que tenían con ella.

Como aquella mujer había anunciado, el coche estaba delante de la casa. Era una magnífica berlina de ocho asientos, cristales biselados y guarniciones de latón. Un lacayo con librea color de garbanzo y vivos azules estaba sentado al lado del maquinista.

Cuando las dos viajeras se colocaron en la mullida rotonda, el lujoso vehículo dio la vuelta con un rápido chisporroteo, echó a andar y se deslizó con un movimiento tan dulcemente uniforme, que no parecía que rodaba.

No empleó más que cinco minutos desde la calle de Spontini hasta el próximo hotel de la Mulette.

El maquinista tocó la trompa, el gran portal se abrió de par en par mecánicamente, y Sibila tuvo una entrada semejante a la de una princesa o una hija de millonario. En el primer escalón de la escalinata, cubierta de una soberbia alfombra, fue recibida por otro lacayo igualmente de gran librea. Un tercero la introdujo ceremoniosamente en el salón, donde la de Langal la entregó en manos de una camarista que la desembarazó del abrigo y la hizo pasar a otro salón de aspecto íntimo.

La jovenno pudo menos de sentir cierta sorpresa. La pompa un poco tiesa de aquella recepción empezaba a molestarla. Preguntábase además por qué no había visto aun a su tío y a su prometido.

Entonces interrogó a la doncella respecto de esto.

-Esos señores -le respondió, -no han llegado todavía, pero no pueden tardar. Tampoco el señor Barón está en el hotel. Ha tenido que salir un momento y ruega a la señorita que tenga la amabilidad de dis-

traerse con los libros y vistas fotográficas de que hay aquí una interesante colección.

Dicho esto, la doncella hizo traer un magnífico estereoscopio, cuyo mecanismo explicó a la joven. Al mismo tiempo, colocaron delante de ella una mesa de palo de rosa llena de golosinas y de frutas, además de unas copas de cristal llenas de champagne y de jarabes helados.

La doncella se inclinó muy amablemente designando las diversas bebidas.

-Escoja la señorita la que prefiera.

Ocurrió que Sibila tenía mucha sed. El día había sido cálido y acababa de recorrer aquella distancia bajo un ardiente sol de verano. No rechazó, pues, el ofrecimiento de los refrescos y escogió una limonada que se puso a saborear voluptuosamente.

Mientras tanto la doncella se había retirado con discreción. Y la joven, ya sola en el lujoso saloncillo, se acercó al aparato y se puso a hacer girar el botón que hacía mover las vistas.

El estereoscopio estaba provisto de un juego de espejos que hacía convergir los rayos luminosos en las placas translúcidas, dando relieve y vida a los menores detalles de los paisajes reproducidos. Estaban éstos tomados de las cinco partes del mundo y mostraban las cimas del monte Blanco como las del Elbrouz y del Gaurishankar, los Cañones del Colorado y las gargantas del Fier, el lago Victoria y el lago Mayor. Por una atención particular, el Barón había dado un lugar de preferencia a este último, tomado especialmente para dar relieve a la población de Arona.

Sibila se interesaba ante aquella exhibición de estampas. Nunca había salido de Francia desde los días lejanos en que su madre la trajo de Constantinopla, y desde las orillas del Sevre a las del Sena, no había encontrado más que dos ciudades, Nantes y París. Y aun de éstas no conocía más que lo que había podido descubrir en sus paseos del brazo de su tío.

Aquel rápido viaje de los ojos era, pues, una maravilla para su ingenuidad, y le causaba el mismo placer que hubiera podido producir a un niño pequeño.

De repente cambió el espectáculo y se ofreció a su vista un agua llena de espejismos que bañaba terrados y casas bordadas de huecos transparentes. Los minaretes subían al cielo como agudas flechas y un gran edificio dominaba a una ciudad populosa de cúpulas redondeadas y múltiples, sobre las cuales se erigía la media luna del Islam. Y Sibila conoció el Bósforo y el Cuerno de Oro, y el templo, convertido en mezquita, de Santa Sofía; la joven reconoció a Constantinopla.

Pero no reconoció estas cosas por haberlas visto en los grabados y en los libros en que se las describe; tuvo la sensación de revivir a su contacto un pasado lejano y oscuro de su propia vida, de encontrarse en un país en que se había deslizado su infancia. La joven había recorrido aquellas vías y navegado en aquellas aguas. Latentes impresiones subían del fondo ignorado o más bien olvidado de su memoria.

Al pronto experimentó una especie de estupor. La reproducción de estas impresiones la hacían volver a entrar en esa existencia anterior que la imagen había renovado. Y tal fue la intensidad de aquella vuelta hacia atrás, que la joven perdió hasta la noción de las cosas presentes y del medio nuevo en que vivía. Una reacción contra el vértigo la arrancó del objetivo. La joven retrocedió y fue a sentarse en un ancho y blando sillón.

¿Sería la impresión del pasado? Sibila sintió una turbación extraña. Le pareció que veía lo que le rodeaba a través de una bruma luminosa en la que se fundían los contornos de los objetos. Una especie de niebla mezclaba, los paisajes así reanimados de otro tiempo con los de la vida actual. Sus pupilas divagaban y sus párpados poníanse pesados al mismo tiempo que un dulce sopor embotaba sus miembros.

Sibila luchó un instante con aquella influencia, pero había en aquel sueño repentino una irresistible voluptuosidad. La cabeza de la joven vaciló sobre los hombros. Quiso levantarse, apenas asustada por aquella soñolencia imprevista, pero volvió a caer en la butaca. Su frente tocó el almohadillado de seda; mientras los ojos se cerraban. El aliento que subía de su pecho era regular y tranquilo y no revelaba ninguna falta de salud. Dormía apaciblemente, sin desconfianza, como hubiera dormido en su cama de virgen.

De pronto, enfrente de ella, se levantó una cortina, impulsada por una mano vacilante, una mano de hombre. El dueño de la casa entró en el saloncillo, de puntillas al principio, con el aspecto furtivo del criminal que teme ser descubierto. Y cuando estuvo delante de la niña dormida, el Barón de Arona, se detuvo.

XVI

EL LABORATORIO

Gerardo guiaba a su maestro por las diversas salas del laboratorio, y le mostraba su disposición y arreglo, no teniendo gran cosa que explicar a un hombre cuya ciencia era muy superior a la suya. Raimundo ponía una verdadera condescendencia en dejarse iniciar por el joven en los detalles mecánicos de ciertas operaciones. Magos interrogaba a los obreros, unos cien en total, que colaboraban a la fabricación de las piedras artificiales, y el sabio los asombraba por la precisión de sus preguntas. Algunas veces, sin ninguna tesis doctoral, pero con la autoridad del saber, que se impone sobre todo a los que ya saben, emitía un parecer susceptible de mejorar o de facilitar la producción. Se lo escuchaba con admiración creciente. Y llegó un momento en que la admiración se convirtió en una especie de estupor, cuando el padre de Sibila expuso a los trabajadores un procedimiento nuevo para obtener la alúmina pura, y dio la primera aplicación por medio del arco eléctrico.

El tiempo pasaba a todo esto, en medio de aquellas conversaciones prácticas, y Gerardo dióles fin llevándose a Magos a su despacho. Tenía necesidad de estar solo con él para presentarle su petición.

-Mi querido maestro -le dijo algo tímidamente, -tengo que recordar a usted ciertos pasajes de sus cartas a los que por distracción sin duda, no ha respondido usted.

Raimundo sonrió.

-Mi querido Gerardo, si no he hablado de las peticiones veladas que usted me dirigía en sus cartas, no es porque no me haya fijado en ellas. No he querido dar a usted el medio de aumentar la fortuna de un hombre que no tiene derecho alguno a tal aumento, en el que no entra para nada su industria.

-¡Ah! -dijo el joven impresionado por el tono de severidad, tan diferente de su mansedumbre habitual, en que el sabio había dicho estas palabras.

-Sí -continuó Magos, -me ha escrito usted que había logrado obtener piedras verdaderas con los elementos que yo había puesto a su disposición, o sea con las perlas cargadas de carbono líquido que se trajo del Pallet; y añadía que no teniendo ya más que dos perlas para producir nuevas gemas e ignorando el medio de obtenerlas, estaba usted amenazado de tener que hacer una confesión que le haría mucho daño en el ánimo de su «principal». ¿Es a eso a lo que alude usted?

-A eso mismo -afirmó Herbault.

-Ha debido usted de encontrar que me mostraba muy indiferente respecto de su apuro y acaso, en sus adentros, me lo haya usted reprochado.

-No, querido maestro. No ha pasado por mí la idea de quejarme porque usted no quisiera darme una nueva prueba de su liberalidad.

Raimundo se calló durante unos segundos y dijo después:

-¿De modo que ha agotado usted las perlas?

-He empleado cuatro de las diez.

-Bien. ¿Y cuántas piedras ha obtenido usted?

-Seis.

-Han hecho falta, pues, cuatro lágrimas de carbono para seis corindones. ¿Puede usted enseñarme esas piedras?

Gerardo pareció confuso, pero poco tiempo.

-Puedo enseñárselas a usted, querido maestro, pero le ruego que me guarde el secreto.

-¿El secreto?...

Herbault tocó el timbre y el mozo de la oficina se presentó.

-¿No ha venido un paquete para mí de parte del señor de Arona?

-Sí, señor. Lo he metido en el cajón de esta mesa -respondió el mozo designando con el dedo el sitio en que había puesto el envío.

Gerardo abrió un cajón de su escritorio y sacó un paquete cuidadosamente envuelto en papel de seda y atado con cintas azules. Después explicó:

Sí, el secreto. Estas piedras, cuatro de ellas al menos, están encerradas en un estuche de lujo que Arona quiere ofrecer a Sibila por mi mediación. Debo llevarlas a su casa de usted, donde yo abriré el estuche ante la vista de la interesada, a no ser que usted quiera hacerlo usted mismo.

-En ese caso, querido Gerardo, nada nos impide mirar las piedras antes de llevarlas. Todo será volver a hacer el paquete y los lazos de cinta, aunque no lo hagamos con tanto arte.

Mientras hablaba, había deshecho el lazo y desenvuelto el paquete. El estuche apareció, soberbio, mostrando el relieve de las iniciales de oro enlazando la H de Herbault con la M de Magos.

-Es un hermoso estuche -dijo gravemente Raimundo.

Oprimió el muelle y se levantó la tapa dejando ver las piedras incrustadas en sus lechos de felpa.

-El sabio tomó primero el rubí y luego el zafiro, los examinó por transparencia y admiró la claridad de su agua.

-¡He aquí un magnífico resultado! -dijo moviendo la cabeza. -Si no hubiera visto nacer estos corindones en estado incoloro en mi propio crisol, si no hubiera cargado las lágrimas de carbono que les han infundido la luz, creería que no había aquí más que prestidigitación y superchería. Es maravilloso.

Volvió a colocar las piedras en sus alvéolos, y preguntó:

-¿A qué temperatura ha sometido usted las piedras y las lágrimas en el momento de la inducción fluorica?

-A mil quinientos grados para el rubí y mil doscientos para el zafiro.

-¿Y cómo se han portado las lágrimas?

-No puse más que dos en el primer crisol y se volatizaron por completo.

-Dos lágrimas para dos piedras... Es mucho. ¿Y han bastado las otras dos para las cuatro gemas?

-Sí. Hemos vacilado porque era el primer experimento que intentaba y he tenido que hacer un gasto inútil.

Magos interrumpió la conversación.

-Vamos a almorzar -dijo. -Es cerca de la una.

Gerardo condujo al sabio a una modesta fonda de los alrededores en la que él tomaba sus comidas cuando el trabajo urgente no le daba tiempo para ir a Passy.

Comieron muy de prisa y sin hablar.

El sabio parecía preocupado y su mirada vaga se absorbía en la persecución de alguna imagen que representaba un pensamiento laborioso. Apenas había acabado el frugal almuerzo, se llevó al ingeniero con una especie de impaciencia. Y en cuanto volvieron a estar en el laboratorio, reanudó la conversación en el mismo punto en que la había interrumpido.

Con los ojos obstinadamente en el estuche, interrogó al joven con palabras nerviosas.

-Cuatro lágrimas empleadas; deben, pues, quedar dos.

-Dos quedaban en efecto, pero durante mi viaje a Venecia las dejé al cuidado del barón y a mi vuelta no encontré más que una en el aserrín que las envolvía. La segunda se había evaporado.

-¿Está usted seguro de eso, Gerardo?

El joven hizo un gesto evasivo.

-Todo lo seguro que se puede estar en este caso. He tenido que adoptar esa explicación a falta de otra.

-Había una, sin embargo, más verosímil.

-¿Cuál?

-La de que se haya substraído la perla.

-¡Substraído! ¿Quién? ¿Y para qué? -Nadie tenía interés en robar ese glóbulo peligroso. Nadie sabía su existencia. más que el barón y yo.

Gerardo estaba turbado. Aquella duda de Magos y su insistencia en interrogarle le llenaban de malestar por lo mismo que no comprendía la insistencia ni la duda.

Estuvieron en silencio un momento y, por fin, Raimundo planteó una nueva cuestión.

-¿Quiere usted enseñarme la lágrima que queda?

Gerardo se dirigió al cofre de hierro y sacó la caja llena de aserrín que el padre de Sibila le había dado en el Pallet. Magos cogió el glóbulo y lo examinó con el microscopio.

-En efecto -dijo, -hay disminución de carbono y el cristal presenta trazas de erosiones. Pero esa disminución es relativamente mínima. Hace dos meses que le entregué a usted estas perlas y debían durar seis por lo menos. Esta, tiene aun para un trimestre.

Y añadió, acabando su razonamiento:

-Es, pues, materialmente imposible que el segundo glóbulo se haya volatilizado, sobre todo si no ha salido de esta caja y no ha sido puesto en contacto ni con gemas ni con sal marina ni con alcohol. Y si no se ha volatilizado, es que ha sido sacada de esta caja por la mano de un hombre.

Decía Magos esto con una voz dura que Gerardo no le conocía.

Y en su mente se insinuaba como un temor de que aquel hombre superior, cuyo genio admiraba, hubiese sufrido en su cerebro una alteración análoga a la de los glóbulos.

Pero esta duda no tomó cuerpo, y se disipó en cuanto Raimundo, levantando la pálida cara en la que corrían gotas de sudor, le dijo poniendo en su puño una mano agitada de temblor nervioso:

-Gerardo, le he traído a usted del Pallet las cuatro últimas perlas cargadas y podemos probar los vidrios que ha comprado usted en Venecia. Pero creo que esta prueba será inútil. ¿Para qué fabricar piedras cuando la naturaleza las elabora con menos gasto en los crisoles de sus entrañas? Falsificando la creación, el hombre no logra más que materializarse él mismo.

Gerardo, el verdadero, el gran descubrimiento que acabo de hacer es más grande que todos los que pudieran enorgullecerle. Ha hecho usted bien de enseñarme este estuche. Entre las cuatro gemas que contiene, se oculta otra piedra infernal, la piedra del crimen y de la muerte.

-¿Qué quiere usted decir? -exclamó el joven a quien estas palabras singulares y apocalípticas hacían caer en su incertidumbre.

Magos le señaló la lujosa caja en que se enterraban las cuatro piedras.

-Mire usted este estuche. En el centro, entre las joyas, hay un segundo botón de oro a presión, que, sin duda, abre un segundo compartimiento.

-Sí, lo veo. Es una sorpresa que ha querido prepararnos el barón.

Una risa silenciosa separó los labios de Magos.

-¿Una sorpresa? En efecto, una sorpresa terrible. ¿Ha visto usted muchos estuches como éste. ¿No me ha dicho usted que está destinado a Sibila?

-Así es, y reconozco que nunca he visto estuche de alhajas que se parezca al que tenemos delante.

-Pues bien, Gerardo, escuche usted bien lo que voy a decirle. Usted ha creído en la volatilización de la segunda lágrima, igual a la que queda; yo he supuesto que le había sido a usted robada; y oiga usted lo que añado a mi declaración. La perla cargada de carbono no está disuelta. Está aquí, en este estuche, debajo del muelle de este botón, y el que oprima este muelle morirá como herido del rayo por la conmoción que determinará la brusca dilatación del carbono encerrado en el glóbulo.

Gerardo retrocedió un paso haciendo un gesto de espanto. Raimundo acababa de hablar con irresistible convicción, pero sus palabras, aunque imponían una convicción profunda a la mente del joven, resultaban oscuras y poco inteligibles. Gerardo balbució:

-No hay más que un hombre, uno solo, que haya podido robar la perla y encerrarla en este estuche: el barón de Arona.

-Luego es él quien ha robado la perla y la ha encerrado en este estuche.

El pensamiento del joven se extraviaba y no comprendía. Gerardo puso con voz anhelante sus objeciones.

-Pero, ¿qué designio hubiera tenido para hacer ésto? ¿Qué interés tiene en hacerlo? Este descubrimiento es prodigioso, inaudito, y puede decuplar su fortuna. El acto que usted supone sería de un loco furioso, de un hombre enteramente a merced de su demencia. Y después, encerrando el explosivo en esta caja es preciso que haya querido matar a Sibila, puesto que es a ella a quien está destinada. Eso es incomprensi-

ble. Perdóneme usted que me atreva a contradecirle, querido maestro, pero, ¿no somos nosotros los que perdemos el sentido en este momento?

Magos había recobrado su sangre fría. Se acercó al mueble y, sin decir una palabra, cerró la tapa del estuche, le envolvió y ató de nuevo las cintas. Después, volviéndose a Gerardo, admirado por aquella calma repentina, preguntó:

-¿Qué hora es?

-Las dos y media. No estamos retrasados.

-Si, lo estamos, por el contrario. Necesitamos media hora para llegar a Passy. Dios quiera que lleguemos a tiempo.

Aunque su palabra era mesurada y dueña de sí misma, su voz tenía vibraciones extrañas y se manifestaba en él una especie de impaciencia enteramente contraria a su calma habitual.

-Apresurémonos -dijo empujando a Gerardo. -Tengo el presentimiento de una amenaza suspendida sobre nosotros, sobre Sibila.

-¿Sobre Sibila? -dijo alarmado Gerardo.

-Partamos -respondió brevemente Magos.

En el umbral se volvió, se acercó a la mesa en que estaba el estuche y se apoderó de él.

-Gerardo -dijo, -este objeto me pertenece. Me apropio el «regalo» destinado a mi hija por el barón de Arona.

Salieron del laboratorio y tomaron un coche.

-¿Adónde vamos? -preguntó Gerardo al sabio.

-A mi casa, *ante todo*.

Mientras rodaba el coche, el ingeniero, en el paroxismo de la turbación, quiso interrogar aun a su enigmático compañero, pero éste previno la pregunta.

-Gerardo, usted se preguntaba hace un momento por qué el barón quería matar a Sibila. No, si hubiera, querido matarla, le hubiera ofrecido el estuche él mismo.

Ahora bien, es por sus manos de usted como presenta el instrumento mortífero. Ese hombre conoce el corazón humano y ha pensado con razón que usted tendría la curiosidad de abrir el estuche para exa-

minarlo, o que, a falta de usted, yo, el padre, tendría la misma curiosidad. De modo que o usted o yo hubiéramos oprimido el botón y uno de los dos hubiera sido muerto por la conmoción.

Gerardo estaba mudo; el espanto paralizaba su voz. Magos continuó:

-El demonio homicida que posee a este hombre ha puesto en esa conciencia una certeza de lograr sus planes. Arona *sabía* que usted o yo desharíamos el envoltorio. Lo sabía porque el espíritu del abismo que le posee leía esa convicción en el plan eventual en que las *posibilidades* están ya *realizadas*. No ignoraba más que una cosa, y es que ese mismo acto recibiría otra solución. Satán no conoce los designios de Dios.

Esta vez brotó un grito del pecho oprimido de Gerardo.

-¿Pero por qué, por qué ese crimen?

Los delgados dedos de Magos oprimieron la mano del joven y su acento de maestro disipó la duda.

-Porque el criminal no puede ya contar sus crímenes; porque Andrónico Teukros, que se hace llamar barón de Arona, mató del mismo modo a Claudio Magos de Lambel, su primer socio, mi hermano; porque Sibila es hija de ese hermano asesinado y el barón ama a Sibila.

Gerardo tuvo un vértigo. Todo un pasado desconocido se revelaba a sus ojos con la brutalidad de una catástrofe. Un temblor nervioso le sacudió de pies a cabeza y un hervor de violencia hízole arder la sangre.

En este momento el coche se paró bruscamente y los viajeros oyeron un crujido al mismo tiempo que el cochero se bajaba del pescante.

El caballo se había escurrido y estaba en el suelo después de haber roto una de las lanzas de la limonera con su peso.

Magos y Gerardo abrieron la portezuela y se encontraron al lado del cochero.

Estaban en la plaza de la Bastilla, casi al lado de la columna de Julio. Se había formado un corro, como sucede siempre en estos casos, y la gente estaba ayudando al caballo a levantarse.

Pero el coche estaba inservible, y el accidente necesitaba una reparación urgente.

Ningún incidente hubiera podido producirse que más contrariase a los dos viajeros.

El reloj de la estación de Vincennes marcaba las tres, y para colmo de desdicha, no había carruaje alguno en el punto y los que pasaban dirigiéndose a la estación de Lyon, no querían pararse asustados por la larga distancia.

Transcurrieron así veinte minutos antes de que pudieran continuar el viaje. La fiebre ardía en las arterias del joven químico, que no podía menos de activar con invectivas la velocidad del vehículo.

Magos, más tranquilo ya, poseía esa dominación de sí mismo en que consistía toda su fuerza.

Cuando llegaron a la calle de Spontini y estuvo Magos en presencia de Yvona, la bretona, con una entonación temerosa, no le dirigió más que estas palabras:

-Señor, he visto hace un momento la cosa negra de allá, la cosa negra alrededor de la niña. La niña se ha marchado ya.

Magos entró en su cuarto, y cuando salió hubiérase dicho que su pálida cara se había convertido en mármol.

-Venga usted, Gerardo -dijo simplemente al ingeniero.

XVII

FUERZAS OCULTAS

Arona acababa de entrar en el saloncillo discreto en que Sibila se había dormido bajo la influencia del narcótico hábilmente mezclado con la bebida fresca.

El barón había entrado traidoramente, como un ladrón, dominado por el miedo del crimen que meditaba y movido sin embargo por un impulso secreto al que no resistía y del que se hacía cómplice su voluntad.

La espesa alfombra que cubría el suelo ahogaba el ruido de sus pasos y las pesadas cortinas que tapaban las puertas no dejaban deslizarse en aquel retiro ningún ruido exterior. En aquella pieza estrecha y cerrada, cuyo cerrojo acababa de echar, se podía consumir un atentado con toda seguridad. El personal, bien enseñado, no pasaba jamás el umbral de aquel lugar consagrado a las fantasías del amo. Era aquel lugar como el gabinete en que Barba Azul encerraba los cadáveres de sus víctimas. Todo el mundo obedecía sin amarle a aquel hombre opulento que se sentía fuera de las leyes comunes de la humanidad, sobre la que se elevaba con toda la altura de sus millones amontonados. Acaso también se le odiaba. ¿Qué le importaba a él? ¿No es el privilegio de los fuertes reinar por el temor sin atenuación de amor?

Arona echó en torno de sí una mirada de desconfianza. El silencio era absoluto. Vio en la mesa la copa en que había bebido Sibila. No estaba enteramente vacía. El opio había obrado más pronto de lo que él esperaba y le entregaba la virgen sin defensa.

Cogió aquel vaso y lo vació por la ventana, así como las dos ánforas de cristal en que brillaba el agua pérfida que había vertido aquel sueño de traición.

Después, ya tranquilo, habiendo hecho desaparecer las pruebas de su crimen, se atrevió a acercarse a la víctima.

Sibila estaba inmóvil en la gran butaca. La encantadora cabeza había conservado la graciosa posición en que la había fijado el sueño fulminante. Las manos y los blancos brazos pendían inertes en los del sillón. Todo el cuerpo se inclinaba lánguidamente y los pies, pequeños y de precioso dibujo, se dejaban apenas vislumbrar por el bajo del vestido.

Detúvose el Barón, falto de aliento, la cara congestionada y los ojos inyectados en sangre. Su mirada detalló toda aquella belleza virginal.

Sibila dormía sonriente. Exhálabase de sus labios un puro aliento como se exhala el perfume de una corola abierta. Un ensueño encantador mecía sin duda su pensamiento. Acaso erraba por los umbríos bosques del Pallet, o se deslizaba por las tranquilas aguas con la cabeza apoyada en el hombro de Gerardo.

No veía aproximarse a la bestia con cara humana ni reconocía en ella al crepuscular personaje que la había seguido en los sombríos paseos de la finca paterna.

Arona avanzaba, inexorable en su deseo, siniestro, con la boca contraída en un gesto de fiera. La niña seguía durmiendo en el pleno cielo de los sueños immaculados.

De repente se operó en ella un cambio extraño y aterrador. El sonrosado de las mejillas se borró y una lividez mate se extendió por su nacarada epidermis. Soldáronse y azuláronse los labios, mientras los dientes se unían en una deformación de la cara. La cabeza dejó su aspecto lánguido, se volvió por un movimiento mecánico y se puso enfrente del agresor. Y entonces se abrieron sus párpados y se presentaron los ojos, fijos, sin mirada, enteramente blancos.

Arona se estremeció, se echó hacia atrás y sus brazos suspendieron el ademán iniciado para apoderarse de su presa.

¿Qué sucedía? ¿De dónde provenía aquella espantosa metamorfosis? ¿Estaba muerta Sibila? ¿El Dios que protegía a las vírgenes en la arena de los circos para salvar su inocencia de monstruosas profanaciones, acababa de preservar el alma de aquella niña cubriéndola con

las sombras de la muerte? ¿Había sucumbido a la intoxicación del opio? ¿Se había convertido el narcótico en veneno?

Arona retrocedió ante la fijeza de aquellos ojos sin mirada, ante la rigidez tetánica de aquellos miembros, ante aquella cara convulsa.

Pero el demonio era en él el más fuerte y le acercó a aquella butaca en que yacía el cuerpo inmóvil y rígido. Una abominable risa sardónica rodó por su garganta, profirió una blasfemia y prorrumpió en palabras sin ilación, en palabras de demente.

-¡Ah! ¿Crees que me das miedo, y que vas a escaparte como allá, en tus bosques? ¿Esperas que venga a librarte tu fantasma? ¡Aunque estuviera aquí, interpuesto entre los dos, no me detendría! ¡Eres mía! ¡Mía!

Cogió las manos de la joven e hizo un movimiento de terror. Estaban heladas como las manos de una muerta. Aquellas manos eran de mármol.

No atreviéndose ya a tomarle las manos, que habían vuelto a caer inertes, la cogió por los brazos, la arrancó de la butaca y la puso en pie delante de él.

Entonces solamente el espanto pudo más que el furor carnal. Para levantar aquel joven cuerpo de la butaca en que estaba sentado, había tenido que hacer un esfuerzo prodigioso, tan pesado era en su rigidez. Y ahora que estaba en pie, se tenía delante de él como una estatua de piedra.

Pero aquella estatua, otra vez inmóvil, aterraba más y más al agresor, que la contemplaba, presa de una fascinación creciente.

No era ya Sibila. Como se funden los fantasmas de las nubes, como se substituyen las imágenes superpuestas de la luz, las facciones de la niña se borraban y eran reemplazadas por las de un hombre cuya cara, salida de la tumba, reconocía Arona. Y aquel hombre era el mismo que, unos días antes, se había dibujado en la pizarra.

No era ya Sibila, era el hombre asesinado por él en el laboratorio de Estambul, era Claudio Lambel salido del sepulcro con una vida sobrenatural. Porque, ahora, muy lentamente, los ojos blancos vivían bajo los párpados, las pupilas recobraban su sitio en la órbita, y la mirada se

fijaba dominadora en la del asesino. Al mismo tiempo se movía la forma en una progresión horrible y se dirigía hacia él con su rigidez de cadáver.

Arona sentía crecer una certeza en su conciencia desarreglada. La muerte iba a alcanzarle y a caer sobre él. El infierno se abriría bajo sus pies y los tragaría enlazados en una caída sin fondo, en un abismo de condenación, en una noche tejida de horror.

De pronto, su inteligencia tuvo un sobresalto. Arona se acordó de que la puerta única del saloncillo estaba allí, a su derecha. Y se arrastró a tientas por las paredes, tropezando en los muebles y agarrándose a las cortinas.

Cuando sus dedos convulsos tocaron al fin la puerta de roble, recordó que, hacía un momento, había echado el cerrojo de aquella puerta.

La forma seguía avanzando, sin tocar la alfombra, sin ruido, irresistible, inevitable.

Arona sentía que el calor se apagaba en su propia sangre. Hubiérale bastado volverse para poner la mano en el cerrojo, pero no pudo. Los ojos del fantasma subyugaban a los suyos y no les permitían volverse. El miserable se agitaba bajo una creciente asfixia. Un ruido de negras aguas cayendo en un opaco abismo llenaba sus oídos, y, muy cerca, aproximándose para un beso que contraía sus labios de cadáver, la cara del muerto le quemaba con su espantosa mirada.

¿Dónde estaba a aquella hora? ¿Vivía todavía? ¿No había dado fin el tiempo? ¿Era aquello ya la eternidad de la condenación?

Maquinalmente, detrás del criminal, sus manos palparon la puerta, encontraron el cerrojo y le descorrieron. Y en el hueco abierto, Arona vio un hombre, un hombre viviente, más terrible que el hombre muerto. Era Raimundo Magos.

XVIII

LA SENTENCIA

El barón retrocedió otra vez. El peligro seguía siendo el mismo, pero cambiaba de aspecto. ¿Cuál era el más temible de aquellos dos vengadores, el que surgía de la muerte o el que venía, en el mundo de los vivos, a sorprender al criminal en la perpetración de su crimen?

Magos había entrado sin pronunciar una palabra, había cerrado de nuevo la puerta y echado otra vez el cerrojo. Emanaba de él una especie de fluido soporífico que paralizaba a Arona.

El fantasma protector de Sibila se había disipado. Raimundo se acercó hacia la joven, que seguía inmóvil y sin aliento, le cogió una mano y, paternalmente, en un beso, le hizo pasar su aliento por la frente.

El joven cuerpo se estremeció y su pecho exhaló un suspiro. Los miembros se pusieron flexibles y perdieron la rigidez cadavérica. Con ademán acariciador, Magos difundió sobre ella el fluido vital renovador y con acento de infinita dulzura dijo:

-Duerme.

La niña se recostó en el ancho respaldo del sillón y su rubia cabeza se apoyó en él con el blando abandono de antes. Poco a poco, un tinte sonrosado hizo revivir las mejillas y la frente y unas gotas de sudor aparecieron en los poros, cerca del cabello. Sibila dormía esta vez con un sueño natural.

El Barón permanecía estúpido, sin atreverse a interrumpir la acción del taumaturgo. ¿No era una verdadera resurrección la que se verificaba ante su vista?

Pero la pesadilla se había terminado y ya no tenía la presencia de un cadáver. Arona respiraba a sus anchas, su garganta se había librado del peso del espanto y el valor renacía en él con la perversidad nativa. El Barón fijaba en Magos una mirada de irónico desafío. Estaba en su

casa y era dueño de aquel hotel y de aquella opulencia. Pronto iba a hacérselo ver a aquel hombre que abusaba de su poder oculto.

Raimundo se había alejado de la joven después de haber extendido sobre ella la mano derecha, y fue hacia la mesa en que estaban los cristales de precio y los refrescos. Allí depositó un objeto envuelto en papel fino y atado con cintas de seda, y el Barón conoció el estuche que había enviado a Gerardo.

Cególe entonces una rabia sin nombre. ¡Cómo! Aquel hombre había descubierto la infernal maquinación, leído a distancia el plan de asesinato, esterilizado las gemas del crimen y hecho el instrumento inofensivo... Y para encerrarle mejor en su inútil crimen, le traía el estuche impotente...

Arona no se inclinó ante la sentencia y se sublevó al aguijón. El miserable, presa de una cólera delirante, fue hacia el hombre que así le desafiaba. Entre los dos pendía un cordón eléctrico; Arona no tenía más que cogerle y todos los lacayos acudirían. Su odio se obstinaba en un deseo estúpido; llamar a los criados, humillar delante de ellos a aquel intruso que penetraba en su casa sin hacerse anunciar, y ponerle vergonzosamente en la puerta.

Olvidaba que Magos y su hija habían ido por su invitación, que aquella fiesta había sido preparada en honor suyo y que una hora antes, un coche del hotel había ido a buscar a Sibila a su modesta casa de la calle de Spontini.

Se adelantó, pues, con el brazo extendido hacia la campanilla, pero no la alcanzó.

Una voz clara y vibrante acababa de hacer sonar en sus oídos unas sílabas que él creía desparramadas por el viento del olvido y perdidas para la memoria de los hombres, las sílabas de un nombre que el creía sepultado bajo la opulencia de sus tesoros y en el brillo ficticio de un título de nobleza comprado, las sílabas de su propio nombre:

-Andrónico Teukros.

Aquello había bastado. Arona había temblado de pies a cabeza ante el choque de aquel nombre así fulminado. Veía la boca que había articulado aquellas sílabas; veía los ojos espantosos que les daban toda

su intensidad; veía la mano patricia apoyada en el instrumento de muerte que él había ofrecido como execrable regalo.

Raimundo le miraba con una mirada que, como la del muerto, parecía venir del otro lado de lo visible. Y con la misma voz que había dicho el nombre, añadió:

-20 de diciembre.

«20 de diciembre». La fecha fatal, la que había leído en la pizarra el día en que aquel sabio había entrado por primera vez en aquel palacio en que se amontonaban los millones teñidos en sangre; la fecha que había querido borrar en un acceso de locura furiosa y que había reaparecido bajo sus dedos guiados por otra mano, por una mano de sombra salida de la noche de su crimen.

De modo que aquel pasado de remordimientos y de espanto no estaba borrado; revivía implacable y justiciero, y bastaban para hacerle revivir unas palabras salidas de los labios de aquel hombre desconocido, de aquel maestro de los arcanos, que leía el pensamiento y resucitaba los muertos...

Arona tuvo la impresión de su impotencia. Aturdido, con la frente circundada de una presión de hierro y el alma cogida por impalpables garras, se inclinó ante la inexorable fatalidad y balbució:

-¿Qué me quiere usted?

Magos le indicó con la mano un asiento.

-Siéntese usted -ordenó.

Arona obedeció.

Entonces, sin cólera, sin separar las pupilas de las del miserable domado, Raimundo habló:

-Andrónico Teukros, es la segunda vez que nos encontramos bajo este techo, el de usted. Hoy, como la vez primera, he venido llamado por usted mismo. Hoy, como entonces, le traigo, con la sentencia de sus crímenes, la posibilidad de salvación. Escúcheme.

Soy el hermano de su primera víctima. Usted lo ignoraba y se lo hago saber. Esta niña, objeto de su hediondo deseo, atraída por usted a un lazo, paralizada por el brebaje que usted le ha dado, es la hija del que usted asesinó el 20 de diciembre, hace doce años. Andrónico

Teukros, me llamo Raimundo Magos de Lambel y Sibila es hija de Claudio de Lambel al que usted ha asesinado.

El levantino se encogía como para ocultarse al infalible golpe de vista de su juez. A pesar suyo una mirada angustiada se fijaba en la de Raimundo y le revelaba la abyección de su voluntad y la derrota de su inteligencia. ¿Percibía la significación de las palabras acusadoras? ¿Se agitaba en su corazón algo que se pareciese a un comienzo de arrepentimiento?

Magos continuó:

-Ha premeditado usted largamente su atentado y ha querido hacer de este amor virginal el cómplice de su abominación. La misma hora que hubiera marcado la vergüenza de esta virgen, hubiera marcado la muerte de Gerardo Herbault.

Para eso había usted encerrado en este estuche las gemas ofrecidas a la novia, y la perla explosiva destinada al novio, de tal modo que Sibila deshonrada, no hubiera salido del poder de usted más que para llorar sobre el cadáver del hombre a quien amaba. Por uno solo de estos crímenes, la justicia humana lo entregaría a usted al verdugo y la multitud se recrearía en el espectáculo de su suplicio. Y, sin embargo, por terrible que fuera la justicia de los hombres, ¿qué sería al lado de la de Dios?

Es su sentencia lo que vengo a notificar a usted. No persigo una obra de castigo; no ejerzo con usted legítimas represalias; no vengo mi causa ni la de esta niña a la que ha dejado usted huérfana y a la que hace un momento quería deshonrar. Me limito a decirle:

Aquí le traigo el objeto de que usted había hecho un instrumento de destrucción y le dejo a su alcance, en esta mesa. Contiene la muerte fulminante a que Gerardo y yo acabamos de escapar y tal como usted se la dio a mi hermano Claudio.

Hay más. En este estuche reside un secreto de fortuna, que no le pertenece a usted, puesto que se lo apropió robando la fórmula escrita de mano de su víctima. Esta, fórmula es usted incapaz de aplicarla; digo más, Gerardo no podría sacar de ella provecho. Es preciso que lo sepa usted todo. Fuera de Claudio, que ha muerto, un solo hombre po-

see el secreto del carbono líquido: soy yo. Yo soy quien ha dado a Gerardo las seis perlas de que ha hecho uso, yo quien las ha cargado. Cuatro de ellas han servido para la fabricación de las piedras, la quinta, ha sido escondida por usted en este estuche, y la sexta estaba en su laboratorio de Saint-Mandé hace una hora. Era mía y la he recobrado. Aquí está.

Extendió la mano izquierda y los ojos aterrados de Arona vieron brillar el glóbulo transparente.

-Podría -continuó Magos, -hacer de ella un arma. Si arrojase esta lágrima a sus pies, le mataría sin piedad ni socorro posible.

El Barón trató de hablar y se escapó de su garganta un grito inarticulado. Quiso levantarse, y sus piernas se negaron a sostenerle. El Barón volvió a caer aplastado bajo un invisible yugo.

-No le heriré a usted -dijo el impasible justiciero. -No trataré de reemplazar al Dios que le concede los plazos de la expiación. Y a fin de no dejar subsistir el menor objeto que solicite mi resentimiento, voy a destruir esta perla delante de usted.

Magos puso el glóbulo en una copa. Arona, con la boca llena de baba, juntó las manos suplicantes y murmuró:

-¡Gracia! ¡No me mate usted!

Raimundo tenía en la mano derecha un objeto brillante, aquel estuche de acero al contacto del cual vio Gerardo difundirse la luz azul de la lámpara eléctrica. Tocó con él la lágrima mortal y, de repente, brotó una llama cuyo esplendor azulado se interpuso entre los dos hombres. No pasó más. Un relámpago de deslumbradora intensidad, después del cual se produjo la obscuridad en la habitación.

Cuando aquella obscuridad se disipó, cuando la luz exterior tomó de nuevo posesión del saloncillo, Magos vio delante de él al miserable levantino movido por las convulsiones del miedo y con las pupilas hipnotizadas por la copa de cristal en que la perla acababa de volatilizarse sin dejar el menor residuo.

En los labios del sabio apareció una sonrisa de despreciativa piedad.

-Esta vez no está usted muerto -dijo, -pero queda en ese estucha otra muerte y esta no puede usted conjurarla más que por el arrepentimiento. Oiga usted mis últimas palabras. He venido sin odio y voy a salir dejando a usted el perdón. Los muertos no se vengan y Claudio y María han dejado su causa en manos de Dios, que le pide a usted cuenta de sus iniquidades y a quien debe usted satisfacer. ¡Tenga usted piedad de sí mismo!

Raimundo había hablado con solemne emoción que ponía en su voz una mansedumbre indecible. Volvió la espalda al criminal aplastado por su conciencia y se dirigió a la joven que seguía sumida en el sueño. La mano de Magos rozó la pura frente de la niña, que abrió unos ojos asombrados. El rubor de la confusión apareció en sus mejillas y Sibila dejó escapar una exclamación de sus labios:

-¡Me he dormido! ¡Oh! ¡Qué vergüenza!

Y al ver a Magos, preguntó sonriendo:

-¿Desde cuándo está usted ahí, tío mío? ¿Hace mucho tiempo que duermo?

-Apenas unos minutos -respondió Magos, -y hemos respetado tu sueño. Ahora, es preciso que nos marchemos.

XIX

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Nada nuevo había ocurrido en el hotel de Arona, sino que los criados, después de hacer venir al doctor Vaubray, cuando encontraron delirando al amo de la casa, llamaron a una enfermera y acostaron al Barón en un sofá.

Arona no estaba ya encorvado bajo la depresión moral. Agitábase un delirio nervioso y sus abundantes palabras estaban dictadas por la cólera. El Barón se entregaba a todas las violencias. Había pegado a la pobre mujer puesta a su lado y sus fuerzas, decupladas por la exaltación nerviosa, se hacían temibles. En dos ocasiones, los criados habían tenido que emplear todo su vigor para dominarle y acostarle, así fue que vieron llegar al médico con verdadero placer. La presencia de Magos, que entraba detrás de Vaubray, a ruegos de éste, los intimidó sin embargo. ¿Por qué reaparecía aquel hombre extraño? ¿No había sido después de su entrevista con el Barón cuando se había declarado la crisis?

Los criados introdujeron al doctor cerca del enfermo. Raimundo se detuvo en el umbral y dijo a su compañero:

-Entre usted el primero. Acaso no tenga necesidad de mí.

Vaubray, que había sido enterado por Magos de toda la historia de Andrónico Teukros, entró en el gabinete precedido por el ayuda de cámara.

Encontró al Barón un poco más tranquilo y echado en el sofá, en el que le sujetaban dos criados.

A pocos pasos de él, estaban la mujer de Langel y la enfermera. Esta última no estaba tranquila y era precisa la presencia de los criados para tenerla al lado de aquel delirante.

Al ver a Vaubray, Arona tuvo un sobresalto que le arrancó a la presión de los criados.

Se incorporó y brilló en su mirada un fulgor de inteligencia, pero con una llama de cólera.

-¡Ah! ¿Es usted? -gruñó. -Para qué vuelve usted si no puede curarme? Es el otro, el otro quien lo puede todo. ¡Váyase usted!

El doctor se acercó a él, le tomó el pulso y observó que tenía una fiebre intensa. El pulso, desordenado, marcaba unas veces una horrible tensión de las arterias y otras un desfallecimiento amenazador de la circulación.

Arona se agitaba y rechazaba a sus guardianes. De pronto se puso en pie.

-¡Váyase usted! -gritó de nuevo. -No es usted el que puede curarme, sino el otro. Ahí está.

Vaubray y los criados se volvieron y se encontraron con Magos que avanzaba hacia ellos.

-Dejadle -dijo dulcemente el sabio.

Todos obedecieron, dominados por el ascendiente de aquel hombre.

Raimundo se aproximó al Barón y su voz clara dijo con lástima:

-Está usted fatigado y necesita reposo. Vaya a acostarse.

Singular potencia de la mirada. El magnetismo operó y Arona no se defendió ya. Como un niño cogido en falta, se inclinó ante la orden y murmuró:

-Sí, sí, me, voy a acostar.

Con paso incierto se alejó de los presentes, mudos de estupor, y echó a andar precedido de Magos y de los otros testigos.

-Preparadle su cuarto -dijo Raimundo. -Necesita sueño.

La de Langel se eclipsó discretamente. Cuando el Barón, siempre seguido, entró en su cuarto, el ama de gobierno había ya descubierto la cama.

Arona se detuvo. Era evidente que obedecía a una influencia externa. Sus ojos recorrieron el cuarto y volvieron a fijarse tímidamente en Magos, sin atreverse a mirarle de frente.

El sabio, con un ademán, despidió a los criados y retuvo al médico, presa de una creciente estupefacción.

Apenas habían salido los criados cuando la escena cambió de aspecto.

Magos estaba en pie, apoyado en la chimenea. Vaubray, desde su sitio, contemplaba la extraña expresión de la cara del taumaturgo, que sin pronunciar una sílaba; sin abrir siquiera la boca, mandaba al enfermo y le movía a su voluntad.

El Barón pronunciaba frases entrecortadas, palabras sin ilación que parecían hacer explosión en sus labios.

-¿Qué quieres de mí? Esas son cosas pasadas... Yo no quería... No era ella la que debía morir... Pero has venido, y entonces... el otro se ha marchado... ¿Quién eres tú?

Su mirada chocó con la de Magos y, humilde, renovó la pregunta.

-¿Quién es usted?

Y obedeciendo en seguida a la orden inarticulada, murmuró:

-Sí, ya sé, ya sé lo que usted quiere.

Arona andaba en círculo, alrededor de las paredes, como una fiera en la jaula, pero cada vuelta era menor y le acercaba a la mesa.

El doctor vio a Magos sacar del bolsillo un papel arrugado y abrirle mostrándoselo a Arona, que retrocedió dando un gemido. Después, como movido por una fuerza irresistible, el miserable llegó a la mesa, cogió de ella la pizarra y por estremecimientos, por choques sucesivos, como si cada vez se arrancase al suelo, fue hacia Raimundo, le mostró el marco negro e imploró:

-¡Piedad! ¿Qué debo escribir? Lo confieso todo... ¡He robado! ¡He matado!... ¿Tengo que?...

Temblaban sus dedos y el pizarrín rechinaba en la superficie lisa esperando la fórmula que se le dictase.

-¡Perdón! -balbució con la boca contraída. ¿Tengo que escribir?

Su mano se había afirmado y se ponía normalmente en la pizarra, dispuesta a trazar líneas.

Entonces solamente se oyó la voz de Magos, clara como el sonido del cristal.

-Todavía no. Levántese usted, Andrónico Teukros, y que Dios le devuelva la razón, y le muestre su deber. Olvide usted lo que acaba de pasar. La reparación debe ser libre, como el crimen.

Raimundo extendió el brazo hacia la mesa y el Barón, dócil, obedeció y dejó la pizarra.

Otro ademán de Magos le acercó a la cama.

-¿Quiere usted llamar a los criados, doctor? -dijo Magos a Vaubray, casi tan asombrado como el enfermo.

El médico no tuvo que salir del cuarto. El personal no se había alejado de la puerta y estaba escuchando.

-Pueden ustedes cuidar a su amo -dijo Magos. -El señor de Arona está mejor; la crisis ha pasado. Son las seis; dejadle dormir hasta la hora de comer.

En la calle, Vaubray, muy emocionado, preguntó a su compañero: todo lo que acabo de ver es espantoso. ¿Es, pues, el alma de este hombre lo que acaba de manifestarse? Y, si es así, ¿no está muy cerca de la muerte?

Magos respondió con el acento de una inmensa conmiseración:

-Sí, la muerte de esta alma puede arrastrar la del cuerpo. Pero queda a su disposición el recurso del arrepentimiento. Que tenga piedad de sí mismo; yo he perdonado.

XX

EL FIN DEL DRAMA

Acababa la noche. Subía del cielo esa pálida claridad espectral del alba que impregna todas las cosas de una solemne tristeza. Porque, al contrario de los crepúsculos vespertinos, que mueren en una sonrisa del sol, las auroras nacen en una conmovedora melancolía; el astro que resucita tiene que desnudarse del sudario.

El Barón de Arona no había podido dormir. El insomnio le había tenido los ojos abiertos. Ya no se resentía de la pesadez de la víspera. Su mente había recobrado toda su lucidez y su memoria le recordaba los menores detalles del drama, excepto el último acto. La angustia que le oprimía era mortal y no estaba agravada por ningún malestar físico.

Así, su maquinación infame había fracasado vergonzosamente. De nada le había servido elaborar su crimen en la obscuridad de su conciencia; un ojo de misteriosa perspicacia había registrado esa conciencia y penetrado en los más secretos repliegues de su alma. Y el Barón veía esa mirada fija en él, como la había visto el día antes durante la breve y terrible conversación tenida con Magos. Un sudor frío corría por sus sienes al evocar aquel espectáculo y Arona se preguntaba si aquel hombre era un vivo o alguna sobrehumana encarnación de la venganza.

Desde que recobró el sentido, se dio una cuenta exacta de los acontecimientos. Apenas había salido Magos del saloncillo, llevándose a Sibila despierta, -¿despierta? ¿no habría que decir resucitada? -apenas se había cerrado la puerta detrás de ellos, cuando el doctor Vaubray ocupó su puesto.

¿Qué había pasado entonces? En esto los recuerdos del Barón eran menos precisos y se embrollaban como una madeja. ¿Qué había pasado entre él y el médico? Sin duda le había parecido muy grave, puesto que había dado órdenes rigurosas y exigido la presencia de una enfermera. ¿Había él hablado, hecho traición al estado de su mente,

entregado a aquel médico del cuerpo la incurable úlcera de su alma? ¿Había revelado su nombre, aquel nombre que Raimundo Magos había pronunciado poco antes como el del asesino de su hermano Claudio? Si era así, Andrónico Teukros, hoy barón de Arona, se juzgaba perdido. Dos hombres eran dueños de aquel secreto de muerte. El uno había guardado el secreto durante doce años porque disponía de un poder sobrenatural. Pero el otro, el simple obrero de la ciencia, a quien acababa de revelarse la verdad siniestra, ¿observaría la misma reserva? ¿Qué ley, qué fuerza natural podría obligarle a callarse?

Esta era la alarma que había alejado el sueño de los ojos del Barón. La terrible jornada había terminado para él con relativa tranquilidad. La conmoción moral había sido seguida de una reacción beneficiosa para el organismo. El movimiento de un paseo al bosque de Bolonia había refrescado su frente y apaciguado sus nervios. Después había comido con buen apetito y bromeado con la de Langal y con el criado sobre las aprensiones del doctor.

-Los médicos -declaró sentenciosamente el ama de gobierno, -nos ponen siempre en peligro para jactarse de habernos vuelto a la vida. Ya lo echará de ver el señor Barón en la primera cuenta del doctor.

Poco había faltado para que Arona participase de esa opinión.

Ya había dicho riendo en el momento de retirarse:

-La verdad es que ese buen Vaubray va a poner una cara cuando me vea en pie...

Pero, una vez en su cuarto, había sentido nacer reminiscencias más precisas. Las horas habían sonado más y más claras en el silencio del universal reposo. De tal modo que, cansado de perseguir un sueño que huía de él, el Barón dejó la cama, se volvió a vestir y se adelantó a la luz con una especie de impaciencia.

Era el solsticio de verano, los días más largos del año. Un reloj de las inmediaciones acababa de dar las tres. La sombra empezaba a retroceder en el límite del cielo.

Arona sintió una opresión. Tenía sed de claridad y de aire puro. Un contacto blando le agitaba las sienas. Se estremeció, reconociendo

los síntomas de la crisis, el aura premonitoria de las visiones. Con paso vacilante, se acercó a la ventana y la abrió.

Fuera, las tinieblas eran opacas; la luna había abandonado las profundidades del firmamento. Arona empujó las persianas y no vio más que el jardín envuelto en su sudario negro y, destacándose en el cielo, la masa redonda y sombría de los árboles de la Muette.

De repente, a veinte o treinta pasos de él, en aquella tenebrosa espesura, se irguió una mancha blanca que parecía moverse, y los cabellos del Barón se erizaron. Era la figura espectral que había visto en el Pallet interponiéndose entre Sibila y él.

Arona la vio crecer, dejar el fondo oscuro y avanzar hacia la ventana abierta. Por un movimiento convulsivo, quiso cerrar las persianas, pero no tuvo tiempo. Un soplo fresco, un aliento cargado del olor de la tierra, le arrancó de los dedos las hojas de la ventana.

Retrocedió precipitadamente, y tropezó en la mesa, cuyos libros y papeles se desparramaron en confusión. La figura blanca entró por el hueco abierto y se paró en él, terrible en su imprecisión.

Arona retrocedió más y puso la mesa entre él y el fantasma.

Pero, entonces, una claridad más lívida salió de los pliegues del sudario. El Barón le vio alargarse hasta la mesa y observó distintamente la mano, la mano de cadáver, ponerse en un objeto negro, apenas delimitado. Vencido, obedeciendo a la orden muda, cayó de rodillas y, vacilante, pidiendo gracia, se apoyó en el sillón, dominado por la voluntad de la muerte. Sus dedos buscaron la pizarra y el pizarrín y escribieron. ¿Qué? No lo sabía; no era más que una máquina, un instrumento en poder de una fuerza irresistible.

¿Cuánto tiempo duró la espantosa pesadilla? No hubiera podido decirlo. Un resplandor más vivo entraba por la ventana y se tejía en hilos claros en las tinieblas ambientes. La figura de muerto ya no estaba allí; se había desvanecido en la luz creciente.

Arona se levantó y fijó los ojos en la pizarra, en la que leyó su nombre, su verdadero nombre, al pie de una declaración. Un sordo rugido se escapó de su garganta y, con ademán furioso, el Barón arrojó

la pizarra al suelo. Y al romperse en el choque, tuvo la percepción de que oía una risa sorda en la soledad.

Se levantó, tocó un botón de luz eléctrica y se metió en el pasillo oscuro que conducía al saloncillo. Entró en él maquinalmente y, en la penumbra, atrajo sus miradas un objeto: el estuche puesto allí por Magos.

Lleno de rabia, deshizo la envoltura de papel y apareció la caja de tafilete. La abrió y se encontró abiertos los dos compartimientos. Por un movimiento inconsciente, se apoderó del estuche, y comprobó su contenido. Las gemas artificiales estaban en su sitio, pero un dedo misterioso había abierto el doble fondo sin romper la perla cargada de carbono líquido. ¿Por qué sortilegio espantoso, Raimundo Magos, no podía ser más que él, había hecho inofensivo el muelle de acero?

Las pupilas dilatadas del Levaritino se detuvieron, hipnotizadas, en el glóbulo de vidrio. Los dulces resplandores que entraban por las rendijas de la ventana irisaban la lágrima en su alvéolo de felpa. Estaba ya incapaz de hacer daño; bastaba dejarla dormir en su lujoso lecho para que se vaciase enteramente de su poder mortal. Y si no quería guardar a su lado aquella cosa fulminante, no tenía más que cogerla delicadamente y tirarla al jardín a buena distancia. El choque se produciría en un radio demasiado grande para que él se resintiese y todo lo más algún arbusto padecería de la expansión del fluido.

Los pensamientos del miserable estaban en completo desarreglo. La perla le fascinaba. ¿Vio Arona su crimen en la transparencia de aquel vidrio como le había visto en la opaca pizarra? En la penumbra, contempló el teatro del drama del día anterior y el sitio que él ocupaba cuando entregó su secreto a aquellos dos hombres. Y el pensamiento de esa doble confesión le envolvió como una camisa de fuerza, se sintió impotente y a merced de aquellos dos hombres que podían perderle. Mañana, hoy mismo, en cuanto sonase la hora legal, la justicia, por su denuncia, iba a invadir el hotel y a pedir cuenta de su atentado al culpable desenmascarado.

La perla brillaba en el estuche. ¿Era el reflejo de la felpa o la fusión en ella de la luz exterior? La perla aparecía más roja que el rubí, como una gota de sangre brotada de una herida reciente.

De pronto, por encima del mueble, saliendo de los poros de la madera, se elevó un vapor negro, condensándose y cubriendo los reflejos del día. Una cara negra se reía, hedionda, delante del Barón y una mano de sombra se alargaba, buscaba la suya, la cogía en un apretón ardiente y la traía insensiblemente hacia el estuche.

Una hora antes, el fantasma blanco había perdonado. El espectro negro soplaba el vértigo y la desesperación.

La boca del miserable se torció en una imprecación blasfema.

Sus dedos se extendieron, cogieron la perla y la arrancaron a su lecho de felpa. Crispáronse sus uñas en un movimiento convulsivo que aplastó la frágil envoltura reducida al estado de película. Se levantó una llama de relámpago, oyóse un breve chasquido de chispa y Andrónico Teukros cayó en la butaca como herido por el rayo.

XXI

FORMALIDADES LEGALES

Eran las ocho de la mañana cuando Gerardo Herbault, impaciente por correr a la calle se Spontini, encontró delante de la puerta al doctor Vaubray que se disponía a subir a casa del joven.

El doctor iba acompañado de uno de sus colegas y tenía la frente preocupada.

-Venía a buscar a usted, señor Herbault. He recibido un aviso telefónico del hotel Arona. El Barón ha muerto.

-¡Muerto! -exclamó Gerardo.

-Muerto hace unas horas. Venimos de verle y el cuerpo está ya rígido y frío. Lo más extraño es que nadie en la casa puede dar la menor explicación sobre el suceso. Le había yo dejado mal, ayer, después de marcharse ustedes, y se había hecho ir una enfermera. Pero el Barón se había reanimado y despedido él mismo, casi brutalmente, a la guardiana. Pidió en seguida su automóvil para dar un paseo por el bosque y comió con excelente apetito. Y lea usted esta carta neumática que me dirigió ayer noche.

«Querido doctor:

Es inútil que se moleste usted mañana, como no sea para almorzar conmigo. He resucitado y estoy fuerte como el puente Nuevo. La cosa no es aun por esta vez, a pesar de ciertas tonterías de que he debido de hablarle ayer. Creo, verdaderamente, que debí de beber algún vino demasiado... generoso. Hasta muy pronto.

Arona»

-Juzgue usted mi emoción -añadió el médico, -cuando hace un momento recibí por teléfono la noticia. Por lo demás, voy allá con usted y podrá darse cuenta de lo repentino del accidente.

Los tres hombres se encaminaron al hotel y entraron en el saloncillo teatro del primer acto de esta tragedia y también de su desenlace.

Nada había cambiado en él, como no fuera que la de Langal había hecho desaparecer la bandeja de refrescos. En la mesita un objeto llamó en seguida la atención de Gerardo. Era el estuche traído de Saint-Mandé por Magos.

Gerardo se estremeció. Lo que permanecía misterioso para el médico era muy claro para él.

Y, sin embargo, después de un segundo examen, se sintió tan perplejo como Vaubray.

El Barón estaba sentado en la butaca que ocupaba la víspera, delante de la mesa en la cual estaba apoyada una de sus manos. Tenía los ojos abiertos y fijos, los dientes apretados y en las comisuras de la boca aparecían unas gotas de sangre. La cara conservaba una expresión muy marcada de terror moral.

En la mesa estaba abierto el estuche exhibiendo las gemas en su lecho aterciopelado. Pero lo que sorprendió a Gerardo fue que los dos compartimientos estaban abiertos. No se veía en la tela ni en el tafilete ninguna traza de explosión ni de quemadura. La lágrima mortífera había desaparecido.

El colega de Vaubray estaba examinando en silencio el cadáver.

-¿Qué mira usted? -le preguntó el médico.

El otro hizo un gesto evasivo antes de responder.

-Es raro. Cuanto más examino este cuerpo, más me choca una particularidad. El Barón no ha muerto de muerte natural.

Vaubray le cogió del puño.

-¡Ah! ¿También usted encuentra eso? Sin embargo, no hay traza alguna de violencia. Las señales son de una conmoción repentina.

-Mi querido colega, estas son las señales de la muerte por la electricidad.

-¿Qué dice usted?

-Digo bien. Considere usted la facie; indica el estupor que se encuentra en todas las caras de los muertos de rayo.

-¿Pero cómo se ha de haber producido el accidente? No hay nada en esta pieza que haya podido determinarlo, como no sea este cordón de campanilla, enteramente inofensivo.

El segundo médico levantó un brazo del cadáver y lanzó una exclamación sorda.

-Mire usted; es imposible negar. Aquí está la confirmación de la hipótesis.

Y señalaba en la lívida palma de la mano una mancha azulada, una quemadura que había producido en la piel efecto de ventosa de la que salía cierta serosidad.

-Esta mano ha tenido un reóforo cualquiera. Soy de opinión de que se llame al comisario de policía para que haga averiguaciones.

Vaubray frunció el entrecejo y se volvió hacia Gerardo, recordando sus recientes explicaciones sobre la síntesis creadora de las gemas.

-Señor Herbault -dijo, -¿se acuerda usted de lo que me dijo hace unos días sobre las espantosas propiedades de ciertas perlas cargadas de un cuerpo explosivo?

-Me acuerdo.

-¿Poseía algunas el señor de Arona?

-No puedo afirmarlo de un modo absoluto, pero diversos indicios me autorizan para creer que ese desgraciado debía de tener una o varias sin saberlo yo.

Apremiado a preguntas por los dos médicos, Gerardo tuvo que repetir sus explicaciones sobre la potencia fulminante de las lágrimas de carbono líquido. Y entonces se produjo la luz en la mente de los tres hombres, que decidieron un examen legal del cuerpo y firmaron una invitación al juez. Manifiestamente, había habido muerte accidental.

Cuando se retiraban, dejando el cadáver a los cuidados de los criados, la de Langal dijo:

-Vean ustedes lo que he encontrado en el suelo, delante de la mesa del amo.

Era una pizarra rajada por en medio, pero sujeta aun por el marco de madera. Gerardo y el médico la reconocieron a primera vista como

una de las que habían representado tan extraño papel en la velada a que asistieron unos meses antes en aquella casa.

En la pizarra, debajo de una fecha, *20 de diciembre*, escrita con yeso y casi borrada, se leía de una letra reciente y cortada en dos por la rotura, esta extraordinaria, declaración:

Todos mis bienes pertenecen en pleno derecho a los herederos de Claudio Lambel.

Y estaba firmado: *Andrónico Teukros, barón de Arona.*

-Ponga usted este objeto en el lugar en que lo ha encontrado -ordenó Vaubray, presa de una emoción que nunca había sentido. -Que no cambie nada en estas piezas, en las que se van a poner los sellos dentro de un instante.

Por orden suya, un criado había corrido a buscar al comisario de policía y un agente cuidaba el cuerpo mientras la justicia hacía sus averiguaciones.

-Vamos a casa de Magos -dijo gravemente Vaubray a Gerardo.

Se separaron del colega y, en la calle de Spontini, encontraron a Magos sin sorpresa y sin turbación.

-Caballero -dijo Vaubray mirando al sabio con un respeto mezclado de temor, -sus indicaciones de ayer se han confirmado.

-Lo sabía -dijo Magos. -Ese... desgraciado ha muerto.

-¿Lo sabía usted? -exclamaron a un tiempo Gerardo y el médico.

-Lo he sabido esta madrugada, entre cuatro y cinco. La justicia eterna no se ha dejado ablandar. *He visto* la escena. Andrónico Teukros ha sido él mismo instrumento de su castigo. Ha obedecido a la tentación del abismo, que le ha llevado hacia el arma de muerte que él destinaba a Gerardo y a mí. Los paganos dirían que la «fatalidad» ha hecho lo demás. ¡Cuántos suicidios inexplicados no tienen otra causa! Ese hombre no quería morir, y se ha matado.

Vaubray, con la cabeza inclinada y la voz sorda, murmuró:

-Ayer aun me hubiera reído de tal afirmación. Hoy tengo que inclinarme ante la superabundancia de las pruebas.

EPILOGO

En el Pallet, en el dulce reposo del verano, Magos, Sibila e Yvona habían reanudado su apacible existencia. Pero esta vez llenaba los muros del viejo castillo una gran alegría, solemne como la aproximación de la dicha. Sibila, y su anciana compañera, dirigían el trabajo de media docena de jóvenes obreras que estaban haciendo el equipo de novia. Porque la fecha estaba fijada. En los primeros días de septiembre se daría a Gerardo y a Sibila la bendición nupcial.

La justicia había tenido que resolver un problema de jurisprudencia bastante difícil. ¿El Barón de Arona había muerto *ab intestato* o había que considerar la frase escrita en la pizarra como un testamento? Después de un largo debate, prevaleció esta segunda opinión. En su consecuencia, Sibila de Lambel fue llamada a recoger la enorme herencia, evaluada en unos treinta millones. Pero, con gran sorpresa de los magistrados, Magos y su sobrina renunciaron a la herencia. Magos se limitó a presentar un crédito que representaba la parte que hubiera debido corresponder a la viuda y la huérfana de su hermano, en el momento de la muerte de éste, en la liquidación de los dos socios. Esta parte era de medio millón. Y al interés convenido entre Claudio de Lambel y Teukros, se elevaba ahora, trece años después de la muerte de Claudio, a novecientos mil francos.

Eso era todo lo que había reclamado el tío de Sibila y los tribunales acogieron su demanda. Además habían reconocido a Gerardo Herbault el derecho a continuar la explotación industrial del Barón. El químico iba, pues, a seguir por su cuenta la fabricación de piedras.

Tocábase ahora a los últimos días de agosto. Sibila, con el consentimiento de su tío, había sembrado la mitad de su dote reciente en obras populares en el territorio del Pallet y sus inmediaciones. La joven había asegurado una renta a los más humildes hogares y los «pobres» no existían alrededor del castillo en un radio de doce kilómetros. Diversos trabajos de restauración iban a embellecer la vieja morada sin quitarle nada de su carácter. El único lujo que se había permitido Sibila

era el engrandecimiento del embarcadero en el Sevre y la compra de una embarcación más elegante, adornada de caoba y de barandillas de cobre.

Gerardo había llegado, después de dejar el laboratorio bajo la dirección de un joven ingeniero, su ayudante y un poco su discípulo. El joven químico no había ido solo; el doctor Vaubray, que se había hecho su amigo y gran admirador de Raimundo Lambel, había ido a servirle de testigo. El sabio le había visto venir con sonrisa paternal y le había hecho visitar los sótanos de la antigua torre.

-Aquí es, mejor que en París, donde Gerardo podrá establecer su laboratorio. Puede usted ver que nuestras cuevas se prestan admirablemente a esta instalación.

-Olvida usted añadir -dijo alegremente el médico, -que aquí encontrará una ventaja mucho más preciosa; la de trabajar bajo la dirección de usted, es decir, bajo la inspiración del hombre más sabio que existe.

Y añadió:

-Hoy, que el obstáculo fatal ha desaparecido de su camino, nada puede impedir a usted realizar el precioso descubrimiento debido a su genio y al de su hermano; esa creación de gemas verdaderas cuyo secreto posee usted ya solo.

Magos no respondió a estas palabras.

.....

El matrimonio se había celebrado en la iglesia del Pallet. Sibila, del brazo de su marido, había salido saludada por la discreta afección de una multitud respetuosa. Habíase pasado el día en regocijos y unas mesas servidas en las praderas del castillo habían regalado a las poblaciones de los alrededores. Un rumor sordo circulaba por la multitud; decíase que Magos, por un prodigio de su invención, iba a encender en el parque unos fuegos artificiales sin precedente. Y, ávidos de asistir a aquel último acto, los curiosos, aislados o en grupos, se diseminaban

por el bosque y la orilla del río, impacientes por disfrutar del espectáculo esperado.

Lo que vieron excedió a todas las esperanzas.

Acababan de dar las diez en el campanario de la iglesia. De repente, por encima del tejado del castillo y de las masas negras de los árboles, se vio subir hacia el cielo una especie de mariposa blanca. Entre las antenas del misterioso animal, brillaba una llama velada, como una lámpara envuelta en niebla, o en una gasa translúcida.

Y de aquel foco brillante se irradió una claridad, parecida a una ola maravillosa de una coloración azulada. Esa ola descendió a la tierra, a los árboles, a los tejados y a las praderas. Era una luz dulce a la vista, acariciadora para el corazón, que restituía el color a los objetos, daba la vida a las plantas y hacía palpar las hierbas y las hojas y correr la sangre más sonrosada bajo las epidermis.

Silenciosa un momento ante el esplendor del fenómeno, la multitud no pudo contener su entusiasmo y un frenético aplauso subió de las admiraciones en delirio.

-¡Qué hermoso es! ¡Qué hermoso es!

Después la irradiación decreció, perdió su intensidad con una lentitud benévola, como a pesar suyo, y la obscuridad recobró su imperio, no dejando en el cielo más que la reverberación de las estrellas.

Los invitados del castillo se fueron alejando unos tras otros y todo cayó en el silencio de la noche.

En el terrado que dominaba al lecho del Sevre, no quedaban más que la joven pareja unida por la mañana, Magos, el doctor Vaubray y el cura del Pallet. En la serenidad de aquella velada solemne, un recogimiento preparaba los espíritus a alguna grave palabra. Y el sabio la hizo oír.

-Sibila, mi hija querida, y usted, Gerardo, doblemente mi hijo por la adopción del corazón y del estudio, y usted, doctor, que nos honra con su amistad, y usted, señor cura, que ha bendecido la unión de los que fueron sus amigos; lo que voy a decir es al mismo tiempo una confesión y una explicación.

Dios me es testigo de que esta confesión me es dictada por el recuerdo de un acto imprudente, que debo reparar por un sacrificio.

He alcanzado el fin de mis esfuerzos. Veo dichosos, el uno por el otro, a la hija de mi hermano y al hijo de mi más antiguo amigo. Una sombra misteriosa se cernía sobre mi pasado, y Dios ha querido disiparla. Hubo una hora en mi vida en que, solicitado por un deseo que yo creía legítimo, comprometí mi frágil prudencia en las vías de la venganza. Ese día pequé por orgullo, creyendo tener derecho a castigar a un culpable. Para lograrlo, aventuré mi presuntuoso saber hasta el límite del mundo visible y concebí la ambición, prohibida por Dios, de penetrar en el dominio de lo que no es ya materia. Y Dios permitió que pasase esta oscura barrera y las fuerzas ocultas del otro mundo obedecieron a mi llamada. Si yo hubiera sido humilde y sumiso a las leyes divinas, no hubiera tocado ese límite terrible y hubiera recordado que el hombre no falta a las sentencias del infinito sin encontrarse en presencia de las potencias de la condenación.

Raimundo pronunció estas palabras con un acento que hizo pasar un calofrío por la médula de los que lo escuchaban. Después de una breve pausa, continuó:

-Por esta falta, he resuelto castigar mi orgullo. Un descubrimiento ha puesto en mi poder el secreto de la transmutación de las piedras. Ese secreto de la fortuna material ha costado ya la vida a dos hombres: mi hermano Claudio y Andrónico Teukros, la víctima y el matador. Y puede matar muchos más. Que la tierra guarde su tesoro y elabore las piedras preciosas en el secreto de sus entrañas. ¡Perezca la fórmula de una ciencia inútil con el peligroso poder que crea!

Raimundo estaba en pie al borde del terrado. En su mano derecha levantada, se vio brillar el tubo de metal condensador de la luz y transmutador de la substancia.

La chispa rayó las tinieblas y, con un ruido apenas perceptible, fue a apagarse en el sombrío espejo del agua.

FIN